

LACAN

EL SEMINARIO

Las Formaciones del Inconsciente

5

Paidós



ÍNDICE

LAS ESTRUCTURAS FREUDIANAS DEL ESPÍRITU

I. El famillionario	11
II. El fatuo-millonario	29
III. El <i>Miglionnaire</i>	49
IV. El becerro de oro	69
V. El poco sentido y el paso de sentido	87
VI. ¡Atrás, caballo!	105
VII. Una mujer que no es de recibo	125

LA LÓGICA DE LA CASTRACIÓN

VIII. La forclusión del Nombre del Padre	147
IX. La metáfora paterna	165
X. Los tres tiempos del Edipo	185
XI. Los tres tiempos del Edipo (II)	203
XII. De la imagen al significante en el placer y en la realidad	221
XIII. El fantasma más allá del principio del placer	241

LA SIGNIFICANCIA DEL FALO

XIV. El deseo y el goce	259
XV. La niña y el falo	277
XVI. Las insignias del Ideal	295

XVII. Las fórmulas del deseo	311
XVIII. Las máscaras del síntoma	327
XIX. El significante, la barra y el falo	343

LA DIALÉCTICA DEL DESEO Y DE LA DEMANDA EN LA CLÍNICA
Y EN LA CURA DE LAS NEUROSIS

XX. El sueño de la bella carnicera	363
XXI. Los sueños de “agua mansa”	379
XXII. El deseo del Otro	395
XXIII. El obsesivo y su deseo	413
XXIV. Transferencia y sugestión	431
XXV. La significación del falo en la cura	447
XXVI. Los circuitos del deseo	465
XXVII. Una salida por el síntoma	483
XXVIII. Tú eres ese a quien odias	501

ANEXOS

A. El grafo del deseo	521
B. Explicaciones sobre los esquemas	523
<i>Nota</i>	528

LAS ESTRUCTURAS
FREUDIANAS DEL ESPÍRITU

VIII

LA FORCLUSIÓN DEL NOMBRE DEL PADRE

La Sra. Pankow expone el double bind
La tipografía del inconsciente
El Otro en el Otro
La psicosis entre código y mensaje
Triángulo simbólico y triángulo imaginario

Tengo la impresión de que los dejé un poco sin aliento el pasado trimestre — me han llegado ecos al respecto. No me di cuenta, de lo contrario no lo hubiera hecho. También tengo la impresión de haberme repetido, de haberme atascado. Por otra parte, ello no ha impedido que algunas de las cosas que quería que escucharan se quedaran ahí, a mitad de camino, y ello merece una pequeña vuelta atrás, digamos una mirada sobre cómo he enfocado las cosas este año.

I

Lo que he tratado de mostrarles a propósito de la agudeza, de la que he extraído cierto esquema cuya utilidad tal vez haya podido no resultarles manifiesta de inmediato, es cómo encajan las cosas, cómo engranan con el esquema precedente. A fin de cuentas, han de percibir ustedes una especie de constancia en lo que les enseñé — convendría, desde luego, que esta constancia no sea simplemente como una banderita en el horizonte para su orientación, y que comprendan adónde los lleva y por qué caminos. Esta constancia es que considero fundamental, para comprender lo que hay en Freud, advertir la importancia del lenguaje y de la palabra. Esto ya lo dijimos de entrada, pero cuanto más nos acercamos a nuestro objeto, más nos percatamos de la importancia del significante en la economía del deseo, digamos en la formación y en la información del significado.

Pudieron verlo en nuestra sesión científica de ayer por la noche, al oír lo que de interesante nos aportó la Sra. Pankow. Resulta que en Norteamérica la gente se preocupa por lo mismo que yo les explico aquí. Tratan de introducir en la determinación económica de los trastornos psíquicos el hecho de la comunicación y de lo que en algún caso llaman el mensaje. Pudieron oír a la Sra. Pankow hablándoles de alguien que no nació ayer, en absoluto, o sea, el Sr. Bateson, antropólogo y etnógrafo, quien planteó algo que nos ha hecho reflexionar un poco más allá de la punta de nuestra nariz en lo referente a la acción terapéutica.

Bateson trata de situar y de formular el principio de la génesis del trastorno psicótico en algo que se establece en la relación entre la madre y el niño, y que no es simplemente un efecto elemental de frustración, de tensión, de retención y de distensión, de satisfacción, como si la relación interhumana se produjera en el extremo de una goma elástica. Introduce desde el principio la noción de la comunicación en cuanto centrada, no simplemente en un contacto, una relación, un entorno, sino en una significación. He aquí qué pone en el principio de lo que se ha producido originariamente como discordante, desgarrador, en las relaciones del niño con la madre. Lo que designa como elemento discordante de esta relación es el hecho de que la comunicación se haya presentado en forma de *double bind*, de doble relación.

Como muy bien se lo dijo a ustedes ayer por la noche la Sra. Pankow, en el mensaje en el que el niño ha descifrado el comportamiento de su madre hay dos elementos. Éstos no están definidos el uno con respecto al otro, en el sentido en que uno se presente como la defensa del sujeto con respecto a lo que quiere decir el otro, de acuerdo con la noción común que tienen ustedes del mecanismo de la defensa cuando analizan. Ustedes consideran que lo que el sujeto dice tiene como finalidad desconocer la significación que está en algún lugar en él, y se anuncia a sí mismo — y os anuncia — su color al lado. No se trata de esto. Se trata de algo que concierne al Otro, y el sujeto lo recibe de tal forma que, si responde en un punto, sabe que, por este mismo motivo, se encontrará acorralado en el otro punto. Éste es el ejemplo que tomaba la Sra. Pankow — si respondo a la declaración de amor de mi madre, provoqué su retirada, y si no la escucho, es decir si no le respondo, la pierdo.

Estamos, pues, metidos en una verdadera dialéctica del doble sentido, porque éste implica ya un elemento tercero. No son dos sentidos uno detrás de otro, con un sentido que esté más allá del primero y tenga el privilegio de ser el más auténtico de los dos. Hay dos mensajes simultáneos en

la misma emisión, por decirlo así, de significación, lo cual crea en el sujeto una posición tal que se encuentra en un callejón sin salida. Esto les demuestra que, incluso en Norteamérica, se está progresando enormemente.

¿Acaso es esto suficiente? La Sra. Pankow destacó muy bien lo que esta tentativa tenía de a ras de tierra, de empírica, por así decirlo, aunque no se trate en absoluto de empirismo, por supuesto. Si no hubiera en Norteamérica, ahí al lado, trabajos muy importantes en estrategia de juegos, al Sr. Bateson no se le hubiera ocurrido introducir en el análisis algo que, de todas formas, es una reconstrucción de lo que supuestamente ocurrió en el origen, ni determinar esta posición del sujeto profundamente desgarrada, en falso, frente a lo que el mensaje tiene para él de constituyente. Digo constituyente, pues si esta concepción no implicara que el mensaje es constituyente para el sujeto, no se ve cómo podrían atribuírsele efectos tan importantes a ese primitivo *double bind*.

La cuestión que se plantea a propósito de las psicosis es la de saber qué ocurre con el proceso de la comunicación cuando, precisamente, no llega a ser constituyente para el sujeto. Éste es otro punto de referencia que hay que buscar. Hasta ahora, cuando ustedes leen a Bateson, ven que en suma todo está centrado en el doble mensaje, sin duda, pero en el doble mensaje como doble significación. De esto precisamente peca el sistema, porque esta concepción ignora lo que el significante tiene de constituyente en la significación.

Ayer por la noche redacté de pasada una nota, que ahora no llevo, en la cual había recogido una afirmación de la Sra. Pankow sobre la psicosis, que se reduce más o menos a lo siguiente — falta, decía ella, la palabra que fundaría la palabra en cuanto acto. De entre las palabras, ha de haber una que funde la palabra como acto en el sujeto. Esto está claramente en la misma vía de lo que ahora estoy abordando.

Al subrayar el hecho de que en alguna parte en la palabra ha de haber algo que funde la palabra como verdadera, la Sra. Pankow manifiesta una exigencia de estabilización de todo el sistema. Con este fin, ella ha recurrido a la perspectiva de la personalidad, lo cual al menos tiene el mérito de ser un testimonio de la insuficiencia de un sistema que nos deja en la incertidumbre y no nos permite una deducción ni una construcción suficientes.

No creo en absoluto que sea así como pueda formularse. Esta referencia personalista, sólo la creo psicológicamente fundada en el sentido siguiente, que no podemos dejar de tener la sensación y el presentimiento de que las significaciones crean ese callejón sin salida que supuestamente

desencadena el desconcierto profundo del sujeto cuando es un esquizofrénico. Pero tampoco podemos dejar de tener la sensación y el presentimiento de que debe haber algo en el origen de este déficit, y no tan sólo la experiencia impresa de los callejones sin salida de las significaciones, sino la falta de algo que funda la propia significación y que es el significante — y algo más, lo que voy a abordar hoy, precisamente. No se trata de algo que se plantee simplemente como personalidad, lo que funda la palabra como acto, según decía ayer por la noche la Sra. Pankow, sino de algo que se plantea como dando autoridad a la ley.

Nosotros aquí llamamos *ley* a lo que se articula propiamente en el nivel del significante, a saber, el texto de la ley.

No es lo mismo decir que ha de haber ahí una persona para sostener la autenticidad de la palabra, que decir que algo autoriza el texto de la ley. En efecto, a lo que autoriza el texto de la ley le basta con estar, por su parte, en el nivel del significante. Es lo que yo llamo el Nombre del Padre, es decir, el padre simbólico. Es un término que subsiste en el nivel del significante, que en el Otro, en cuanto sede de la ley, representa al Otro. Es el significante que apoya a la ley, que promulga la ley. Es el Otro en el Otro.

Esto mismo expresa, precisamente, aquel mito necesario para el pensamiento de Freud que es el mito del Edipo. Obsérvenlo con más atención. Si es necesario que él mismo proporcione el origen de la ley bajo esta forma mítica, si hay algo que hace que la ley esté fundada en el padre, es necesario el asesinato del padre. Las dos cosas están estrechamente vinculadas — el padre como quien promulga la ley es el padre muerto, es decir, el símbolo del padre. El padre muerto es el Nombre del Padre, que se construye a partir del contenido.

Eso es del todo esencial. Voy a recordarles por qué.

¿En torno a qué centré todo lo que les enseñé hace dos años sobre la psicosis? En torno a lo que llamé la *Verwerfung*. Traté a hacérsela percibir como distinta de la *Verdrängung*, es decir, distinta del hecho de que la cadena significante siga desplegándose y ordenándose en el Otro, lo sepas tú o no lo sepas, y ése es esencialmente el descubrimiento freudiano.

La *Verwerfung*, les dije, no es simplemente lo que está más allá de nuestro acceso, es decir lo que está en el Otro como reprimido en cuanto significante. Esto es la *Verdrängung* y es la cadena significante. Lo demuestra que continúe actuando sin que tú le des la menor significación, que determine la más mínima significación sin que tú la conozcas como cadena significante.

También les dije que hay otra cosa que, en este caso, está *verworfen*. Puede haber en la cadena de los significantes un significante o una letra que falte, que siempre falte en la tipografía. El espacio del significante, el espacio del inconsciente, es en efecto un espacio tipográfico, que es preciso tratar de definir como constituido de acuerdo con líneas y pequeñas casillas, y según leyes topológicas. En una cadena de los significantes, algo puede faltar. Han de comprender ustedes la importancia de la falta de este significante particular del que acabo de hablarles, el Nombre del Padre, dado que funda el hecho mismo de que haya ley, es decir articulación en un cierto orden del significante — complejo de Edipo, o la ley del Edipo, o ley de prohibición de la madre. Es el significante que significa que en el interior de este significante, el significante existe.

Es esto, el Nombre del Padre. Como ustedes ven, es, en el interior del Otro, un significante esencial, alrededor del cual traté de centrarles lo que ocurre en la psicosis. A saber, que el sujeto ha de suplir la falta de este significante que es el Nombre del Padre. Todo lo que llamé la reacción en cadena, o la desbandada, que se produce en la psicosis, se ordena en torno a esto.

2

¿Qué he de hacer ahora? ¿He de ponerme enseguida a recordarles lo que les dije a propósito del Presidente Schreber? ¿O bien he de mostrarles primero, de forma todavía más precisa, en detalle, cómo articular lo que acabo de indicarles en el esquema de este año?

Para mi gran sorpresa, este esquema no interesa a todo el mundo, pero de todas formas interesa a algunos. Fue construido, no lo olviden, para presentarles lo que ocurre en un nivel que merece el nombre de técnico, la técnica del chiste. Se trata de algo muy singular, puesto que el *Witz* puede ser fabricado, manifiestamente, de la forma más inintencional del mundo para el sujeto. Como se lo he demostrado, el chiste, a veces, no es sino el reverso de un lapsus, y la experiencia muestra que muchos chistes nacen de esta forma — a posteriori uno se da cuenta de que ha sido agudo, pero la agudeza ya se ha ido ella sola. En algunos casos esto se podría considerar exactamente lo contrario, un signo de candidez, y la última vez me referí al chiste ingenuo.

El chiste, con la satisfacción que de él resulta y que es particular — alrededor de esto traté de organizarles este esquema el pasado trimestre. Se trataba de encontrar cómo concebir el origen de la satisfacción especial que proporciona. Esto nos hace remontarnos nada menos que a la dialéctica de la demanda a partir del *ego*.

Recuerden el esquema de lo que podría llamar el momento simbólico ideal primordial, que es del todo inexistente.

El momento de la demanda satisfecha está representado por la simultaneidad de la intención, que va a manifestarse como mensaje, y la llegada del propio mensaje al Otro. El significante — de él se trata, pues esta cadena es la cadena significativa — llega al Otro. La perfecta identidad, simultaneidad, superposición exacta, entre la manifestación de la intención, que es la intención del *ego*, y el hecho de que el significante en cuanto tal es admitido en el Otro, está en el principio de la posibilidad misma de la satisfacción de la palabra. Si este momento que llamo el momento primordial ideal existe, debe de estar constituido por la simultaneidad, la coextensividad exacta del deseo en tanto que se manifiesta y el significante en tanto que es su portador y lo soporta. Si este momento existe, la continuación, es decir lo que viene tras el mensaje cuando éste pasa al Otro, se realiza a la vez en el Otro y en el sujeto, y corresponde a lo que es necesario para que haya satisfacción. Éste es precisamente el punto de partida necesario para que comprendan que eso nunca sucede.

O sea, por la naturaleza del efecto del significante, lo que llega aquí, a M, se presenta como significado, es decir, como algo hecho de la transformación, de la refracción del deseo debido a su paso por el significante. Por esta razón esas dos líneas se entrecruzan. Es para que adviertan el hecho de que el deseo se expresa y pasa por el significante.

El deseo cruza la línea significativa, y en su entrecruzamiento con la línea significativa, ¿con qué se encuentra? Se encuentra con el Otro. Enseguida veremos, porque será preciso volver a este punto, qué es ese Otro en el esquema. Se encuentra con el Otro, no les he dicho como una persona, se lo encuentra como tesoro del significante, como sede del código. Ahí es donde se produce la refracción del deseo por el significante. El deseo llega, pues, como significado distinto de lo que era al comienzo, y he aquí, no por qué vuestra hija es muda, sino por qué vuestro deseo siempre es cornudo. O, más bien, tú eres el cornudo. Eres tú mismo el traicionado porque tu deseo se acuesta con el significante. No sé cómo tendría que articular mejor las cosas para que entiendan. Toda la significación del esquema es hacerles visualizar el concepto de que el paso del deseo — como

emanación, incursión del *ego* radical — a través de la cadena del significante, introduce de por sí un cambio esencial en la dialéctica del deseo.

Está muy claro que, en lo que a la satisfacción del deseo se refiere, todo depende de lo que ocurre en este punto A, definido de entrada como lugar del código y que, ya de por sí, *ab origine*, por el solo hecho de su estructura de significante, produce una modificación esencial en el deseo en su franqueamiento de significante. Aquí está implicado todo el resto, porque no está solamente el código, también hay algo más. Me sitúo aquí en el nivel más radical, aunque, por supuesto, está la ley, están las prohibiciones, está el superyó, etcétera. Pero para comprender cómo están edificados estos diversos niveles es preciso comprender que, ya en el nivel más radical, tan pronto le hablas a alguien hay un Otro, otro Otro en él como sujeto del código, y que nos encontramos ya sometidos a la dialéctica de encornudamiento¹ del deseo. Así, todo depende, tal como se comprueba, de lo que ocurre en este punto de cruce, A, en este franqueamiento.

Se comprueba que toda satisfacción posible del deseo humano dependerá de la conformidad entre el sistema significativo en cuanto articulado en la palabra del sujeto y, como diría Perogrullo, el sistema del significante en cuanto basado en el código, es decir en el Otro como lugar y sede del código. Un niño pequeño, con oírlo, quedaría convencido, y no pretendo que con esto que acabo de explicarles vayamos a dar un paso más. Pero aún hay que articularlo.

Aquí es donde vamos a abordar la articulación que quiero plantearles entre este esquema y lo que hace un momento les anuncié como esencial en relación con la cuestión del Nombre del Padre. Verán ustedes cómo se prepara y se dibuja, no cómo se engendra, ni sobre todo cómo se engendra a sí mismo, porque para llegar ha de dar un salto. No todo se produce en la continuidad, pues lo propio del significante es precisamente que es discontinuo.

¿Qué nos aporta la técnica del chiste en la experiencia? Es lo que he tratado de hacerles percibir. Aunque no suponga ninguna satisfacción particular inmediata, el chiste consiste en que en el Otro ocurre algo que simboliza lo que podríamos llamar la condición necesaria para toda satisfacción. A saber, que se te escucha más allá de lo que dices. En efecto, en ningún caso lo que dices puede verdaderamente hacer que se te oiga.

La agudeza se desarrolla propiamente en la dimensión de la metáfora, es decir más allá del significante en tanto que con él tratas de significar algo

1. *Cocufication*. [N. del T.]

y, a pesar de todo, siempre significas otra cosa. Precisamente en lo que se presenta como un traspie del significante es donde hallas satisfacción, simplemente porque mediante esta señal el Otro reconoce aquella dimensión, más allá, en la cual se ha de significar lo que está en juego y tú no puedes significar. Esta dimensión es la que nos revelará la agudeza.

Este esquema se basa, pues, en la experiencia. Nos hemos visto en la necesidad de construirlo para explicar lo que ocurre en la agudeza. Lo que en ella remedia, hasta el punto de proporcionarnos una especie de felicidad, el fracaso de la comunicación del deseo por la vía del significante, se realiza de la forma siguiente — el Otro admite un mensaje como impedido, fracasado, y en este mismo fracaso reconoce la dimensión más allá donde se sitúa el verdadero deseo, es decir, aquello que debido al significante no llega a ser significado.

Como ustedes ven, aquí la dimensión del Otro se amplía por poco que sea. Y, en efecto, ya no es sólo la sede del código sino que interviene como sujeto, admitiendo un mensaje en el código y complicándolo. O sea que ya está en el nivel de quien constituye la ley propiamente dicha, pues es capaz de añadir esta ocurrencia, este mensaje, como suplementario, es decir como algo que designa, por sí mismo, el más allá del mensaje.

Por esta razón este año, cuando se trataba de las formaciones del inconsciente, empecé hablándoles de la agudeza. Ahora tratemos de examinar detenidamente — y en una situación menos excepcional que la de la agudeza — este Otro, pues en su dimensión tratamos de descubrir la necesidad de aquel significante que funda el significante, como significante que instaura la legitimidad de la ley o del código. Volvamos, pues, a nuestra dialéctica del deseo.

Cuando nos dirigimos al otro, no vamos a expresarnos constantemente por medio de la agudeza. Si pudiéramos hacerlo, en cierto modo seríamos más felices. Es lo que trato de hacer yo en el breve tiempo del discurso que les dirijo. No siempre lo consigo. Si es culpa de ustedes o es culpa mía, desde este punto de vista es absolutamente indiscernible. Pero en fin, en el terreno prosaico de lo que ocurre cuando me dirijo al otro, hay una palabra que nos permite darle un fundamento de la forma más elemental, y que es absolutamente maravillosa en francés si se piensa en todos los equívocos que permite, en todos los retruécanos — me ruborizaría emplearlos aquí, salvo de la forma más discreta. Tan pronto diga esa palabra, recordarán enseguida la invocación a la que me remito. Es la palabra *Tú*.²

2. El equívoco al que se alude es entre *tu* (tú) y *tue* (mata). [N. del T.]

Este *Tú* es absolutamente esencial en lo que he llamado en diversas ocasiones la palabra plena, la palabra como fundadora en la historia del sujeto, el *Tú* de *Tú eres mi maestro*, o *Tú eres mi mujer*. Este *Tú* es el significante de la llamada al Otro, y les recuerdo, a quienes tuvieron a bien seguir toda la cadena de mis seminarios sobre las psicosis, el uso que de él hice, la demostración a la que traté de dar vida ante ustedes de la distancia entre *Tú eres quien me seguirás*, con una *s*, y *Tú eres quien me seguirá*.³ Lo que ya entonces abordaba para ustedes, algo en lo que traté de ejercitarles, es precisamente lo mismo a lo que voy a referirme ahora, ya le di su nombre.

Hay en estas dos frases, con sus diferencias, una llamada. Más en una que en la otra, incluso completamente en una y nada en absoluto en la otra. En el *Tú eres quien me seguirás*, hay algo que no está en el *Tú eres quien me seguirá*, y es lo que se llama invocación. Si digo *Tú eres quien me seguirás*, te invoco, te otorgo ser aquel que me seguía, suscito en ti el *sí* que dice *Soy tuyo, me consagro a ti, yo soy quien te seguirá*. Pero si digo *Tú eres quien me seguirá*, no hago nada parecido sino que anuncio, constato, objetivo e incluso, a veces, rechazo. Puede significar — *Tú eres el que me seguirá siempre, y estoy hasta la coronilla*. En la forma más ordinaria y más consecuente en que esta frase es pronunciada, se trata de un rechazo. La invocación, por supuesto, exige una dimensión muy distinta, a saber, que yo haga depender mi deseo de tu ser, en el sentido de que te llamo a entrar en la vía de este deseo, cualquiera que pueda ser, de una forma incondicional.

Es el proceso de la invocación. Esta palabra significa que apelo a la voz, es decir, al soporte de la palabra. No a la palabra sino al sujeto en cuanto él la sostiene, y por eso aquí me encuentro en el nivel que hace un momento he llamado el nivel personalista. Por eso, ciertamente, los personalistas lo usan con exageración, el *Tú, tú, tú, tú* todo el día, el *Tú* y el *para ti*. El Sr. Martín Buber, por ejemplo, cuyo nombre pronunció la Sra. Pankow de paso, es en este registro un nombre eminente.

Por supuesto, hay ahí un nivel fenomenológico esencial, y no podemos evitar pasar por él. Tampoco hay que ceder a sus espejismos, o sea, prosternarse. La actitud personalista — es el peligro que encontramos en este nivel — desemboca de bastante buena gana en la prosternación místi-

3. *Tu es celui qui me suivra/Tu es celui qui me suivras*. Unas líneas más abajo: *Tu es celui qui me suivra toujours, et j'en ai ma claue*. [N. del T.]

ca. ¿Y por qué no? No le negamos a nadie ninguna actitud, tan sólo reclamamos el derecho a comprender tales actitudes, y por otra parte el personalismo no nos lo niega, pero sí nos lo niega el cientifismo — si empiezas a atribuir alguna autenticidad a la posición mística, se considera que tú también caes en una complacencia ridícula.

Toda estructura subjetiva, sea cual sea, si podemos seguir lo que articula, es estrictamente equivalente a cualquier otra desde el punto de vista del análisis subjetivo. Sólo los cretinos imbéciles como el Sr. Blondel, el psiquiatra, pueden plantear, en nombre de una pretendida conciencia mórbida inefable de lo vivido del otro, una objeción a lo que no se presenta como inefable sino como articulado y, en cuanto tal, debería ser rechazado, debido a una confusión cuyo origen es la creencia de que lo no articulado está más allá, cuando no es así en absoluto — lo que está más allá se articula. En otras palabras, en lo que al sujeto se refiere, aunque sea delirante o místico, no se debe hablar de inefable. En el nivel de la estructura subjetiva estamos en presencia de algo que sólo puede presentarse como se presenta, y que se presenta, pues, en consecuencia, con su entero valor en su nivel de credibilidad.

Si hay algo inefable, ya sea en el delirante, ya sea en el místico, por definición no habla de ello, porque es inefable. Entonces, no hemos de juzgar lo que articula, a saber sus palabras, a partir de aquello de lo que no puede hablar. Si bien se puede suponer que haya algo inefable, y de buen grado lo suponemos, nunca nos negamos a captar lo que se demuestra como estructura en una palabra, sea cual sea, con el pretexto de que hay algo inefable. Como ahí podemos extraviarnos, entonces renunciamos. Pero si no nos perdemos por ahí, el orden que esta palabra demuestra y revela se debe tomar tal como es. En general nos percatamos de que es infinitamente más fecundo tomarla así y tratar de articular el orden que plantea, a condición de tener puntos de referencia adecuados, y en esto es en lo que aquí nos esforzamos. Si partiéramos de la idea de que la palabra está hecha esencialmente para representar el significado, enseguida nos extraviaríamos, porque sería volver a caer en las oposiciones de antes, o sea que el significado no lo conocemos.

El *Tú* en cuestión es aquel a quien invocamos. Mediante la invocación, sin duda, la impenetrabilidad personal subjetiva resultará concernida, pero no es en este nivel donde tratamos de alcanzarla. ¿Qué es lo que está en juego en toda invocación? La palabra invocación tiene un sentido histórico. Es lo que se producía mediante cierta ceremonia que los antiguos, no más sensatos que nosotros en algunas cosas, practicaban antes del comba-

te. Esta ceremonia consistía en hacer lo necesario — probablemente ellos lo sabían — para poner de su parte a los dioses de los otros. Esto exactamente quiere decir la palabra invocación, y en esto reside la relación esencial a la que los conduzco ahora, en esta segunda etapa, la de la llamada, necesaria para que el deseo y la demanda sean satisfechos.

No basta simplemente con decirle al Otro *tú, tú, tú* y obtener una participación de lo que palpita. Se trata de darle la misma voz que nosotros deseamos que tenga, de evocar aquella voz, presente precisamente en la agudeza como su dimensión propia. La agudeza es una provocación que no logra la gran proeza, que no alcanza el gran milagro de la invocación. Es en el nivel de la palabra, y en tanto que se trata de que esa voz se articule conformemente a nuestro deseo, donde la invocación se sitúa.

Aquí volvemos a encontrarnos con que toda satisfacción de la demanda, como depende del Otro, quedará pendiente de lo que se produce aquí, en este vaivén giratorio del mensaje al código y del código al mensaje, que permite que mi mensaje sea autenticado por el Otro en el código. Volvemos al punto anterior, es decir, a lo que constituye la esencia del interés que entre todos le concedemos este año a la agudeza.

De paso les haré comprobar simplemente que si hubieran tenido este esquema, es decir, si hubiera podido, no dárselo, sino forjárselo en el momento del seminario sobre las psicosis, si hubiéramos hallado, juntos y en el mismo momento, la misma ocurrencia, hubiera podido representarles aquí encima lo que le ocurre esencialmente al Presidente Schreber cuando se ha convertido en la víctima, en el sujeto absolutamente dependiente de sus voces.

Schreber

Observen atentamente el esquema que está detrás de mí y supongan simplemente que esté *verworfen* todo lo que, de cualquier forma, pueda corresponder en el Otro a ese nivel que llamo el del Nombre del Padre, el cual encarna, específica, particulariza, lo que acabo de explicarles, a saber, representar en el Otro al Otro en tanto que le da su peso a la ley. Pues bien, si suponen ustedes la *Verwerfung* del Nombre del Padre, a saber, que este significante está ausente, verán ustedes que los dos vínculos que he enmarcado aquí, a saber, la ida y vuelta del mensaje al código y del código al mensaje, resultan de esta manera destruidos e imposibles. Esto les permite trasladar a este esquema los dos tipos fundamentales de fenómenos de voces que experimenta el Presidente Schreber en sustitución de este defecto, de esta falta.

Precisaré que si este hueco o este vacío aparece es porque ha sido evocado al menos una vez el Nombre del Padre — porque lo que ha sido llamado en un momento dado en el nivel del *Tú* era precisamente el Nombre del Padre, en cuanto capaz de admitir el mensaje y, por este motivo, garante de que la ley se presente como autónoma. Éste es el punto del vuelco, del viraje, que precipita al sujeto en la psicosis, y dejo de lado por ahora cómo, en qué momento y por qué.

Aquel año empecé mi discurso sobre la psicosis partiendo de una frase que les había extraído de una de mis presentaciones de enfermos. Se captaba muy bien en qué momento se producía, en la frase murmurada por la paciente, *Vengo de la charcutería*, un vuelco hacia el otro lado. Era cuando la palabra *marrana* aparecía en aposición. Al no ser asumible más allá de ese punto, integrable para el sujeto, se volcaba, por su propio movimiento, por su propia inercia de significante, hacia el otro lado del guión de la réplica, en el Otro. Se trataba de pura y simple fenomenología elemental. En Schreber, ¿cuál es el resultado de la exclusión de los vínculos entre el mensaje y el Otro? El resultado se presenta en forma de dos grandes categorías de voces y de alucinaciones.

Está, en primer lugar, la emisión, en el Otro, de los significantes de lo que se presenta como la *Grundsprache*, la *lengua fundamental*. Son elementos originales del código, articulables unos con respecto a los otros, pues esta lengua fundamental está tan bien organizada que cubre literalmente el mundo con su red de significantes, sin que haya ninguna otra cosa segura y cierta salvo que se trata de la significación esencial, total. Cada una de estas palabras tiene su propio peso, su acento, su empuje de significante. El sujeto las articula unas con respecto a otras. Cada vez que quedan aisladas, la dimensión propiamente enigmática de la significación, al ser infinitamente menos evidente que la certeza que incluye, resulta del todo

asombrosa. En otros términos, el Otro sólo emite aquí, por así decirlo, más allá del código, sin ninguna posibilidad de integrar en él lo que pueda venir del lugar donde el sujeto articula su mensaje.

Por otra parte, con sólo que restituyan ustedes aquí las flechitas, vienen mensajes. No quedan de ningún modo autenticados por el retorno desde el Otro, en cuanto soporte del código, hasta el mensaje, ni integrados en el código con una intención cualquiera, sino que vienen del Otro como cualquier otro mensaje, pues un mensaje sólo puede partir del Otro, porque está hecho de una lengua que es la del Otro — incluso cuando se origina en nosotros mismos imitando a otro. Estos mensajes partirán, pues, del Otro, y saldrán de este punto para articularse en declaraciones como — *Y ahora quiero darle... En especial, quiero esto para mí... Y ahora, eso debe, sin embargo...*

¿Qué es lo que falta? El pensamiento principal se expresa en la lengua fundamental. Las propias voces, que conocen toda la teoría, dicen igualmente — *Nos falta reflexión*. Esto significa que del Otro parten, en efecto, mensajes de la otra categoría de mensajes. Es un tipo de mensajes que no es posible admitir como tales. El mensaje se manifiesta aquí en la dimensión pura y quebrada del significante, como algo que sólo más allá de sí mismo tiene su significación, algo que, por el hecho de no poder participar en la autenticación mediante el *Tú*, se manifiesta como si su único objeto fuese presentar como ausente la posición del *Tú* donde la significación se autentifica. Por supuesto, el sujeto se esfuerza por completar esta significación, aporta por lo tanto los complementos de sus frases — *Ahora no quiero*, dicen las voces, pero en otra parte se dice que él, Schreber, *no puede confesar que es una...* El mensaje queda interrumpido aquí porque no puede pasar por la vía del *Tú*, sólo puede llegar al punto gamma como mensaje interrumpido.

Creo haberles indicado suficientemente que la dimensión del Otro, al ser el lugar del depósito, el tesoro del significante, supone, para que pueda ejercer plenamente su función de Otro, que también tenga el significante del Otro en cuanto Otro. El Otro tiene, él también, más allá de él, a este Otro capaz de dar fundamento a la ley. Es una dimensión que, por supuesto, pertenece igualmente al orden del significante y se encarna en personas que soportarán esta autoridad. Que, dado el caso, esas personas falten, que haya por ejemplo carencia paterna en el sentido de que el padre es demasiado tonto, eso no es lo esencial. Lo esencial es que el sujeto, por el procedimiento que sea, haya adquirido la dimensión del Nombre del Padre.

Por supuesto, lo que ocurre efectivamente, y pueden advertirlo en las biografías, es que a menudo el padre lava los platos en la cocina con el

delantal de su mujer. Con eso no es suficiente para determinar una esquizofrenia.

3

Ahora voy a poner en la pizarra el pequeño esquema con el cual voy a introducir lo que les diré la próxima vez, y que nos permitirá establecer lo delicado de la distinción, que puede parecerles un poco escolástica, entre el Nombre del Padre y el padre real — el Nombre del Padre en tanto que llegado el caso puede faltar y el padre que, según parece, no ha de estar tan presente para que no falte. Voy a introducir, pues, lo que será el objeto de mi lección del próximo día, a saber, lo que desde hoy titulo la metáfora paterna.

Un nombre nunca es un significante como los otros. Sin duda, es importante tenerlo, pero ello no significa que se acceda a él — como tampoco a la satisfacción del deseo, cornudo de entrada, como les decía hace un momento. Por eso, en el acto, el famoso acto de la palabra del que nos hablaba ayer la Sra. Pankow, donde se realizará concretamente, psicológicamente, la invocación de la que hablaba hace un instante es en la dimensión que llamamos metafórica.

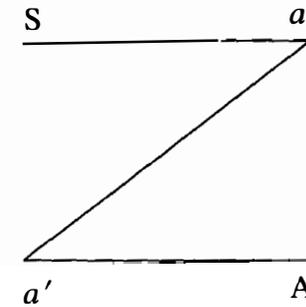
En otros términos, el Nombre del Padre hay que tenerlo, pero también hay que saber servirse de él. De esto pueden depender mucho el destino y el resultado de todo este asunto.

Hay palabras reales que se producen alrededor del sujeto, especialmente en su infancia, pero la esencia de la metáfora paterna, que hoy les anuncio y que comentaremos más extensamente la próxima vez, consiste en el triángulo siguiente —

Madre

Padre

Tenemos, por otra parte, este esquema —



EL ESQUEMA L

Todo lo que se realiza en S, sujeto, depende de los significantes que se colocan en A. A, si es verdaderamente el lugar del significante, ha de ser él mismo portador de algún reflejo de aquel significante esencial que les represento aquí en este zigzag, que en otro lugar llamo, en mi artículo sobre “La carta robada”, el esquema L.

Tres de estos cuatro puntos cardinales vienen dados por los tres términos subjetivos del complejo de Edipo, en cuanto significantes, que encontramos en cada vértice del triángulo. Volveré a hablar de ello la próxima vez, pero de momento les ruego que admitan lo que les digo, como para abrirles el apetito.

El cuarto término es S. Éste es, en efecto — no sólo se lo concedo, de eso partimos —, inefablemente estúpido, porque no posee su significante. Está fuera de los tres vértices del triángulo edípico, y depende de lo que ocurra en ese juego. En esta partida es el muerto. Incluso, si el sujeto resulta ser dependiente de los tres polos llamados ideal del yo, superyó y realidad, es porque la partida está estructurada así — quiero decir que no se desarrolla sólo como una partida particular, sino como una partida que se instituye como regla.

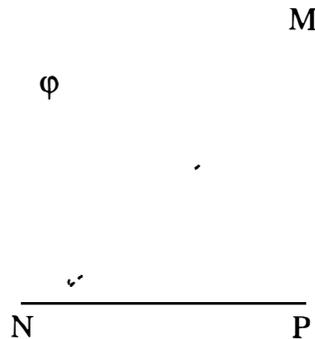
Pero para comprender la transformación de la primera tríada en la otra, es preciso ver que, por muy muerto que esté, el sujeto, puesto que hay sujeto, en esa partida no obtiene nada a cambio.⁴ Desde este punto instituido donde se encuentra, va a tener que participar — si no con su dinero, tal vez todavía no lo tiene, por lo menos con su piel, es decir con sus imá-

4. *En est pour ses frais*. Expresión que significa “sin obtener nada a cambio”, “sin esperanza”. [N. del T.]

genes, su estructura imaginaria y todo lo que de ello se deriva. Por eso el cuarto término, S, se representará en algo imaginario que se opone al significante del Edipo y que ha de ser también, para que case, ternario.

Por supuesto, hay todo un stock, todo el bagaje de las imágenes. Para saberlo, abran los libros del Sr. Jung y de su escuela, y verán que imágenes hay un sinfín — brotan y vegetan por todas partes —, la serpiente, el dragón, las lenguas, el ojo llameante y la planta verde, el jarro de flores, la guardiana. Todas ellas son imágenes fundamentales, indiscutiblemente atiborradas de significación, lo que ocurre es que no hay estrictamente nada que hacer con ellas, y si te paseas por este nivel, todo lo que consigues es perderte con tu lamparita en la selva vegetante de los arquetipos primitivos.

Con respecto a lo que nos interesa, o sea, la dialéctica intersubjetiva, hay tres imágenes seleccionadas — artículo con cierta fuerza mi pensamiento — para tomar el papel de guías. No es difícil comprenderlo, pues hay algo en cierto modo completamente dispuesto, no sólo a ser homólogo a la base del triángulo madre-padre-niño, sino a confundirse con ella — es la relación del cuerpo despedazado, y al mismo tiempo envuelto en buen número de esas imágenes de las que hablábamos, con la función unificante de la imagen total del cuerpo. Dicho de otra manera, la relación del yo con la imagen especular nos da ya la base del triángulo imaginario, indicado aquí en línea de puntos.



El otro punto, ahí es precisamente donde vamos a ver el efecto de esa metáfora paterna.

Este otro punto lo introduje en mi seminario del año pasado sobre la relación de objeto, pero ahora lo verán ocupar su lugar entre las formaciones del inconsciente. Este punto creo que lo han reconocido ustedes con sólo haberlo visto aquí, como tercero, con la madre y el niño. Aquí lo ven

ustedes dentro de otra relación, que no les disimulé en absoluto el año pasado, puesto que acabamos con la relación entre el Nombre del Padre y lo que había hecho surgir el fantasma del caballito de nuestro Juanito. Este tercer punto — al fin voy a nombrarlo, creo que todos ustedes lo tienen en la punta de la lengua — no es otro que el falo. Y por eso el falo ocupa un lugar de objeto tan central en la economía freudiana.

Sólo con esto basta para mostrarnos cómo se extravía *el psicoanálisis de hoy*. Se aleja de él cada vez más. Diluye la función fundamental del falo, con el cual el sujeto se identifica imaginariamente, para reducirlo a la noción del objeto parcial. Esto nos devuelve a la comedia.

Voy a dejarles aquí por hoy, tras haberles demostrado por qué vías el discurso complejo en el que trato de conjuntar todo lo que les he presentado se ensambla y se mantiene unido.

8 DE ENERO DE 1958

IX

LA METÁFORA PATERNA

Superyó, Realidad, Ideal del yo
Variedad de la carencia paterna
La delicada cuestión del Edipo invertido
El falo como significado
Las dimensiones de la Otra cosa

De forma excepcional, anuncié el título de aquello de lo que iba a hablarles hoy, o sea, la metáfora paterna.

No hace mucho tiempo, alguien, un poquito inquieto, me imagino, por el cariz que iba a dar yo a las cosas, me preguntó — *¿De qué piensa hablar usted el resto del año?* Y yo respondí — *Pienso abordar cuestiones de estructura.* De esta forma, no me comprometí. De cualquier manera, de lo que pienso hablarles este año a propósito de las formaciones del inconsciente es, ciertamente, de cuestiones de estructura. Por decirlo simplemente, se trata de situar las cosas de las que hablan ustedes todos los días y con las que todos los días se hacen un lío de una forma que acaba por no molestarles siquiera.

Así, la metáfora paterna concierne a la función del padre, como se diría en términos de relaciones interhumanas. Tropezan ustedes todos los días con complicaciones por la forma en que pueden llegar a usarla como un concepto que ya ha adquirido cierto cariz familiar desde que hablan de ella. Se trata de saber precisamente si hablan de ella en la forma de un discurso lo bastante coherente.

La función del padre tiene su lugar, un lugar bastante amplio, en la historia del análisis. Se encuentra en el corazón de la cuestión del Edipo, y ahí es donde la ven ustedes presentificada. Freud la introdujo al principio de todo, porque el complejo de Edipo aparece ya de entrada en *La interpretación de los sueños*. Lo que revela el inconsciente al principio es, de entrada y ante todo, el complejo de Edipo. Lo importante de la revelación del inconsciente es la amnesia infantil que afecta, ¿a qué? A los deseos infantiles por la madre y al hecho de que estos deseos están reprimidos. Y no sólo

han sido reprimidos sino que se ha olvidado que dichos deseos son primordiales. Y no sólo son primordiales, sino que están todavía presentes. He aquí de dónde partió el análisis, y a partir de qué se articulan una serie de cuestiones clínicas.

He tratado de ordenarles en cierto número de direcciones las cuestiones que se han planteado en la historia del análisis a propósito del Edipo.

1

Distingo tres polos históricos, que voy a situarles brevemente.

Inscribo en el primero una cuestión que hizo época. Se trataba de saber si el complejo de Edipo, promovido al principio como fundamental en la neurosis pero que en la obra de Freud se convertía en algo universal, se encontraba no sólo en el neurótico sino también en el normal. Y ello, por una buena razón, que el complejo de Edipo tiene una función esencial de normalización. Así, por una parte se podía considerar que lo que provoca las neurosis es un accidente del Edipo, pero también se podía plantear la pregunta — *¿Hay neurosis sin Edipo?*

Algunas observaciones parecen indicar, en efecto, que no siempre desempeña el papel esencial el drama edípico sino, por ejemplo, la relación exclusiva del niño con la madre. Así, la experiencia obligaba a admitir que podía haber sujetos que presentaran neurosis en las cuales no se encontraba en absoluto Edipo. Les recuerdo que “¿Neurosis sin complejo de Edipo?” es precisamente el título de un artículo de Charles Odier.

La noción de la neurosis sin Edipo es correlativa al conjunto de las cuestiones planteadas sobre lo que se llamó el superyó materno. Cuando se planteó la cuestión de la neurosis sin Edipo, Freud ya había formulado que el superyó era de origen paterno. Entonces surgió la pregunta — *¿en verdad el superyó es únicamente de origen paterno? ¿No hay en las neurosis, detrás del superyó paterno, un superyó materno todavía más exigente, más opresivo, más devastador, más insistente?*

No quiero extenderme mucho porque tenemos un largo camino que recorrer. He aquí, pues, el primer polo, donde se agrupan los casos de excepción y la relación entre el superyó paterno y el superyó materno.

Ahora el segundo polo.

Independientemente de la cuestión de saber si el complejo de Edipo está

presente o si falta en el sujeto, surgió la pregunta de si todo un campo de la patología que entra en nuestra jurisdicción y se ofrece a nuestros cuidados no podría ser referido a lo que llamaremos el campo preedípico.

Está el Edipo, se considera que este Edipo representa alguna fase, y si hay madurez en cierto momento de la evolución del sujeto, el Edipo sigue ahí. Pero lo que el propio Freud había planteado muy pronto en los inicios de su obra, cinco años después de *La interpretación de los sueños*, en los *Tres ensayos para una teoría sexual*, daba a entender que lo que ocurre antes del Edipo tenía también su importancia.

Por supuesto, en Freud, esto adquiere su importancia, pero a través del Edipo. Sólo que, en aquella época, la noción de la retroacción, de una *Nachträglichkeit* del Edipo sobre la cual, como ustedes saben, llamo aquí constantemente su atención con insistencia, no había sido nunca, nunca, puesta de relieve. Esta noción parecía eludir el pensamiento. Sólo se consideraban las exigencias del pasado temporal.

Ciertas partes de nuestro campo de experiencia se relacionan en especial con este terreno de las etapas preedípicas del desarrollo del sujeto, a saber, por un lado, la perversión, por otro lado, la psicosis.

La perversión era para algunos el estado primario, el estado sin cultivar. Gracias a Dios, ya no estamos del todo en ese punto. Si bien en los primeros tiempos esta concepción era legítima, al menos en calidad de una aproximación al problema, ciertamente lo es menos en nuestros días. La perversión era esencialmente considerada una patología cuya etiología debía ponerse en relación con el campo preedípico, y tenía como condición una fijación anormal. En consecuencia, por otra parte, la perversión no era considerada sino como la neurosis invertida, o, más exactamente, como la neurosis que no se había invertido, la neurosis que había permanecido patente. Lo que en la neurosis se había invertido, se veía a la luz del día en la perversión. Al no haber sido reprimida la perversión, por no haber pasado por el Edipo, el inconsciente se encontraba a cielo abierto. Es una concepción a la que ya nadie presta atención, lo cual no quiere decir, sin embargo, que hayamos adelantado.

Así, señalo que en torno a la cuestión del campo preedípico se agrupan la cuestión de la perversión y la de la psicosis.

Lo que aquí está en juego puede esclarecerse para nosotros de diversas formas. Ya sea perversión o psicosis, se trata en ambos casos de la función imaginaria. Aun sin estar especialmente introducido en la forma en que la manejamos aquí, cualquiera puede percatarse de la especial importancia de la imagen en estos dos registros, por supuesto desde ángulos distintos. Una

invasión endofásica y hecha de palabras auditivadas no es como el carácter engorroso, parasitario, de una imagen en una perversión, pero tanto en un caso como en el otro, se trata ciertamente de manifestaciones patológicas en las cuales el campo de la realidad está profundamente perturbado por imágenes.

La historia del psicoanálisis atestigua que la experiencia, la preocupación por la coherencia, la forma en que la teoría se construye y se mantiene en pie, han hecho atribuir especialmente al campo preedípico las perturbaciones, en algunos casos profundas, del campo de la realidad por la invasión de lo imaginario. El término *imaginario*, por otra parte, parece prestar mejores servicios que el de fantasma, que sería inadecuado para hablar de las psicosis y las perversiones. Toda una dirección del análisis se empeñó en la exploración del campo preedípico, hasta tal punto que incluso puede decirse que todos los progresos esenciales después de Freud han ido en esta dirección.

Subrayo a este respecto la paradoja, esencial para nuestro tema de hoy, del testimonio que constituye la obra de la Sra. Melanie Klein.

En una obra, como en toda producción a base de palabras, hay dos planos. Está, por una parte, lo que dice, lo que formula en su discurso, lo que quiere decir, en tanto que en su sentido, separando el *quiere* y el *decir*, se encuentra su intención. Y además, no seríamos analistas en el sentido en que trato de hacer que se escuchen las cosas aquí, si no supiéramos que a veces dice un poco más allá de eso. En esto consiste incluso, habitualmente, nuestro planteamiento — captar lo que se dice más allá de lo que se quiere decir. La obra de la Sra. Melanie Klein dice cosas que tienen toda su importancia, pero a veces sólo a través de las contradicciones internas de sus textos, susceptibles de ser criticados, como en efecto lo han sido. Además, está también lo que dice sin querer decirlo, y una de las cosas más llamativas en este sentido es la siguiente.

Esta mujer que nos aportó impresiones tan profundas, tan esclarecedoras, no sólo sobre el tiempo preedípico, sino sobre los niños que examina y analiza en una etapa que se supone preedípica en una primera aproximación de la teoría — esta analista, que por fuerza aborda en esos niños una serie de temas en términos a veces preverbales, casi cuando aparece la palabra — pues bien, cuanto más se remonta hacia el tiempo de la historia presuntamente preedípica y cuantas más cosas ve allí, ve siempre y en todo momento, permanente, la interrogación edípica.

Lean su artículo, sobre el Edipo precisamente. En él describe una etapa extremadamente precoz del desarrollo, la etapa llamada de la formación de

los malos objetos, anterior a la fase llamada paranoide-depresiva, relacionada con la aparición del cuerpo de la madre en su totalidad. Si nos fijamos de ella, el papel predominante en la evolución de las primeras relaciones objetales infantiles lo desempeñaría el interior del cuerpo de la madre, que centraría toda la atención del niño. Ahora bien, uno constata con sorpresa que, basándose en dibujos, en dichos, en toda una reconstrucción de la psicología del niño en esta etapa, la Sra. Melanie Klein nos manifiesta que entre los malos objetos presentes en el cuerpo de la madre — como son todos los rivales, los cuerpos de los hermanos y las hermanas, pasados, presentes y futuros —, se encuentra precisamente el padre, representado en forma de su pene.

Es, ciertamente, un hallazgo que merece que le prestemos atención, porque se sitúa en las primeras etapas de las relaciones imaginarias, con las que pueden ponerse en relación las funciones propiamente esquizofrénicas y psicóticas en general. Esta contradicción tiene todo su valor, cuando la intención de la Sra. Melanie Klein era ir a explorar los estadios preedípicos. Cuanto más se remonta en el plano imaginario, más constata la precocidad — bien difícil de explicar si nos atenemos a una noción puramente histórica del Edipo — de la aparición de un tercer término paterno, y ello desde las primeras fases imaginarias del niño. Por eso digo que la obra dice más de lo que quiere decir.

He aquí, pues, ya definidos dos polos de la evolución del interés en torno al Edipo — en primer lugar, las cuestiones del superyó y de las neurosis sin Edipo, en segundo lugar, las cuestiones relativas a las perturbaciones que se producen en el campo de la realidad.

Tercer polo, que no merece menos puntualizaciones — la relación del complejo de Edipo con la genitalización, como se suele decir. No es lo mismo.

Por una parte — punto éste que tantas exploraciones y discusiones en la historia han hecho pasar a un segundo plano, pero sigue estando implícito en todas las clínicas —, el complejo de Edipo tiene una función normativa, no simplemente en la estructura moral del sujeto, ni en sus relaciones con la realidad, sino en la asunción de su sexo — lo cual, como ustedes saben, permanece siempre en el análisis dentro de cierta ambigüedad. Por otra parte, la función propiamente genital es objeto de una maduración después de un primer desarrollo sexual de orden orgánico, al que se le ha buscado una base anatómica en el doble desarrollo de los testículos y la formación de los espermatozoides. La relación entre este crecimiento orgánico y la existencia en la especie humana del complejo de Edipo ha quedado como un problema filogenético sobre el que planea mucha oscuridad, hasta tal punto que

ya nadie se arriesgaría a escribir artículos sobre el tema. Pero en fin, este interrogante no ha estado menos presente en la historia del análisis.

Así, la cuestión de la genitalización es doble. Hay, por un lado, un crecimiento que acarrea una evolución, una maduración. Hay, por otro lado, en el Edipo, asunción por parte del sujeto de su propio sexo, es decir, para llamar las cosas por su nombre, lo que hace que el hombre asuma el tipo viril y la mujer asuma cierto tipo femenino, se reconozca como mujer, se identifique con sus funciones de mujer. La virilidad y la feminización son los dos términos que traducen lo que es esencialmente la función del Edipo. Aquí nos encontramos en el nivel donde el Edipo está directamente vinculado con la función del Ideal del yo — no tiene otro sentido.

He aquí, por lo tanto, los tres capítulos en los que podrán ustedes clasificar todas las discusiones que se han producido en torno al Edipo y, al mismo tiempo, en torno a la función del padre, porque es una y la misma cosa. Ni hablar de Edipo si no está el padre, e inversamente, hablar de Edipo es introducir como esencial la función del padre.

Repito para quienes toman notas. En cuanto al tema histórico del complejo de Edipo, todo gira alrededor de tres polos — el Edipo en relación con el superyó, en relación con la realidad, en relación con el Ideal del yo. El Ideal del yo, porque la genitalización, cuando se asume, se convierte en elemento del Ideal del yo. La realidad, porque se trata de las relaciones del Edipo con las afecciones que conllevan una alteración de la relación con la realidad, perversión y psicosis.

Se lo resumo en la pizarra, con un complemento cuya significación verán más adelante.

<i>Superyó</i>	R.i
<i>Realidad</i>	S←S'.r
<i>Ideal del yo</i>	I.s

Ahora tratemos de ir un poco más lejos.

2

Ahora que ya están lo suficientemente presentes para vuestra asistencia estos conjuntos compactos, globales, puestos de relieve por la historia, nos

dirigiremos hacia lo que, dentro del tercer capítulo — la función del Edipo en tanto que repercute directamente en la asunción del sexo —, concierne a la cuestión del complejo de castración en lo que tiene de poco elucidada.

De buen grado tomamos las cosas por el camino de la clínica, preguntándonos lisa y llanamente — *Y entonces, ¿el padre? ¿Qué hacía, el padre, en aquella época? ¿Cómo está implicado en todo esto?*

Ciertamente, la cuestión de la ausencia o de la presencia del padre, del carácter benéfico o maléfico del padre, no se oculta. También hemos visto aparecer recientemente el término de carencia paterna, y esto no es enfrentarse con un tema menor — saber qué hayan podido decir al respecto y si se sostenía, es distinto. Pero en fin, esa carencia paterna, la llamen así o de otra forma, es un tema que está a la orden del día en una evolución del análisis que se hace cada vez más ambientalista, como se suele decir elegantemente.

A Dios gracias, no todos los analistas caen en este enredo. Muchos analistas a quienes les den informaciones biográficas tan interesantes como *Pero los padres no se entendían, había desavenencias conyugales, eso lo explica todo*, les responderán, incluso aquellos con quienes no siempre estamos de acuerdo — *¿Y qué? Eso no demuestra absolutamente nada. No hemos de esperar ninguna clase de efecto particular* — y estarán en lo cierto.

Dicho esto, cuando buscamos la carencia paterna, ¿en qué nos interesamos con respecto al padre? Se amontonan preguntas en el registro biográfico. El padre, ¿estaba o no estaba? ¿Viajaba, se ausentaba, volvía a menudo? Y también — ¿puede constituirse de forma normal un Edipo cuando no hay padre? Estas preguntas son en sí mismas muy interesantes, y aún diría más, por esta vía se introdujeron las primeras paradojas, las que obligaron a plantearse las preguntas que vinieron después. Entonces se vio que un Edipo podía muy bien constituirse también cuando el padre no estaba presente.

Al principio, incluso, siempre se creía que era algún exceso de presencia del padre, o exceso del padre, lo que engendraba todos los dramas. Era una época en que la imagen del padre terrorífico se consideraba un elemento lesional. En las neurosis se apreció muy rápidamente que todavía era más grave cuando era demasiado amable. Hemos ido aprendiendo con lentitud, y así, ahora estamos en el otro extremo, preguntándonos por las carencias paternas. Están los padres débiles, los padres sumisos y los padres sometidos, los padres castigados por su mujer y, finalmente, los padres lisiados, los padres ciegos, los padres patituertos, todo lo que ustedes quieran. De

cualquier forma se debería tratar de ver qué se desprende de semejante situación y de encontrar fórmulas mínimas que nos permitan progresar.

En primer lugar, la cuestión de su presencia o de su ausencia, concreta, en cuanto elemento del entorno. Si nos situamos en el nivel donde se desarrollan estas investigaciones, es decir el nivel de la realidad, puede decirse que es del todo posible, concebible, se entiende, se comprueba por experiencia, que el padre existe incluso sin estar, lo cual debería incitarnos a cierta prudencia en el manejo del punto de vista ambientalista sobre la función del padre. Incluso en los casos en que el padre no está presente, cuando el niño se ha quedado solo con su madre, complejos de Edipo completamente normales — normales en los dos sentidos, normales en cuanto normalizantes, por una parte, y también normales porque desnormalizan, quiero decir por sus efectos neurotizantes, por ejemplo —, se establecen de una forma homogénea con respecto a los otros casos. Primer punto que debe atraer nuestra atención.

En lo que se refiere a la carencia del padre, quisiera simplemente hacerles observar que nunca se sabe de qué carece el padre. En ciertos casos, nos dicen que es demasiado amable, lo cual parecería querer decir que ha de ser desagradable. Por otra parte, el hecho de que, manifiestamente, pueda ser demasiado desagradable, implica que quizás más valdría que fuese amable de vez en cuando. En resumidas cuentas, ya hace tiempo que se le ha dado toda la vuelta a este pequeño tiovivo. Se ha entrevisto que el problema de la carencia del padre no concernía directamente al niño, sino que, como era evidente de entrada, se podía empezar a decir cosas un poco más eficaces sobre esta carencia considerando que debía sostener su lugar como miembro del trío fundamental de la familia. Sin embargo, no se ha llegado a formular mejor lo que está en juego.

No quiero extenderme mucho a este respecto, pero ya hablamos de ello el año pasado a propósito de Juanito. Vimos las dificultades que teníamos para precisar, sólo desde el punto de vista ambientalista, en qué residía la carencia del personaje paterno, pues estaba lejos de faltar en su familia — estaba allí, cerca de su mujer, desempeñaba su papel, hacía comentarios, a veces su mujer lo mandaba un poco a paseo, pero al fin y al cabo se ocupaba mucho de su hijo, no estaba ausente, y estaba tan poco ausente que incluso lo hacía analizar, lo cual es el mejor punto de vista que pueda esperarse de un padre, al menos en este sentido.

La cuestión de la carencia del padre merece que volvamos a ocuparnos de ella, pero entramos aquí en un mundo tan movedido, que es preciso tratar de establecer una distinción que permita ver de qué peca la investiga-

ción. No peca por lo que encuentra sino por lo que busca. Creo que el error de orientación es el siguiente — confunden dos cosas que están relacionadas pero no se confunden, el padre en cuanto normativo y el padre en cuanto normal. Por supuesto, el padre puede ser muy desnormalizante si él mismo no es normal, pero esto es trasladar la pregunta al nivel de la estructura — neurótica, psicótica — del padre. Así, la normalidad del padre es una cuestión, la de su posición normal en la familia es otra.

Tercer punto que adelanto — la cuestión de su posición en la familia no se confunde con una definición exacta de su papel normativizante. Hablar de su carencia en la familia no es hablar de su carencia en el complejo. En efecto, para hablar de su carencia en el complejo hay que introducir otra dimensión distinta de la realista, definida por el modo caracterológico, biográfico u otro, de su presencia en la familia.

En esta dirección daremos el siguiente paso.

3

Ahora que ven ustedes aproximadamente el estado actual de la cuestión, voy a tratar de poner un poco de orden para situar las paradojas. Pasemos a introducir más correctamente el papel del padre. Si su lugar en el complejo es lo que puede indicarnos en qué dirección debemos avanzar y plantear una formulación correcta, examinemos ahora el complejo y empecemos por recordar su a b c.

Al principio, el padre terrible. Con todo, la imagen resume algo mucho más complejo, como indica este nombre. El padre interviene en diversos planos. De entrada, prohíbe la madre. Éste es el fundamento, el principio del complejo de Edipo, ahí es donde el padre está vinculado con la ley primordial de la interdicción del incesto. Es el padre, nos recuerdan, el encargado de representar esta interdicción. A veces ha de manifestarla de una forma directa cuando el niño se abandona a sus expansiones, manifestaciones, tendencias, pero ejerce este papel mucho más allá de esto. Es mediante toda su presencia, por sus efectos en el inconsciente, como lleva a cabo la interdicción de la madre. Ustedes esperan que diga *bajo amenaza de castración*. Es cierto, hay que decirlo, pero no es tan simple. De acuerdo, la castración tiene aquí un papel manifiesto y cada vez más confirmado, el vínculo de la castración con la ley es esencial, pero veamos cómo se nos

presenta esto clínicamente. Me veo obligado a recordarlo porque mis afirmaciones suscitan sin duda en ustedes toda clase de evocaciones textuales.

Tomemos primero al niño. La relación entre el niño y el padre está gobernada, por supuesto, por el temor de la castración. ¿Qué es este temor de la castración? ¿Cómo lo abordamos? Lo abordamos en la primera experiencia del complejo de Edipo, pero ¿de qué forma? Lo abordamos como una represalia dentro de una relación agresiva. Esta agresión parte del niño, porque su objeto privilegiado, la madre, le está prohibido, y va dirigida al padre. Vuelve hacia él en función de la relación dual, en la medida en que proyecta imaginariamente en el padre intenciones agresivas equivalentes o reforzadas con respecto a las suyas, pero que parten de sus propias tendencias agresivas. En suma, el temor experimentado ante el padre es netamente centrífugo, quiero decir que tiene su centro en el sujeto. Esta presentación está de acuerdo tanto con la experiencia como con la historia del análisis. La experiencia nos enseñó enseguida que era en esta perspectiva como debía medirse la incidencia del temor experimentado en el Edipo con respecto al padre.

Aunque profundamente vinculada con la articulación simbólica de la interdicción del incesto, la castración se manifiesta, por lo tanto, en toda nuestra experiencia, y particularmente en quienes son sus objetos privilegiados, a saber, los neuróticos, en el plano imaginario. Ahí es donde tiene su punto de partida. No parte de un mandamiento como el formulado por la ley de Manu — *Quien se acueste con su madre se cortará los genitales, y sosteniéndolos en su mano derecha* — o izquierda, ya no me acuerdo muy bien — *irá hacia el oeste hasta encontrar la muerte*. Esto es la ley, pero dicha ley no ha llegado de esta forma en especial a oídos de nuestros neuróticos. Incluso por lo general más bien la han dejado en la sombra. Por otra parte, hay más formas de librarse de ella, pero hoy no tengo tiempo de abundar en este punto.

Así, la forma en que la neurosis encarna la amenaza castrativa está vinculada con la agresión imaginaria. Es una represalia. Como Júpiter es perfectamente capaz de castrar a Cronos, nuestros pequeños Júpiter temen que Cronos se ponga él primero manos a la obra.

El examen del complejo de Edipo, la forma en que se presentó a través de la experiencia, fue introducido por Freud y ha sido articulado en la teoría, nos aporta todavía algo más, la delicada cuestión del Edipo invertido. No sé si eso les parece obvio, pero al leer el artículo de Freud o cualquier artículo de cualquier autor sobre el tema, cada vez que se aborda la cuestión del Edipo, sorprende el papel extremadamente movedido,

matizado, desconcertante, que desempeña la función del Edipo invertido.

Este Edipo invertido nunca está ausente en la función del Edipo, quiero decir que el componente de amor al padre no se puede eludir. Es el que proporciona el final del complejo de Edipo, su declive, en una dialéctica, también muy ambigua, del amor y de la identificación, de la identificación en tanto que tiene su raíz en el amor. Identificación y amor, no es lo mismo — es posible identificarse con alguien sin amarlo y viceversa —, pero ambos términos están, sin embargo, estrechamente vinculados y son absolutamente indisociables.

Lean, en el artículo de Freud sobre el declive del complejo, *Der Untergang des Ödipuskomplex*, de 1924, la explicación que él da de la identificación terminal que constituye su solución. El sujeto se identifica con el padre en la medida en que lo ama, y encuentra la solución terminal del Edipo en un compromiso entre la represión amnésica y la adquisición de aquel término ideal gracias al cual se convierte en el padre. No digo que sea de aquí en adelante y de forma inmediata un pequeño varón, pero él también puede llegar a ser alguien, tiene sus títulos en el bolsillo, tiene el asunto en reserva, y llegado el momento, si las cosas van bien, si los créditos no se lo comen, en el momento de la pubertad tendrá su pene listo, con su certificado — *Aquí tienen a papá, que me lo concedió en la fecha requerida*.

No ocurre así si la neurosis estalla, y precisamente porque hay algo que no es conforme en el título en cuestión. Lo que ocurre es que el Edipo invertido tampoco es tan simple. Por la misma vía, la del amor, puede producirse la posición de inversión, a saber, que en lugar de una identificación benéfica, el sujeto se encuentra afectado por su simpática posicioncita pasivizada en el plano del inconsciente, que reaparecerá en el momento oportuno, una especie de bisectriz de ángulo *squeeze-panic*. Se trata de una posición en la que el sujeto está atrapado, que ha descubierto por sí mismo y que es muy ventajosa. Consiste en lo siguiente — frente a ese padre temido, prohibido, pero que por otra parte es tan amable, colocarse en el lugar adecuado para obtener sus favores, hacerse amar por él. Pero como hacerse amar por él consiste en primer lugar en pasar a la categoría de mujer, y uno siempre conserva su pequeño amor propio viril, esta posición, como nos lo explica Freud, supone el peligro de la castración, aquella forma de homosexualidad inconsciente que deja al sujeto en una situación conflictiva con múltiples repercusiones — por una parte, el retorno constante de la posición homosexual con respecto al padre, y por otra parte su suspensión,

es decir su represión, debido a la amenaza de castración que supone tal posición.

Todo esto no es una simpleza. Ahora bien, nosotros tratamos precisamente de elaborar algo que nos permita concebirlo de forma más rigurosa y plantearnos mejor nuestros interrogantes en cada caso particular.

Resumamos, pues. Como hace un rato, el resumen consistirá en introducir cierto número de distinciones que son el prelude para centrar el punto que no funciona. Hace un momento ya habíamos dicho que era en torno al Ideal del yo como la cuestión no había sido planteada. Tratemos de llevar a cabo también en este caso la reducción que acabamos de plantear. Les propongo lo siguiente — no es ir demasiado deprisa decir que aquí el padre llega en posición de importuno. No sólo porque sea molesto debido a su volumen sino porque prohíbe. ¿Qué prohíbe precisamente?

Prosigamos y distingamos. ¿Hemos de hacer entrar en juego la aparición de la pulsión genital y decir que prohíbe en primer lugar su satisfacción real? Por una parte, ésta parece intervenir, desde luego, con anterioridad. Pero está claro también que algo se articula en torno al hecho de que el padre le prohíbe al niño pequeño hacer uso de su pene en el momento en que dicho pene empieza a manifestar sus veleidades. Diremos, pues, que se trata de la prohibición del padre con respecto a la pulsión real.

¿Pero por qué el padre? La experiencia demuestra que la madre también lo hace. Acuérdense de la observación de Juanito, en la que es la madre quien dice — *Guárdate esto, eso no se hace*. En general, es más a menudo la madre quien dice — *Si sigues haciendo eso, llamaremos al doctor*. Por lo tanto, es conveniente indicar que el padre, en tanto que prohíbe en el nivel de la pulsión real, no es tan esencial. Volvamos a este respecto a lo que les planteé el año pasado — ya ven que siempre acaba siendo útil —, mi tabla de tres pisos.

Padre real	Castración	imaginario
Madre simbólica	Frustración	real
Padre imaginario	Privación	simbólico

¿De qué se trata en el nivel de la amenaza de castración? Se trata de la intervención real del padre con respecto a una amenaza imaginaria, R.i,

puesto que sucede bastante poco a menudo que se lo corten realmente. Observen que, en esta tabla, la castración es un acto simbólico cuyo agente es alguien real, el padre o la madre que le dice — *Te lo vamos a cortar*, y cuyo objeto es un objeto imaginario — si el niño se siente cortado,¹ es que se lo imagina. Observen que es paradójico. Podrían ustedes objetarme — *¿Éste es propiamente el nivel de la castración, y dice usted que el padre no es tan útil!* Eso es lo que digo, pues sí.

Por otra parte, ¿qué es lo que prohíbe, el padre? Éste es el punto de donde hemos partido — prohíbe la madre. En cuanto objeto, es suya, no es del niño. En este plano es donde se establece, al menos en una etapa, tanto en el niño como en la niña, aquella rivalidad con el padre que por sí misma engendra una agresión. El padre frustra claramente al niño de su madre.

He aquí otro piso, el de la frustración. El padre interviene como provisto de un derecho, no como un personaje real. Aunque no esté ahí, aunque llame a la madre por teléfono, por ejemplo, el resultado es el mismo. Aquí es el padre en cuanto simbólico el que interviene en una frustración, acto imaginario que concierne a un objeto bien real, la madre, en tanto que el niño tiene necesidad de ella, S'.r.

Finalmente, viene el tercer nivel, el de la privación, que interviene en la articulación del complejo de Edipo. Se trata, entonces, del padre en tanto que se hace preferir² a la madre, dimensión que se ven ustedes obligados a hacer intervenir en la función terminal, la que conduce a la formación del Ideal del yo, S←S'.r. En la medida en que el padre se convierte, de la forma que sea, por su fuerza o por su debilidad, en un objeto preferible a la madre, puede establecerse la identificación terminal. La cuestión del complejo de Edipo invertido y de su función se establece en este nivel. Yo diría más — aquí es donde se centra la cuestión de la diferencia del efecto del complejo en el niño y en la niña.

Esto, en lo que a la niña se refiere, se produce por sí solo, y por esta razón se dice que la función del complejo de castración es disimétrica en el niño y en la niña. Para ella la dificultad se encuentra a la entrada, mientras que al final, la solución se ve facilitada porque el padre no tiene difi-

1. *Coupé* no tiene el sentido figurado (“turbado”) que la palabra “cortado” adopta corrientemente en español. [N. del T.]

2. *Se fait préférer à la mère*. La forma idiomática española, la pasiva “es preferido a”, pierde una connotación interesante de la forma francesa, más activa, presente en muchas expresiones francesas y que Lacan explota en innumerables casos (“hacerse hacer x...”). [N. del T.]

cultad para ser preferido a la madre como portador del falo. Para el niño, por el contrario, el asunto es distinto, y ahí es donde permanece abierta la hiancia. ¿Cómo llegará a ser preferido el padre a la madre, ya que así es como se produce la salida del complejo de Edipo? Nos encontramos aquí ante la misma dificultad con que habíamos tropezado a propósito de la instauración del complejo de Edipo invertido. Por esta razón nos parece que, para el niño, el complejo de Edipo es siempre lo menos normativizante, y sin embargo lo implica aquello que, según nos dicen, es lo más normativizante, puesto que la virilidad es asumida mediante la identificación con el padre.

A fin de cuentas, el problema es saber cómo puede ser que la función esencialmente interdictora del padre no conduzca en el niño a lo que es la conclusión muy neta del tercer plano, a saber, la privación correlativa de la identificación ideal, que tiende a producirse tanto para el niño como para la niña. En la medida en que el padre se convierte en el Ideal del yo, se produce en la niña el reconocimiento de que ella no tiene falo. Pero esto es lo bueno para ella — por el contrario, para el niño sería una salida absolutamente desastrosa, y lo es algunas veces. Aquí, el agente es I, mientras que el objeto es s — I.s.

En otros términos, en el momento de la salida normativizante del Edipo, el niño reconoce no tener — no tener verdaderamente lo que tiene, en el caso del varón — lo que no tiene, en el caso de la niña.

Lo que ocurre en el nivel de la identificación ideal, nivel donde el padre es preferido a la madre y punto de salida del Edipo, debe conducir literalmente a la privación. Para la niña, este resultado es del todo admisible y del todo conformizante, aunque nunca se alcance por completo, porque siempre queda un regusto, lo que se llama el *Penisneid*, como prueba de que en verdad eso no funciona rigurosamente. Pero en caso de que funcionara, si nos atenemos a este esquema, el niño, por su parte, siempre tendría que estar castrado. Hay, pues, algo que cojea, algo falta en nuestra explicación.

Ahora tratemos de introducir la solución.

¿Qué es el padre? No digo en la familia — porque en la familia, es todo lo que quiera, es una sombra, es un banquero, es todo lo que debe ser, lo es o no lo es, a veces tiene toda su importancia pero también puede no tener ninguna. Toda la cuestión es saber lo que es en el complejo de Edipo.

Pues bien, ahí el padre no es un objeto real, aunque deba intervenir como objeto real para dar cuerpo a la castración. Si no es un objeto real, ¿qué es pues?

No es tampoco únicamente un objeto ideal, porque por este lado sólo pueden producirse accidentes. Ahora bien, a pesar de todo, el complejo de Edipo no es tan sólo una catástrofe, porque es el fundamento de nuestra relación con la cultura, como se suele decir.

Ahora, naturalmente, ustedes me dirán — *El padre es el padre simbólico, usted ya lo ha dicho*. En efecto, lo he dicho lo suficiente como para no repetírselo hoy. Lo que les traigo hoy da precisamente un poco más de precisión a la noción de padre simbólico. Es esto — una metáfora.

Una metáfora, ¿qué es? Digámoslo enseguida para ponerlo en esta pizarra, lo cual nos permitirá rectificar las consecuencias escabrosas de la pizarra. Una metáfora, ya se lo he explicado, es un significante que viene en lugar de otro significante. Digo que esto es el padre en el complejo de Edipo, aunque deje atónitos a algunos.

Digo exactamente — el padre es un significante que sustituye a otro significante. Aquí está el mecanismo, el mecanismo esencial, el único mecanismo de la intervención del padre en el complejo de Edipo. Y si no es en este nivel donde buscan ustedes las carencias paternas, no las encontrarán en ninguna otra parte.

La función del padre en el complejo de Edipo es la de ser un significante que sustituye al primer significante introducido en la simbolización, el significante materno. De acuerdo con la fórmula que, como les expliqué un día, es la de la metáfora, el padre ocupa el lugar de la madre, S en lugar de S', siendo S' la madre en cuanto vinculada ya con algo que era x, es decir el significado en la relación con la madre.

Padre	Madre
Madre	x

Es la madre la que va y viene. Si puede decirse que va y que viene, es porque yo soy un pequeño ser ya capturado en lo simbólico y he aprendido a simbolizar. Dicho de otra manera, la siento o no la siento, el mundo varía con su llegada, y puede desvanecerse.

La cuestión es — ¿cuál es el significado? ¿Qué es lo que quiere, ésa? Me encantaría ser yo lo que quiere, pero está claro que no sólo me quiere a mí. Le da vueltas a alguna otra cosa. A lo que le da vueltas es a la x, el significado. Y el significado de las idas y venidas de la madre es el falo.

Para resumirles mi seminario del año pasado, es pura estupidez poner en el centro de la relación de objeto el objeto parcial. En primer lugar, si el

niño se ve llevado a preguntarse lo que significa que ella vaya y venga, es porque él es el objeto parcial — y lo que eso significa, es el falo.

El niño, con más o menos astucia o suerte, puede llegar a entrever muy pronto lo que es la x imaginaria, y, una vez lo ha comprendido, hacerse falo. Pero la vía imaginaria no es la vía normal. Por esta razón, por otra parte, supone lo que se llaman fijaciones. Y además no es normal, porque a fin de cuentas nunca es pura, nunca es completamente accesible, siempre deja algo de aproximado e insondable, incluso dual, que constituye todo el polimorfismo de la perversión.

¿Cuál es la vía simbólica? Es la vía metafórica. Planteo de entrada, y más adelante se lo explicaré, puesto que estamos llegando casi al término de nuestra reunión de hoy, el esquema que nos servirá de guía — el resultado ordinario de la metáfora, el que se expresa en la fórmula de la pizarra, se producirá en tanto que el padre sustituye a la madre como significante.

$$\frac{S}{S'} \cdot \frac{S'}{x} \rightarrow S\left(\frac{1}{s'}\right)$$

El elemento significante intermedio cae, y la S entra por vía metafórica en posesión del objeto de deseo de la madre, que se presenta entonces en forma del falo.

No les digo que les presente la solución de una forma ya transparente. Les presento un resultado para mostrarles hacia dónde nos dirigimos. Ya veremos cómo se llega hasta ahí y para qué sirve haber llegado, es decir, todo lo que resuelve esta solución.

Los dejo con esta afirmación en bruto entre las manos — pretendo que toda la cuestión de los callejones sin salida del Edipo puede resolverse planteando la intervención del padre como la sustitución de un significante por otro significante.

Para empezar a explicárselo un poco, introduciré una observación que, espero, les dejará con qué alimentar sus sueños esta semana.

La metáfora se sitúa en el inconsciente. Ahora bien, si hay algo verdaderamente sorprendente es que no se descubriera el inconsciente antes, dado que está ahí desde siempre, y por otra parte sigue estándolo. Sin duda, fue preciso saberlo en el interior para percatarse de que ese lugar existía.

Quisiera simplemente darles algo con lo que ustedes, que se van por el mundo, así lo espero, como otros tantos apóstoles de mi palabra, puedan introducir la cuestión del inconsciente a gente que no haya oído nunca hablar de él. Les dirían ustedes — Es muy sorprendente que, desde que el mundo es mundo, entre quienes tienen el título de filósofos ninguno haya pensado nunca en producir, al menos en el período clásico — ahora nos hemos entretenido un poco, pero todavía queda camino por andar —, aquella dimensión esencial de la que les he hablado bajo el nombre de *Otra cosa*.

Ya les he hablado del deseo de Otra cosa — no como quizá lo experimenten ahora, el deseo de ir a comerse una salchicha más que de escucharme, sino, de todas formas y se trate de lo que se trate, el deseo de Otra cosa propiamente dicho.

Esta dimensión no está únicamente presente en el deseo. Está presente en muchos otros estados, que son permanentes. La vigilia, por ejemplo, lo que se llama la vigilia, no se piensa suficientemente en eso. *Velar*, me dirán ustedes, ¿y qué? *Velar*, es lo que Freud menciona en su estudio sobre el presidente Schreber cuando nos habla de *Antes de la salida del Sol*, el capítulo del *Zarathustra* de Nietzsche. Éste es ciertamente el tipo de indicaciones que nos revela hasta qué punto Freud vivía en esa Otra cosa. Cuando les hablé, en otro tiempo, del día, de la paz del atardecer y de algunas cositas así que más o menos les llegaron, todo eso estaba centrado en esta indicación. Antes del amanecer, ¿es propiamente el Sol lo que está a punto de aparecer? Es Otra cosa lo que está latente, lo que se espera en el momento de la vigilia.

Y luego, el enclaustramiento. ¿No es también una dimensión esencial? Tan pronto un hombre llega a alguna parte, a la selva virgen o al desierto, empieza por encerrarse. Si fuera preciso, como Cami, se llevaría dos puertas para producirse corrientes de aire. Se trata de establecerse en el interior, pero no es simplemente una noción de interior y de exterior sino la noción del Otro, lo que es propiamente Otro, lo que no es el lugar donde se está bien guarecido.

Diré más — si exploraran ustedes la fenomenología, como quien dice, del enclaustramiento, verían hasta qué punto es absurdo limitar la función del miedo a la relación con un peligro real. El estrecho vínculo del miedo con la seguridad debería resultarles manifiesto por la fenomenología de la fobia. Se darían cuenta de que, en el fóbico, sus momentos de angustia se

producen cuando se percata de que ha perdido su miedo, cuando empieza uno a quitarle un poco su fobia. En ese momento es cuando se dice — *¡Eh! Eso no puede ser. Ya no sé en qué lugares he de detenerme. Al perder el miedo, he perdido mi seguridad.* En fin, todo lo que les dije el año pasado sobre Juanito.

Hay también una dimensión en la que no piensan ustedes lo suficiente, estoy convencido de ello, porque viven ahí como en el aire que respiran desde que nacieron, y se llama aburrimiento. Tal vez nunca han pensado bien hasta qué punto el aburrimiento es típicamente una dimensión de la Otra cosa, que incluso se llega a formular así de la forma más clara — quisieramos Otra cosa. Estamos dispuestos a comer mierda, pero no siempre la misma. Son distintas clases de coartadas, coartadas formuladas, ya simbolizadas, de la relación esencial con Otra cosa.

Van a creer ustedes que, de pronto, caigo en el romanticismo y en la nostalgia. Ya ven — el deseo, el enclaustramiento, la vigilia, y ya que estamos en ello iba a decirles la plegaria, ¿por qué no? *¿Adónde va éste? ¿Hacia dónde se desliza?* Pues no.

Para terminar, quisiera dirigir su atención hacia las diversas manifestaciones de la presencia de la Otra cosa institucionalizadas. Pueden clasificar las formaciones humanas que instalan los hombres por todas partes dondequiera que vayan, lo que se llaman las formaciones colectivas, en función de la satisfacción que aportan a las diferentes formas de la relación con Otra cosa.

Apenas llega el hombre a cualquier parte, construye una cárcel y un burdel, es decir, el lugar donde está verdaderamente el deseo, y espera algo, un mundo mejor, un mundo futuro, está ahí, vela, espera la revolución. Pero sobre todo, sobre todo, cuando llega a alguna parte, es muy importante que sus ocupaciones rezumen aburrimiento. Una ocupación sólo empieza a convertirse en seria cuando lo que la constituye, es decir, la regularidad, llega a ser perfectamente aburrida.

En particular, piensen en todo lo que, en su práctica analítica, está hecho exactamente para que se aburran. Aburrirse, todo reside en esto. Una parte importante, al menos, de lo que se llaman las reglas técnicas que el analista debe observar, no son sino medios para dar a esta ocupación las garantías de su estándar profesional — pero si examinan bien el fondo de las cosas, verán que es en la medida en que admiten, cuidan, mantienen la función del aburrimiento en el corazón de la práctica.

Hasta aquí, una pequeña introducción que todavía no les hace entrar en lo que voy a decirles la próxima vez, cuando les muestre que donde se

sitúa la dialéctica del significante es en el nivel de este Otro en cuanto tal, y que ahí es donde conviene abordar la función, la incidencia, la presión precisa, el efecto inductor del Nombre del Padre, también en cuanto tal.

15 DE ENERO DE 1958

X

LOS TRES TIEMPOS DEL EDIPO

Del Nombre del Padre al falo
La clave del declive del Edipo
Ser y tener
El capricho y la ley
El niño súbdito

Vamos a continuar nuestro examen de lo que hemos llamado la metáfora paterna.

Llegamos al punto en que afirmé que donde residían todas las posibilidades de articular claramente el complejo de Edipo y su mecanismo, a saber, el complejo de castración, era en la estructura que pusimos de relieve como la de la metáfora.

A quienes pudiera asombrarles que lleguemos tan tarde a articular una cuestión tan central en la teoría y en la práctica analíticas, les respondemos que era imposible hacerlo sin haber demostrado en diversos terrenos, tanto teóricos como prácticos, lo que tienen de insuficientes las fórmulas empleadas de forma habitual en el análisis y, sobre todo, sin haber demostrado cómo pueden darse fórmulas más suficientes, por así decirlo. Para empezar a articular los problemas, en primer lugar se trata por ejemplo de habituarles a pensar en términos de sujeto.

¿Qué es un sujeto? ¿Es algo que se confunde pura y simplemente con la realidad individual que tienen ustedes delante cuando dicen *el sujeto*? ¿O acaso, tan pronto le haces hablar, eso implica necesariamente otra cosa? Quiero decir — ¿es la palabra como una emanación y flota por encima de él, o bien desarrolla, impone por sí misma, sí o no, una estructura como la que he comentado extensamente, a la que les he habituado? Esta estructura dice que, apenas hay sujeto hablante, la cuestión de sus relaciones en tanto que habla no podría reducirse simplemente a un otro, siempre hay un tercero, el Otro con mayúscula, constituyente de la posición del sujeto como hablante, es decir, también, como analizante.

No es tan sólo una necesidad teórica suplementaria. Da toda clase de facilidades cuando se trata de comprender dónde situar los efectos con los que se enfrentan ustedes, a saber, lo que ocurre cuando se encuentran en el sujeto con la exigencia, los deseos, un fantasma — no es lo mismo —, así como, y esto parece ser en suma lo más incierto, lo más difícil de captar y definir, una realidad.

Tendremos ocasión de verlo en el punto en el que nos introducimos ahora para explicar el término de metáfora paterna.

¿De qué se trata en la metáfora paterna? Propiamente, es en lo que se ha constituido de una simbolización primordial entre el niño y la madre, poner al padre, en cuanto símbolo o significante, en lugar de la madre. Veremos qué quiere decir este *en lugar de* que constituye el punto central, el nervio motor, lo esencial del progreso constituido por el complejo de Edipo.

Los términos que planteé ante ustedes el año pasado respecto de las relaciones del niño con la madre, están resumidos en el triángulo imaginario que les enseñé a manejar. Admitir ahora como fundamental el triángulo niño-padre-madre es añadir algo que es real, sin duda, pero que establece ya en lo real, quiero decir en cuanto instituida, una relación simbólica. La establece, por así decirlo, objetivamente, porque podemos convertirla en un objeto, mirarla.

La primera relación de realidad se perfila entre la madre y el niño, y ahí es donde el niño experimenta las primeras realidades de su contacto con el medio viviente. Si hacemos entrar al padre en el triángulo, es con el fin de dibujar objetivamente la situación, mientras que para el niño todavía no ha entrado.

El padre, para nosotros, *es*, es real. Pero no olvidemos que sólo es real para nosotros en tanto que las instituciones le confieren, yo no diría siquiera su papel y su función de padre — no es una cuestión sociológica —, sino su nombre de padre. Que el padre, por ejemplo, sea el verdadero agente de la procreación, no es en ningún caso una verdad de experiencia. Cuando los analistas hablaban todavía de cosas serias, en alguna ocasión se llegó a plantear que en cierta tribu primitiva la procreación era atribuida a cualquier cosa, una fuente, una piedra o el encuentro con un espíritu en lugares apartados. El Sr. Jones había alegado a este respecto,

con mucha pertinencia por otra parte, la observación de que era del todo impensable que tal verdad de experiencia les pasara desapercibida a seres inteligentes — y nosotros le suponemos a todo ser humano su mínimo de esa inteligencia. Está muy claro que, salvo excepción — pero excepción excepcional —, una mujer sólo da a luz si ha practicado un coito, y ello dentro de un plazo muy preciso. Pero al hacer esta observación particularmente pertinente, el Sr. Ernest Jones dejaba simplemente de lado todo lo que es importante en la materia.

Lo importante, en efecto, no es que la gente acepte perfectamente que una mujer no puede dar a luz salvo cuando ha realizado un coito, es que sancione en un significante que aquel con quien ha practicado el coito es el padre. Pues de lo contrario, tal como está constituido por su naturaleza el orden del símbolo, nada absolutamente puede evitar que eso que es responsable de la procreación siga siendo, en el sistema simbólico, idéntico a cualquier cosa, a saber, una piedra, una fuente o el encuentro con un espíritu en un lugar apartado.

La posición del padre como simbólico no depende del hecho de que la gente haya reconocido más o menos la necesidad de una determinada secuencia de acontecimientos tan distintos como un coito y un alumbramiento. La posición del Nombre del Padre, la calificación del padre como procreador, es un asunto que se sitúa en el nivel simbólico. Puede realizarse de acuerdo con las diversas formas culturales, pero en sí no depende de la forma cultural, es una necesidad de la cadena significante. Por el solo hecho de que instituyas un orden simbólico, algo corresponde o no a la función definida por el Nombre del Padre, y en el interior de esta función introduces significaciones que pueden ser distintas según los casos, pero que en ningún caso dependen de ninguna necesidad distinta de la necesidad de la función del padre, a la cual le corresponde el Nombre del Padre en la cadena significante.

Creo haber insistido ya suficientemente en este punto. He aquí, pues, lo que podemos llamar el triángulo simbólico, porque se instituye en lo real a partir del momento en que hay cadena significante, articulación de una palabra.

Digo que hay una relación entre este ternario simbólico y lo que planteamos aquí el año pasado en forma del ternario imaginario para presentarles la relación del niño con la madre, en tanto que el niño depende del deseo de la madre, de la primera simbolización de la madre, y de ninguna otra cosa. Mediante esta simbolización, el niño desprende su dependencia efectiva respecto del deseo de la madre de la pura y simple vivencia de dicha dependencia, y se instituye algo que se subjetiva en un nivel primordial o primitivo. Esta subjetivación consiste simplemente en establecer a

la madre como aquel ser primordial que puede estar o no estar. En el deseo del niño, el de él, este ser es esencial. ¿Qué desea el sujeto? No se trata simplemente de la apetición de los cuidados, del contacto, ni siquiera de la presencia de la madre, sino de la apetición de su deseo.

Desde esta primera simbolización en la que el deseo del niño se afirma, se esbozan todas las complicaciones ulteriores de la simbolización, pues su deseo es deseo del deseo de la madre. En consecuencia, se abre una dimensión por la cual se inscribe virtualmente lo que desea objetivamente la propia madre en cuanto ser que vive en el mundo del símbolo, en un mundo donde el símbolo está presente, en un mundo parlante. Aunque sólo viva en él de forma parcial, aunque sea, como a veces sucede, un ser mal adaptado a ese mundo del símbolo o que ha rechazado algunos de sus elementos, esta simbolización primordial le abre a pesar de todo al niño la dimensión de algo distinto, como se suele decir, que la madre puede desear en el plano imaginario.

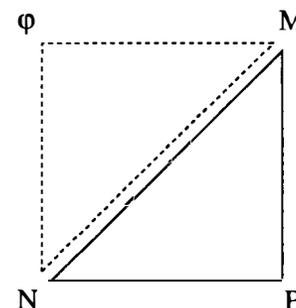
Así es como el deseo de Otra cosa del que hablaba hace ocho días hace su entrada de una forma todavía confusa y completamente virtual — no de la forma sustancial que permitiría reconocerlo en toda su generalidad, como hicimos nosotros en el último seminario, sino de una forma concreta. Hay en ella el deseo de Otra cosa distinta que satisfacer mi propio deseo, cuya vida empieza a palpar.

En esta vía, al mismo tiempo hay acceso y no hay acceso. En esta relación de espejismo mediante la cual el ser primero lee o anticipa la satisfacción de sus deseos en los movimientos esbozados del otro, en esta adaptación dual de la imagen a la imagen que se produce en todas las relaciones interanimales, ¿cómo concebir que pueda ser leído como en un espejo, tal como se expresan las Escrituras, lo Otro que el sujeto desea?

Sin duda, es difícilmente pensable y al mismo tiempo se efectúa demasiado difícilmente, pues ahí es donde reside todo el drama de lo que sucede en este nivel primitivo, de cambio de agujas, de las perversiones. Se efectúa difícilmente en el sentido de que se efectúa de una forma errónea,¹ pero aun así se efectúa. Ciertamente, no se efectúa sin la intervención de algo más que la simbolización primordial de aquella madre que va y viene, a la que se llama cuando no está y cuando está es rechazada para poder volver a llamarla. Ese algo más que hace falta es precisamente la existencia detrás de ella de todo el orden simbólico del cual depende, y que, como siempre está más o menos ahí, permite cierto acceso al objeto de su deseo,

1. En *fautive* la connotación moral, aunque más fuerte que en castellano, sigue siendo discreta. [N. del T.]

que es ya un objeto tan especializado, tan marcado por la necesidad instaurada por el sistema simbólico, que es absolutamente impensable de otra forma sin su prevalencia. Este objeto se llama el falo, y a su alrededor hice girar toda nuestra dialéctica de la relación de objeto el año pasado.



¿Por qué? ¿Por qué es necesario ese objeto en este lugar? — sino porque es privilegiado en el orden simbólico. En esta cuestión queremos entrar ahora más detalladamente.

Hay en este dibujo una relación de simetría entre *falo*, que está aquí en el vértice del ternario imaginario, y *padre*, en el vértice del ternario simbólico. Vamos a ver que ésta no es una simple simetría, sino ciertamente un vínculo. ¿Cómo puedo plantear ya que este vínculo es de orden metafórico?

Pues bien, eso es precisamente lo que nos lleva a introducirnos en la dialéctica del complejo de Edipo. Tratemos de articular paso a paso de qué se trata, como lo hizo Freud y como otros lo han hecho.

Aquí no siempre está todo simbolizado, ni claramente. Vamos a tratar de ir más lejos, y no sólo para nuestra satisfacción espiritual. Si articulamos paso a paso esta génesis, por así decirlo, debido a la cual la posición del significante del padre en el símbolo es fundadora de la posición del falo en el plano imaginario, si conseguimos distinguir claramente los tiempos lógicos, digamos, de la constitución del falo en el plano imaginario como objeto privilegiado y prevalente, y si de su distinción resulta que podemos orientarnos mejor, interrogar mejor tanto al enfermo en el examen como el sentido de la clínica y la conducción de la cura, consideraremos nuestros esfuerzos justificados. Dadas las dificultades con que nos topamos en la clínica, en el examen y la maniobra terapéuticos, estos esfuerzos están justificados de antemano.

Observemos este deseo del Otro, que es el deseo de la madre y que tiene un más allá. Ya sólo para alcanzar este más allá se necesita una mediación, y esta mediación la da precisamente la posición del padre en el orden simbólico.

En vez de proceder dogmáticamente, preguntémonos cómo se plantea la cuestión en lo concreto. Vemos que hay estados muy distintos, casos, también etapas, en los que el niño se identifica con el falo. Éste era el objeto del camino que recorrimos el año pasado. Mostramos en el fetichismo una perversión ejemplar, en el sentido de que ahí el niño tiene una determinada relación con el objeto del más allá del deseo de la madre, cuya prevalencia y valor de excelencia, por decirlo así, ha observado, y se aferra a él por medio de una identificación imaginaria con la madre. También indicamos que, en otras formas de perversión, y especialmente en el travestismo, el niño asumirá la dificultad de la relación imaginaria con la madre en la posición contraria. Se suele decir que él mismo se identifica con la madre fálica. Yo considero más correcto decir que con lo que se identifica es propiamente con el falo, en cuanto escondido bajo las ropas de la madre.

Se lo recuerdo para mostrarles que la relación del niño con el falo se establece porque el falo es el objeto del deseo de la madre. Pero la experiencia nos demuestra que este elemento desempeña un papel activo esencial en las relaciones del niño con la pareja parental. Lo recordamos la última vez en el plano teórico, en la exposición del declive del complejo de Edipo, con respecto al Edipo que se suele llamar invertido. Freud nos recalca el caso en que el niño, identificado con la madre, habiendo adoptado esta posición a la vez significativa y prometedora, teme su consecuencia, a saber, la privación que para él se derivará, si es un varón, de su órgano viril.

Es una indicación, pero la cosa va mucho más lejos. La experiencia analítica nos demuestra que el padre, en tanto que priva a la madre del objeto de su deseo, especialmente del objeto fálico, desempeña un papel del todo esencial, no diré en las perversiones sino en toda neurosis y a lo largo de todo el curso, aunque sea el más sencillo y normal, del complejo de Edipo. En la experiencia siempre verán que el sujeto ha tomado posición de cierta forma en un momento de su infancia respecto del papel desempeñado por el padre en el hecho de que la madre no tenga falo. Este momento nunca está elidido.

Nuestro repaso de la última vez no entraba en la cuestión del resultado favorable o desfavorable del Edipo, en torno a los tres planos de la castración, la frustración y la privación ejercidas por el padre. De lo que aquí se trata es del nivel de la privación. Ahí el padre priva a alguien de lo que a fin de cuentas no tiene, es decir, de algo que sólo tiene existencia porque lo haces surgir en la existencia en cuanto símbolo.

Está muy claro que el padre no puede castrar a la madre de algo que ella no tiene. Para que se establezca que no lo tiene, eso ya ha de estar proyec-

tado en el plano simbólico como símbolo. Pero es, de todas formas, una privación, porque toda privación real requiere la simbolización. Es, pues, en el plano de la privación de la madre donde en un momento dado de la evolución del Edipo se plantea para el sujeto la cuestión de aceptar, de registrar, de simbolizar él mismo, de convertir en significante, esa privación de la que la madre es objeto, como se comprueba. Esta privación, el sujeto infantil la asume o no la asume, la acepta o la rechaza. Este punto es esencial. Se encontrarán con esto en todas las encrucijadas, cada vez que su experiencia los lleve hasta un punto determinado que ahora trataremos de definir como nodal en el Edipo.

Llamémoslo el punto nodal, ya que se me acaba de ocurrir. No me importa como algo esencial, quiero decir que no coincide, ni mucho menos, con aquel momento cuya clave buscamos, el declive del Edipo, su resultado, su fruto en el sujeto, a saber, la identificación del niño con el padre. Pero hay un momento anterior, cuando el padre entra en función como privador de la madre, es decir, se perfila detrás de la relación de la madre con el objeto de su deseo como *el que castra*, pero aquí sólo lo pongo entre comillas, porque lo que es castrado, en este caso, no es el sujeto, es la madre.

Este punto no es muy novedoso. Lo nuevo es indicarlo de forma precisa, es dirigir su mirada hacia ese punto como el que permite comprender lo anterior, sobre lo cual ya tenemos algunas luces, y lo que viene a continuación.

No lo duden, y podrán verificarlo y confirmarlo cada vez que tengan ocasión de verlo, la experiencia demuestra que si el niño no franquea ese punto nodal, es decir, no acepta la privación del falo en la madre operada por el padre, mantiene por regla general — la correlación se basa en la estructura — una determinada forma de identificación con el objeto de la madre, ese objeto que les represento desde el origen como un objeto rival, por emplear la expresión que aparece ahí, y ello tanto si se trata de fobia como de neurosis o de perversión. Esto es un punto de referencia — tal vez no hay una palabra mejor — alrededor del cual pueden ustedes reagrupar los elementos de las observaciones planteándose la siguiente pregunta en cada caso particular — ¿cuál es la configuración especial de la relación con la madre, con el padre y con el falo, por la que el niño no acepta que la madre sea privada por el padre del objeto de su deseo? ¿Hasta qué punto se ha de señalar en este caso que en correlación con esta relación el niño mantiene su identificación con el falo?

Hay grados, por supuesto, y esta relación no es la misma en la neurosis, en la psicosis y en la perversión. Pero esta configuración es, en todos los casos, nodal. En este nivel, la cuestión que se plantea es — *ser o no ser, to be or not to be* el falo. En el plano imaginario, para el sujeto se trata de ser

o de no ser el falo. La fase que se ha de atravesar pone al sujeto en la posición de elegir.

Pongan también este *elegir* entre comillas, pues aquí el sujeto es tan pasivo como activo, sencillamente porque no es él quien mueve los hilos de lo simbólico. La frase ya ha sido empezada antes de él, ha sido empezada por sus padres, y adonde quiero llevarlos es precisamente a la relación de cada uno de estos padres con dicha frase empezada y a cómo conviene que la frase se sostenga mediante cierta posición recíproca de los padres con respecto a la frase. Pero digamos, porque debemos expresarnos bien, que hay ahí, en neutro, una alternativa entre ser o no ser el falo.

Ustedes perciben perfectamente que se ha de franquear un paso considerable para comprender la diferencia entre esta alternativa y la que está en juego en otro momento y que también hemos de esperar encontrar, la de *tener o no tener*, por basarnos en otra cita literaria. Dicho de otra manera, tener o no tener el pene, no es lo mismo. En medio está, no lo olvidemos, el complejo de castración. De qué se trata en el complejo de castración, es algo que nunca se articula y resulta casi completamente misterioso. Sabemos, sin embargo, que de él dependen estos dos hechos — por una parte, que el niño se convierta en un hombre, por otra parte, que la niña se convierta en una mujer. En ambos casos, la cuestión de tener o no tener se soluciona — incluso para aquél que, al final, está en su derecho de tener, es decir el macho — por medio del complejo de castración. Lo cual supone que, para tenerlo, ha de haber habido un momento en que no lo tenía. No llamaríamos a esto complejo de castración si no pusiera en primer plano, en cierto modo, el hecho de que, para tenerlo, primero se ha de haber establecido que no se puede tener, y en consecuencia la posibilidad de estar castrado es esencial en la asunción del hecho de tener el falo.

Éste es un paso que se ha de franquear y en el que ha de intervenir en algún momento, eficazmente, realmente, efectivamente, el padre.

2

Hasta ahora, como lo indicaba el propio hilo de mi discurso, he podido hablarles sólo a *partir* del sujeto, diciéndoles — acepta o no acepta, y en la medida en que no acepta, eso lo lleva, hombre o mujer, a ser el falo. Pero ahora, para el siguiente paso, es esencial hacer intervenir efectivamente al padre.

No digo que no interviniera ya efectivamente antes, pero mi discurso ha podido dejarlo, hasta ahora, en segundo plano, incluso prescindir de él. A partir de ahora, cuando se trata de tenerlo o no tenerlo, nos vemos obligados a tenerlo en cuenta. En primer lugar es preciso, insisto en ello, que esté, fuera del sujeto, constituido como símbolo. Pues si no lo está, nadie podrá intervenir realmente en cuanto revestido de ese símbolo. Como interviendrá ahora efectivamente en la etapa siguiente es en cuanto personaje real revestido de ese símbolo.

¿Qué hay del padre real en cuanto capaz de establecer una prohibición? Ya hemos advertido a este respecto que, para prohibir las primeras manifestaciones del instinto sexual que alcanzan su primera madurez en el sujeto, cuando éste empieza a valer de su instrumento, incluso lo exhibe, le ofrece a la madre sus buenos oficios, no tenemos ninguna necesidad del padre. Aún diría más, cuando el sujeto se muestra a la madre y le hace ofrecimientos, momento todavía muy cercano al de la identificación imaginaria con el falo, lo que ocurre se desarrolla la mayor parte del tiempo — lo vimos el año pasado a propósito de Juanito — en el plano de la depreciación imaginaria. Con la madre basta perfectamente para mostrarle al niño hasta qué punto lo que le ofrece es insuficiente, y basta también para preferir la interdicción del uso del nuevo instrumento.

Sin embargo, el padre entrará en juego, no hay la menor duda, como portador de la ley, como interdictor del objeto que es la madre. Esto, como sabemos, es fundamental, pero queda del todo fuera de la cuestión tal como el niño la pone en juego efectivamente. Sabemos que la función del padre, el Nombre del Padre, está vinculada con la interdicción del incesto, pero a nadie se le ha ocurrido nunca poner en primer plano en el complejo de castración el hecho de que el padre promulgue efectivamente la ley de interdicción del incesto. Se dice alguna vez, pero nunca lo articula el padre, por así decirlo, como legislador *ex cathedra*. Hace de obstáculo entre el niño y la madre, es el portador de la ley, pero de derecho, mientras que de hecho interviene de otra forma, y es también de otra forma como se manifiestan sus faltas de intervención. Esto es lo que nosotros seguimos de cerca. En otras palabras, el padre en tanto que es culturalmente el portador de la ley, el padre en tanto que está investido del significante del padre, interviene en el complejo de Edipo de una forma más concreta, más escalonada, por así decirlo, y esto es lo que queremos articular hoy. En este nivel es donde resulta más difícil entender algo, cuando sin embargo nos dicen que aquí se encuentra la clave del Edipo, a saber, su salida.

Aquí, el pequeño esquema que les he comentado durante todo el primer trimestre, para gran hastío, según parece, de algunos, demuestra que no debe de ser completamente inútil.

Les recuerdo algo a lo que hay que volver una y otra vez — sólo después de haber atravesado el orden, ya constituido, de lo simbólico, la intención del sujeto, quiero decir su deseo que ha pasado al estado de demanda, encuentra aquello a lo que se dirige, su objeto, su objeto primordial, en particular la madre. El deseo es algo que se articula. El mundo donde entra y progresa, este mundo de aquí, este mundo terrenal, no es tan sólo una *Umwelt* en el sentido de que ahí se pueda encontrar con qué saturar las necesidades, sino un mundo donde reina la palabra, que somete el deseo de cada cual a la ley del deseo del Otro. La demanda del joven sujeto franquea, pues, más o menos felizmente la línea de la cadena significante, que está ahí, latente y ya estructurante. Por este solo motivo, la primera prueba que tiene de su relación con el Otro, la tiene con aquel primer Otro que es su madre en tanto que ya la ha simbolizado. Como ya la ha simbolizado, se dirige a ella de una forma que, por muy quejumbrosa, más o menos, que sea, no está menos articulada, pues esta primera simbolización va ligada a las primeras articulaciones, que localizamos en el *Fort-Da*. Si esta intención, o esta demanda, puede hacerse valer ante el objeto materno, es porque ha atravesado la cadena significante.

Por eso el niño, que ha constituido a su madre como sujeto sobre la base de la primera simbolización, se encuentra enteramente sometido a lo que podemos llamar, pero únicamente por anticipación, la ley. Es tan solo una metáfora. Es preciso desplegar la metáfora contenida en este término, la ley, para darle su verdadera posición en el momento en que la empleo.

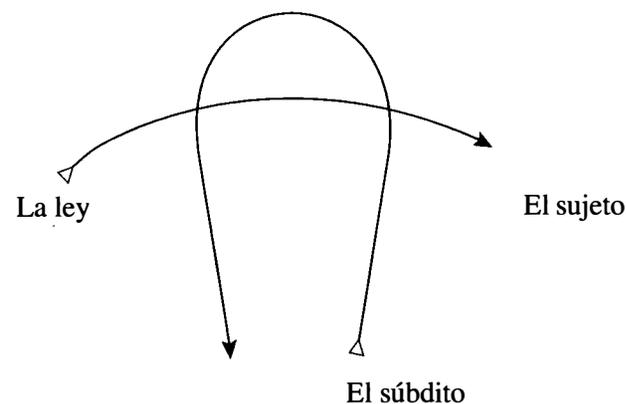
La ley de la madre es, por supuesto, el hecho de que la madre es un ser hablante, con eso basta para legitimar que diga *la ley de la madre*. Sin embargo, esta ley es, por así decirlo, una ley incontrolada. Reside simplemente, al menos para el sujeto, en el hecho de que algo de su deseo es completamente dependiente de otra cosa que, sin duda, se articula ya en cuanto tal, que pertenece ciertamente al orden de la ley, pero esta ley está toda entera en el sujeto que la soporta, a saber, en el buen o el mal querer de la madre, la buena o la mala madre.

Por eso voy a proponerles un término nuevo que, como verán, no es tan nuevo, pues basta con forzarlo un poquito para hacerlo coincidir con algo que la lengua ha encontrado no por casualidad.

Partamos del principio que planteamos aquí, que no hay sujeto si no hay signifiante que lo funda. Si el primer sujeto es la madre, es en la medida

en que ha habido las primeras simbolizaciones constituidas por el par signifiante del *Fort-Da*. Con respecto a este principio, ¿qué ocurre con el niño al comienzo de su vida? Se preguntan si para él hay realidad o no realidad, autoerotismo o no autoerotismo. Verán que las cosas se clarifican singularmente tan pronto centren sus preguntas en el niño como sujeto, aquel de quien emana la demanda, aquel donde se forma el deseo — y todo el análisis es una dialéctica del deseo.

Pues bien, yo digo que el niño empieza como *súbdito*.² Es un súbdito porque se experimenta y se siente de entrada profundamente sometido al capricho de aquello de lo que depende, aunque este capricho sea un capricho articulado.



Lo que les planteo lo exige toda nuestra experiencia, y tomo para ilustrarlo el primer ejemplo que me viene a la mente. Pudieron ver ustedes el año pasado cómo encontraba Juanito una salida atípica para su Edipo, que no es la salida que vamos a tratar de designar ahora sino una suplencia. Su caballo para todo, en efecto, lo necesita con el fin de suplir todo lo que le falta en ese momento de franqueamiento, el cual no es sino esta etapa de la asunción de lo simbólico como complejo de Edipo a la que hoy les estoy conduciendo. Lo suple, pues, con aquel caballo que es a la vez el padre, el falo, la hermanita, todo lo que se quiera, pero corresponde esencialmente a lo que ahora les voy a mostrar.

Recuerden cómo sale de ahí y cómo esta salida está simbolizada en el último sueño. Lo que él llama al lugar del padre es aquel ser imaginario y omnipotente que lleva el nombre del fontanero. El fontanero está

2. *Assujet*. [N. del T.]

ahí precisamente para liberar algo, pues la angustia de Juanito es esencialmente, se lo dije, la angustia de un sometimiento. Literalmente, a partir de determinado momento, Juanito comprende que si está sometido de esta forma ya no se sabe a dónde puede llevarlo eso. Recordarán ustedes el esquema del coche que se va, que encarna el centro de su miedo. Precisamente a partir de este momento es cuando Juanito instaura en su vida cierto número de centros de miedo que serán el eje del restablecimiento de su seguridad. El miedo, o sea algo que tiene su fuente en lo real, es un elemento del aseguramiento del niño. Gracias a sus miedos le asigna un más allá a aquel sometimiento angustiante del que se percata cuando se pone de manifiesto la falta de ese dominio externo, de ese otro plano. Para que no sea pura y simplemente un súbdito es preciso que aparezca algo que le dé miedo.

Aquí es donde conviene observar que esa Otra a la que se dirige, es decir, en particular la madre, tiene una determinada relación con el padre. Todo el mundo se ha dado cuenta de que sus relaciones con el padre dependen mucho de las cosas, en vista de que el padre — la experiencia nos lo ha demostrado — no desempeña su papel, como se suele decir. No tengo necesidad de recordarles que la última vez les hablé de todas las formas de carencia paterna concretamente designadas en términos de relaciones interhumanas. La experiencia impone en efecto que es así, pero nadie articula suficientemente de qué se trata. No se trata tanto de las relaciones de la madre con el padre, en el sentido vago en que pueda haber entre ellos una especie de rivalidad de prestigio, que acabaría centrándose en el tema del niño. Sin duda alguna, este esquema de convergencia no es falso, y la duplicidad de las instancias es más que exigible, de lo contrario no podría haber este ternario, pero con eso no basta, aunque lo que ocurre entre uno y otro, todo el mundo lo admite, es esencial.

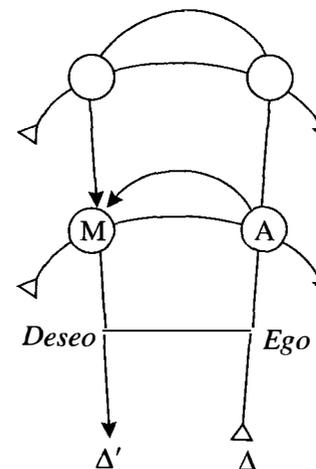
Llegamos aquí a esos vínculos de amor y de respeto alrededor de los cuales algunos hacen girar todo el análisis del caso de Juanito, a saber — la madre, ¿era suficientemente buena con el padre, afectuosa, etcétera? Y así volvemos a caer en el hábito del análisis sociológico ambientalista. Ahora bien, no se trata tanto de las relaciones personales entre el padre y la madre, ni de saber si uno y otro dan la talla o no la dan, como de un momento que ha de ser vivido y que concierne a las relaciones no sólo de la persona de la madre con la persona del padre, sino de la madre con la palabra del padre — con el padre en tanto que lo que dice no es del todo equivalente a nada.

Lo que cuenta es la función en la que intervienen, en primer lugar el Nombre del Padre, único significante del padre, en segundo lugar la palabra articulada del padre, en tercer lugar la ley en tanto que el padre está en una relación más o menos íntima con ella. Lo esencial es que la madre fundamenta al padre como mediador de lo que está más allá de su ley, la de ella, y de su capricho, a saber, pura y simplemente, la ley propiamente dicha. Se trata, pues, del padre en cuanto Nombre del Padre, estrechamente vinculado con la enunciación de la ley, como nos lo anuncia y lo promueve todo el desarrollo de la doctrina freudiana. Es a este respecto como es aceptado o no es aceptado por el niño como aquel que priva o no priva a la madre del objeto de su deseo.

En otros términos, para comprender el Edipo hemos de considerar tres tiempos que voy a tratar de esquematizarles con ayuda de mi pequeño diagrama del primer trimestre.

3

Primer tiempo. Lo que el niño busca, en cuanto deseo de deseo, es poder satisfacer el deseo de su madre, es decir, *to be or not to be* el objeto del deseo de la madre. Así, introduce su demanda aquí, en Δ ,



y su fruto, el resultado, aparecerá aquí, en Δ' . En el trayecto se establecen dos puntos, el que corresponde a lo que es *ego*, y enfrente éste, que es su otro, aquello con lo que se identifica, eso otro que tratará de ser, a saber, el objeto satisfactorio para la madre. Tan pronto empiece a meneársele algo en la parte baja de su vientre, se lo empezará a mostrar a su madre, por aquello de saber *si soy capaz de algo*, con las decepciones resultantes. Esto es lo que busca, y lo que se encuentra cuando la madre es interrogada por la demanda del niño. Ella también, por su parte, persigue su propio deseo, y en algún lugar por aquí se sitúan sus constituyentes.

En el primer tiempo y en la primera etapa, se trata, pues, de esto — el sujeto se identifica en espejo con lo que es el objeto del deseo de la madre. Es la etapa fálica primitiva, cuando la metáfora paterna actúa en sí, al estar la primacía del falo ya instaurada en el mundo por la existencia del símbolo del discurso y de la ley. Pero el niño, por su parte, sólo capta el resultado. Para gustarle a la madre, si me permiten ustedes ir deprisa y usar palabras gráficas, basta y es suficiente con ser el falo. En esta etapa, muchas cosas se detienen y se fijan en un sentido determinado. De acuerdo con la forma más o menos satisfactoria en que se realiza el mensaje en M, pueden encontrar su fundamento un cierto número de trastornos y perturbaciones, entre los cuales están aquellas identificaciones que hemos calificado de perversas.

Segundo tiempo. Les he dicho que, en el plano imaginario, el padre interviene realmente como privador de la madre, y esto significa que la demanda dirigida al Otro, si obtiene el relevo conveniente³, es remitida a un tribunal superior, si puedo expresarme así.

En efecto, eso con lo que el sujeto interroga al Otro, al recorrerlo todo entero, encuentra siempre en él, en algún lado, al Otro del Otro, a saber, su propia ley. En este nivel se produce lo que hace que al niño le vuelva, pura y simplemente, la ley del padre concebida imaginariamente por el sujeto como privadora para la madre. Es el estadio, digamos, nodal y negativo, por el cual lo que desprende al sujeto de su identificación lo liga, al mismo tiempo, con la primera aparición de la ley en la forma de este hecho — la madre es dependiente de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el Otro tiene o no tiene.

El estrecho vínculo de esta remisión de la madre a una ley que no es la suya sino la de Otro, junto con el hecho de que el objeto de su deseo es

3. *Convenablement relayée*. [N. del T.]

soberanamente poseído en la realidad por aquel mismo Otro a cuya ley ella remite, da la clave de la relación del Edipo. Aquello que constituye su carácter decisivo se ha de aislar como relación no con el padre, sino con la palabra del padre.

Acuérdense de Juanito, el año pasado. El padre es de lo más amable, está de lo más presente, es de lo más inteligente, es de lo más amistoso con Juan, no parece que fuera en absoluto un imbécil, llevó a Juanito a Freud, lo cual en aquella época era, a pesar de todo, dar muestras de un espíritu ilustrado, y sin embargo es totalmente inoperante, porque lo que dice es exactamente como si tocara la flauta, quiero decir para la madre. Esto es clarísimo, cualesquiera que sean las relaciones entre los dos personajes parentales.

La madre, dense cuenta, está con respecto a Juanito en una posición ambigua. Es interdictora, desempeña el papel castrador que podríamos ver atribuido al padre en el plano real, le dice — *Deja eso, es asqueroso* — lo cual no le impide, en el terreno práctico, admitirlo en su intimidad, y no sólo permitirle desempeñar la función de su objeto imaginario sino incluso estimularlo para que lo haga. Juanito le presta efectivamente los mayores servicios, encarna realmente para ella su falo, y así es mantenido en la posición de *súbdito*. Se encuentra sometido, y ésta es la fuente de su angustia y de su fobia.

Hay un problema porque la posición del padre es cuestionada por el hecho de que no es su palabra lo que para la madre dicta la ley. Pero eso no es todo — parece que, en el caso de Juanito, falta lo que debería producirse en el tercer tiempo. Por esta razón les subrayé el año pasado que la salida del complejo de Edipo en el caso de Juanito estaba falseada. Aunque salió gracias a su fobia, su vida amorosa quedará completamente marcada por aquel estilo imaginario cuyas derivaciones les indicaba en el caso de Leonardo da Vinci.

La tercera etapa es tan importante como la segunda, pues de ella depende la salida del complejo de Edipo. El falo, el padre ha demostrado que lo daba sólo en la medida en que es portador, o *supporter*, si me permiten, de la ley. De él depende la posesión o no por parte del sujeto materno de dicho falo. Si la etapa del segundo tiempo ha sido atravesada, ahora es preciso, en el tercer tiempo, que lo que el padre ha prometido lo mantenga. Puede dar o negar, porque lo tiene, pero del hecho de que él lo tiene, el falo, ha de dar alguna prueba. Interviene en el tercer tiempo como el que tiene el falo y no como el que lo es, y por eso puede producirse el giro que reinstaura la instancia del falo como objeto deseado por la madre, y no ya solamente como objeto del que el padre puede privar.

El padre todopoderoso es el que priva. Éste es el segundo tiempo. En este estadio se detenían los análisis del complejo de Edipo cuando se pensaba que todos los estragos del complejo dependían de la omnipotencia del padre. Sólo se pensaba en este segundo tiempo, pero no se destacaba que la castración ejercida era la privación de la madre y no del niño.

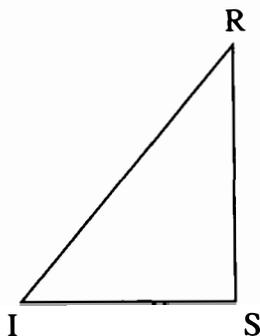
El tercer tiempo es esto — el padre puede darle a la madre lo que ella desea, y puede dárselo porque lo tiene. Aquí interviene, por lo tanto, el hecho de la potencia en el sentido genital de la palabra — digamos que el padre es un padre potente. Por eso la relación de la madre con el padre vuelve al plano real.

Así, la identificación que puede producirse con la instancia paterna se ha realizado en estos tres tiempos.

En primer lugar, la instancia paterna se introduce bajo una forma velada, o todavía no se ha manifestado. Ello no impide que el padre exista en la materialidad mundana, quiero decir en el mundo, debido a que en éste reina la ley del símbolo. Por eso la cuestión del falo ya está planteada en algún lugar en la madre, donde el niño ha de encontrarla.

En segundo lugar, el padre se afirma en su presencia privadora, en tanto que es quien soporta la ley, y esto ya no se produce de una forma velada sino de una forma mediada por la madre, que es quien lo establece como quien le dicta la ley.

En tercer lugar, el padre se revela en tanto que él tiene. Es la salida del complejo de Edipo. Dicha salida es favorable si la identificación con el padre se produce en este tercer tiempo, en el que interviene como quien lo tiene. Esta identificación se llama *Ideal del yo*. Se inscribe en el triángulo simbólico en el polo donde está el niño, mientras que en el polo materno empieza a constituirse todo lo que luego será realidad, y del lado del padre es donde empieza a constituirse todo lo que luego será superyó.



En el tercer tiempo, pues, el padre interviene como real y potente. Este tiempo viene tras la privación, o la castración, que afecta a la madre, a la madre imaginada, por el sujeto, en su posición imaginaria, la de ella, de dependencia. Si el padre es interiorizado en el sujeto como Ideal del yo y, entonces, no lo olvidemos, el complejo de Edipo declina, es en la medida en que el padre interviene como quien, él sí, lo tiene.

¿Qué quiere decir esto? No quiere decir que el niño vaya a tomar posesión de todos sus poderes sexuales y a ejercerlos, ya lo saben ustedes. Muy al contrario, no los ejerce en absoluto, y se puede decir que aparentemente está despojado del ejercicio de las funciones que habían empujado a despertarse. Sin embargo, si lo que Freud articuló tiene sentido, el niño tiene en reserva todos los títulos para usarlos en el futuro. El papel que desempeña aquí la metáfora paterna es ciertamente el que podíamos esperar de una metáfora — conduce a la institución de algo perteneciente a la categoría del significante, está ahí en reserva y su significación se desarrollará más tarde. El niño tiene todos los títulos para ser un hombre, y lo que más tarde se le pueda discutir en el momento de la pubertad, se deberá a algo que no haya cumplido del todo con la identificación metafórica con la imagen del padre, si ésta se ha constituido a través de esos tres tiempos.

Esto significa, ténganlo en cuenta, que, en cuanto viril, un hombre es siempre más o menos su propia metáfora. Incluso es esto lo que proyecta sobre el término de virilidad aquella sombra de ridículo que igualmente se ha de constatar.

Tengan en cuenta también que la salida del complejo de Edipo es, como todo el mundo sabe, distinta para la mujer. Para ella, en efecto, esta tercera etapa, como lo destaca Freud — lean su artículo sobre el declive del Edipo —, es mucho más simple. Ella no ha de enfrentarse con esa identificación, ni ha de conservar ese título de virilidad. Sabe dónde está eso y sabe dónde ha de ir a buscarlo, al padre, y se dirige hacia quien lo tiene.

Esto también les indica en qué sentido una feminidad, una verdadera feminidad, siempre tiene hasta cierto punto una dimensión de coartada. Las verdaderas mujeres, eso siempre tiene algo de extravío.⁴

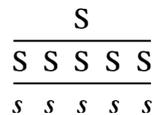
Es una sugerencia que les hago únicamente para destacar la dimensión concreta de este desarrollo.

4. *Quelque chose d'égaré*. [N. del T.]

Hoy es tan sólo, como ven ustedes perfectamente, un diagrama. Volveremos a tomar cada una de estas etapas y veremos qué se va añadiendo. Concluiré justificando mi término de metáfora.

Observen ustedes que de lo que se trata aquí es, en el nivel más fundamental, de lo mismo que la larga metáfora común en terreno maníaco. En efecto, la fórmula que les di de la metáfora no quiere decir sino esto — hay dos cadenas, las S del nivel superior que son significantes, mientras que debajo encontramos todos los significados ambulantes que circulan, porque siempre se están deslizando. La sujeción de la que hablo, el punto de capitonado, es sólo un asunto mítico, porque nadie ha podido sujetar nunca una significación a un significante. Lo que sí puede hacerse, por el contrario, es fijar un significante a otro significante y ver cuál es el resultado. En este caso se produce siempre algo nuevo, a veces tan inesperado como una reacción química, a saber, el surgimiento de una nueva significación.

El padre es, en el Otro, el significante que representa la existencia del lugar de la cadena significativa como ley. Se coloca, por así decirlo, encima de ella.



El padre está en una posición metafórica si y sólo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley. Queda, pues, un inmenso margen para las formas y los medios con los que esto se puede realizar, porque es compatible con diversas configuraciones concretas.

Así es como puede ser franqueado el tercer tiempo del complejo de Edipo, o sea, la etapa de la identificación en la que se trata para el niño de identificarse con el padre como poseedor del pene, y para la niña de reconocer al hombre como quien lo posee.

Veremos la continuación la próxima vez.

22 DE ENERO DE 1958

LOS TRES TIEMPOS DEL EDIPO (II)

El deseo de deseo
El falo metonímico
Bonito billete tiene La Châtre
Inyector y Adyector
Clínica de la homosexualidad masculina

Les hablo de la metáfora paterna. Espero que se hayan dado cuenta de que les estoy hablando del complejo de castración. No porque les hable de la metáfora paterna les estoy hablando del Edipo. Si mi discurso estuviera centrado en el Edipo, ello supondría una enorme cantidad de cuestiones, y no puedo decirlo todo al mismo tiempo.

El esquema que les traje la última vez reúne lo que he tratado de hacerles entender bajo el título de los tres tiempos del complejo de Edipo. De lo que se trata, como les destaco en todo momento, es de una estructura constituida no en la aventura del sujeto sino en otra parte, en la que él ha de introducirse. Otros pueden interesarse también en ella a títulos diversos. Los psicólogos que proyectan las relaciones individuales en el campo interhumano, o interpsicológico, o social, en las tensiones de grupos, que traten de inscribir esto en sus esquemas, si pueden. De la misma forma, los sociólogos deberán tener muy en cuenta relaciones estructurales que constituyen en este punto nuestra común medida, por la simple razón de que ésta es la raíz última — la propia existencia del complejo de Edipo es socialmente injustificable, quiero decir, no puede fundarse en ninguna finalidad social. En cuanto a nosotros, estamos en posición de ver cómo se ha de introducir un sujeto en esa relación que es la del complejo de Edipo.

Que no se introduce sin que en ello desempeñe un papel de primerísimo orden el órgano sexual masculino, no me lo inventé yo. Éste es centro, eje, objeto de todo lo que se relaciona con aquel orden de acontecimientos, muy confusos y muy mal discernidos, que llaman el complejo de castración. Pero aun así se sigue hablando de ello en tales términos que es asombroso que no produzcan más insatisfacción en el público.

EL SUEÑO DE LA BELLA CARNICERA

El deseo del Otro
El deseo insatisfecho
El deseo de otra cosa
El deseo tachado
La identificación de Dora

Si las cosas del hombre, algo de lo que en principio nos ocupamos, están marcadas por su relación con el significante, no se puede usar el significante para hablar de estas cosas como se usa para hablar de las cosas que el significante le ayuda a plantear. En otras palabras, ha de haber una diferencia entre la forma en que hablamos de las cosas del hombre y la forma en que hablamos del resto de las cosas.

Hoy día sabemos de sobra que las cosas no son insensibles al enfoque del significante, que tienen relación con el orden del *logos*, que esta relación ha de ser estudiada. Podemos, más que nuestros antecesores, percatarnos de que el lenguaje penetra las cosas, las surca, las agita, las trastorna por poco que sea. Pero en fin, en el punto en que nos encontramos ahora, sabemos, o al menos suponemos, que, si no estamos equivocados, las cosas, por su parte, no se han desarrollado en el lenguaje. Al menos, de eso se partió para el trabajo de la ciencia tal como está constituida actualmente para nosotros, de la ciencia de la *physis*.

Pensar, de entrada, en castigar al lenguaje, es decir, reducirlo al mínimo necesario para que pueda hacer presa en las cosas, es el principio de lo que se llama la analítica trascendental. En suma, se las han arreglado para despojar todo lo posible el lenguaje — no del todo, por supuesto — de las cosas en las que estaba profundamente comprometido hasta una determinada época, que corresponde aproximadamente al comienzo de la ciencia moderna, para reducirlo a su función de interrogación.

Ahora todo se complica. ¿Acaso no constatamos singulares convulsiones en las cosas que, desde luego, no carecen de relación con la forma en que nosotros las interrogamos? — y, por otra parte, curiosos callejones sin

salida en el lenguaje, que, cuando hablamos de las cosas, se nos vuelve estrictamente incomprensible. Pero eso no nos concierne. Por nuestra parte, nos ocupamos del hombre. Y aquí, quiero advertirles que hasta ahora el lenguaje para interrogarlo no ha sido despejado.

Lo creemos así cuando sostenemos sobre las cosas del hombre el discurso de la Academia o de la psicología psiquiátrica — hasta nueva orden, es lo mismo. Nosotros mismos podemos advertir suficientemente la pobreza de las construcciones a las que nos entregamos así como, por otra parte, su carácter inmutable, porque en verdad, después de un siglo que se habla en psiquiatría de la alucinación, casi no se ha dado un paso y todavía no se ha podido definir de una forma que no resulte irrisoria.

Todo el lenguaje de la psicología psiquiátrica presenta, por otra parte, el mismo *handicap*, nos hace percibir su profundo estancamiento. Decimos que se reifica tal función o tal otra, y nos damos cuenta de la arbitrariedad de esas reificaciones cuando se habla, por ejemplo en un lenguaje bleuleriano, de la discordancia en la esquizofrenia. Y cuando decimos *reificar*, tenemos la impresión de formular una crítica válida. ¿Qué quiere decir esto? No se trata en absoluto de que le reprochemos a esa psicología que convierta al hombre en una cosa. Ojalá lo hiciera, ya que éste es el objetivo de una ciencia del hombre. Pero precisamente hace de él una cosa que es, nada más y nada menos, lenguaje prematuramente congelado, que suple apresuradamente con su propia forma de lenguaje algo que está ya tejido en el lenguaje.

Lo que llamamos *formaciones del inconsciente*, lo que Freud nos presentó bajo este concepto, no es sino la captura de cierto primario en el lenguaje. Por eso lo llamó proceso primario. El lenguaje marca este primario, y por eso puede decirse que el descubrimiento de Freud, el del inconsciente, tiene su preparación en la interrogación de dicho primario en la medida en que, en primer lugar, se detectó su estructura de lenguaje.

Digo *preparación*. En efecto, quizás permitiera preparar la interrogación de eso primario introducir a una interrogación acertada de las tendencias primarias. Pero antes se ha de concretar, en primer lugar, qué se trata de reconocer, a saber, que eso primario está tejido de entrada y ante todo como lenguaje. Por eso los vuelvo a llevar hasta este punto. Esos que los seducen con la síntesis del psicoanálisis y la biología les demuestran que es manifiestamente un señuelo, no sólo porque nada en absoluto apunte en esta dirección sino porque, hasta nueva orden, prometerlo es ya una estafa.

Estamos tratando de manifestar, de proyectar, de situar ante ustedes lo que llamo la textura del lenguaje. Esto no significa que excluyamos lo pri-

mario porque sea algo distinto del lenguaje. Avanzamos, precisamente, en su búsqueda.

En las lecciones anteriores estábamos abordando lo que llamé la dialéctica del deseo y de la demanda.

Les dije que, en la demanda, la identificación se produce con el objeto del sentimiento. ¿Por qué es así, a fin de cuentas? Precisamente porque nada intersubjetivo podría establecerse si el Otro, con mayúscula, no habla. O también, porque es propio de la naturaleza de la palabra que sea la palabra del Otro. O también, porque es preciso que todo lo correspondiente a la manifestación del deseo primario se instale en lo que Freud, tras Fechner, llama la otra escena, y esto es necesario para la satisfacción del hombre, porque al ser un ser hablante sus satisfacciones han de pasar a través de la palabra.

Sólo con esto, ya se introduce una ambigüedad inicial. El deseo está obligado a la mediación de la palabra, y es manifiesto que esta palabra sólo tiene su estatuto, sólo se instala, sólo se desarrolla en su naturaleza, en el Otro como lugar de la palabra. Pero queda claro que no hay ninguna razón para que el sujeto se dé cuenta. Quiero decir que la distinción entre el Otro y él es la más difícil de las distinciones a establecer en el origen. Por eso Freud destacó claramente el valor sintomático de aquel momento de la infancia en que el niño cree que los padres conocen todos sus pensamientos, y explica muy bien el vínculo de este fenómeno con la palabra. Como los pensamientos del sujeto se han formado en la palabra del Otro, es completamente natural que en el origen sus pensamientos pertenezcan a dicha palabra.

Por otra parte, en el plano imaginario, entre el sujeto y el otro, no hay al principio más que un tenue lindero, un lindero ambiguo en el sentido de que se franquea. La relación narcisista está abierta, en efecto, a un transitivismo permanente, como lo demuestra también la experiencia del niño.

Estas dos formas de ambigüedad, estos dos límites, uno situado en el plano imaginario, el otro perteneciente al orden simbólico por el que el deseo se funda en la palabra del Otro, estas dos formas de franqueamiento que hacen que el sujeto se aliene, no se confunden. Por el contrario, es su

discordancia la que le abre al sujeto, como la experiencia lo demuestra, una primera posibilidad de distinguirse. Por supuesto, se distingue de la forma más particular en el plano imaginario, estableciéndose respecto a su semejante en una posición de rivalidad en relación con un tercer objeto. Pero queda todavía pendiente la cuestión de qué ocurre cuando estos sujetos son dos, a saber, cuando se trata de que el sujeto se sostenga él mismo en presencia del Otro.

Esta dialéctica confina con la llamada dialéctica del reconocimiento, que ustedes distinguen un poquito, al menos algunos de ustedes, gracias a lo que aquí hemos comunicado al respecto. Como ustedes saben, un tal Hegel buscó su mecanismo en el conflicto del goce en la vía de la lucha llamada lucha a muerte, de la que hizo salir toda su dialéctica del amo y del esclavo. Todo esto es muy importante conocerlo, pero por supuesto no cubre el campo de nuestra experiencia, y por las mejores razones. Porque hay algo muy distinto de la dialéctica de la lucha del amo y del esclavo, está la relación del niño con los padres, está precisamente lo que ocurre en el plano del reconocimiento cuando lo que está en juego no es la lucha, el conflicto, sino la demanda.

Es suma, se trata de ver cuándo y cómo el deseo del sujeto, alienado en la demanda, profundamente transformado por el hecho de tener que pasar por la demanda, puede y debe reintroducirse. Estas cosas que les digo hoy son simples.

Primitivamente el niño, en su impotencia, se encuentra completamente dependiente de la demanda, es decir de la palabra del Otro, que modifica, reestructura, aliena profundamente la naturaleza de su deseo. Esta dialéctica de la demanda corresponde aproximadamente al periodo que se llama, con o sin razón, preedípico y, seguramente con razón, pregenital. Debido a la ambigüedad de los límites del sujeto con respecto al Otro, vemos que se introduce en la demanda el objeto oral que, en la medida en que es demandado en el plano oral, es incorporado, y el objeto anal, soporte de la dialéctica del don primitivo, esencialmente vinculado en el sujeto al hecho de satisfacer o no la demanda educativa, es decir, de aceptar abandonar o no determinado objeto simbólico. En resumen, el reajuste profundo de los primeros deseos por la demanda es perpetuamente sensible en la dialéctica del objeto oral y particularmente en la del objeto anal, y de ello resulta que el Otro con el que el sujeto se enfrenta en la relación de la demanda está, a su vez, sometido a una dialéctica de asimilación, o de incorporación o de rechazo.

Entonces ha de introducirse algo distinto a cuyo través se restablece la originalidad, la irreductibilidad, la autenticidad del sujeto. Esto y ninguna

otra cosa significa el progreso que se produce en la etapa presuntamente genital. Consiste en que, instalado en la dialéctica primera, pregenital, de la demanda, el sujeto se encuentra en determinado momento con otro deseo, un deseo que hasta entonces no ha sido integrado y no es integrable sin modificaciones mucho más críticas y más profundas todavía que en el caso de los primeros deseos. Este otro deseo, como se introduce ordinariamente para el sujeto es en cuanto deseo del Otro. El sujeto reconoce un deseo más allá de la demanda, un deseo no adulterado por la demanda, lo encuentra, lo sitúa en el más allá del primer Otro a quien se dirigía la demanda, digamos, para fijar las ideas, la madre.

Lo que les estoy diciendo no es sino una forma de expresar lo que se enseña desde siempre — que es a través del Edipo como el deseo genital es asumido y acaba ocupando su lugar en la economía subjetiva. Pero sobre lo que trato de llamar su atención es sobre la función de este deseo del Otro, en la medida en que permite que la verdadera distinción entre el sujeto y el Otro se establezca de una vez por todas.

En el nivel de la demanda, hay entre el sujeto y el Otro una situación de reciprocidad. Si el deseo del sujeto depende por entero de su demanda al Otro, lo que el Otro demanda depende también del sujeto. Esto se expresa en las relaciones del niño con la madre por el hecho de que el niño sabe muy bien que tiene algo que puede rehusarle a la demanda de la madre, negándose por ejemplo a acceder a los requerimientos de la disciplina excremental. Esta relación entre los dos sujetos en torno a la demanda exige ser completada con la introducción de una dimensión nueva que hace que el sujeto sea algo distinto que un sujeto dependiente, y cuyo ser esencial lo constituye la relación de dependencia. Lo que se ha de introducir, y está presente desde el comienzo, latente desde el origen, es que más allá de lo que el sujeto demanda, más allá de lo que el Otro demanda al sujeto, se encuentra por fuerza la presencia y la dimensión de lo que el Otro desea.

Primero esto le está profundamente velado al sujeto, pero es inmanente a la situación, y es lo que poco a poco se desarrollará en la experiencia del Edipo. Es esencial en la estructura, más original y más fundamental que la percepción tanto de las relaciones entre el padre y la madre, acerca de las cuales me extendí en lo que llamé la metáfora paterna, como de cualquier punto de lo que conduce al complejo de castración, y constituye un desarrollo de aquel más allá de la demanda.

Que el deseo del sujeto se localiza y se encuentra primero en la existencia del deseo del Otro, en cuanto deseo distinto de la demanda, esto es lo

que hoy quiero ilustrarles con un ejemplo. ¿Qué ejemplo? Es exigible que sea el primero.

En efecto, si lo que planteo es verdaderamente introductorio a todo lo que se refiere a la estructuración del inconsciente del sujeto por su relación con el significante, hemos de encontrar nuestro ejemplo enseguida.

2

Ya he mencionado aquí lo que podemos señalar en las primeras observaciones de la histeria llevadas a cabo por Freud. Pasemos, pues, al momento en que Freud nos habla del deseo por primera vez.

Nos habla de él a propósito de los sueños. Hace tiempo les comenté lo que Freud extrae del sueño inaugural de Irma, el sueño de la inyección, y no voy a tomarlo otra vez. El segundo sueño es un sueño de Freud — porque también analiza algunos de sus sueños en la *Traumdeutung* —, el sueño del tío Joseph. Lo analizaré otro día, porque es muy demostrativo e ilustra muy bien, en particular, el esquema de los dos bucles entrecruzados — no hay mejor demostración de los dos pisos en los que se desarrolla un sueño, el piso propiamente significativo, que es el de la palabra, y el piso imaginario donde se encarna de alguna forma el objeto metonímico.

Tomo, pues, el tercer sueño que Freud analizó. Figura en el capítulo cuarto, “Die Traumentstellung”, “La transposición del sueño”. Es el sueño de aquella a quien llamaremos *la bella carnicera*.¹

He aquí el sueño — *dice Freud*. Quiero dar una cena, pero como provisiones sólo tengo un poco de salmón ahumado. Quisiera ir de compras, pero me acuerdo de que es domingo por la tarde y todas las tiendas están cerradas. Pienso en telefonar a algunos proveedores, pero el teléfono está averiado. De manera que he de renunciar al deseo de dar una cena.

1. Para seguir más de cerca a Lacan optamos por una traducción *ad hoc* del texto de Freud. [N. del T.]

He aquí el texto del sueño. Freud anota escrupulosamente la forma en que se verbaliza el texto de un sueño, y siempre y únicamente a partir de esta verbalización, una especie de texto escrito del sueño. le parece concebible el análisis de un sueño.

Le respondo, naturalmente, que sólo el análisis puede decidir sobre el sentido de este sueño. *En efecto, la enferma le había replicado con este sueño diciéndole* — Usted dice que un sueño es siempre algo donde se realiza un deseo, aquí tengo las mayores dificultades para realizar mi deseo. *Freud prosigue* — Admito no obstante que parece a primera vista razonable y coherente, y todo lo contrario del cumplimiento de un deseo. Pero, ¿cuáles son los elementos de este sueño? Ustedes saben que los motivos de un sueño se encuentran siempre en los hechos de los días anteriores.

El marido de mi enferma es carnicero al por mayor: es un buen hombre, muy activo. Le dijo hace algunos días que estaba engordando demasiado y quería hacer una cura de adelgazamiento. Se levantaría temprano, haría ejercicio, se atendería a una dieta severa y no aceptaría más invitaciones a cenar. Ella añade, riendo, que su marido ha conocido, en la mesa de los habituales del restaurante donde come a menudo, a un pintor que quería a toda costa pintar su retrato porque nunca había encontrado una cabeza tan expresiva. Pero su marido había respondido, con su habitual rudeza, que se lo agradecía mucho, pero estaba persuadido de que el pintor preferiría, a todo su rostro, un pedazo del trasero de una bella muchacha. Mi enferma está actualmente muy enamorada de su marido y siempre lo está haciendo rabiar. También le ha pedido que no le dé caviar. — *¿Qué puede querer decir esto?*

En realidad desea desde hace tiempo tener cada mañana un emparedado de caviar, pero se niega este dispendio — o mejor, quizás no se concede esta licencia. Naturalmente, tendría enseguida ese caviar si se lo dijera a su marido. Pero le ha rogado, por el contrario, que no se lo dé, para poder darle más la lata a este respecto.

Aquí, un paréntesis de Freud. Esto me parece rebuscado. Esta clase de informaciones insuficientes esconden por lo común motivos que no se expresan. Pensemos en la manera en que los hipnotizados de Bernheim que cumplen una misión posthipnótica la explican, cuando se les preguntan las razones, con un motivo visiblemente insuficiente, en vez de responder: “No sé por qué lo he hecho”. El caviar de mi enferma sería un motivo de esta índole. Advierto que está obligada a crearse, en su vida, un

deseo insatisfecho. Su sueño demuestra este deseo como realmente no colmado. Pero, ¿por qué necesitaba semejante deseo?

Otra observación de Freud, entre paréntesis. Lo que se le ha ocurrido hasta ahora no ha servido para interpretar el sueño. Insisto. Al cabo de un rato, como conviene cuando hay que superar una resistencia, me dice que ayer fue a visitar a una de sus amigas, de quien se siente muy celosa porque su marido siempre habla muy bien de ella. Felizmente, la amiga es flaca, y a su marido le gustan las formas redondas. ¿De qué hablaba pues esa persona flaca? Naturalmente, de su deseo de engordar. Y le preguntó: “¿Cuándo nos invitaréis otra vez? Siempre se come tan bien en vuestra casa.”

Ahora el sentido del sueño está claro. Puedo decirle a mi enferma: “Es exactamente como si le hubiera respondido mentalmente: ‘¡Sí, vamos! Voy a invitarte para que comas mucho, engordes y le gustes más todavía a mi marido. ¡Preferiría no dar ninguna comida más en mi vida!’ El sueño le dice que no puede usted dar una comida, de forma que cumple su deseo de no contribuir a hacer más bella a su amiga. La resolución tomada por su marido de no aceptar invitaciones a comer para no engordar le había indicado, en efecto, que las comidas mundanas engordan.” Ya sólo falta una concordancia que confirme la solución. Todavía no se sabe a qué corresponde el salmón ahumado en el sueño. “¿De dónde viene que evoque usted en el sueño el salmón ahumado?” — “Es, responde ella, el plato predilecto de mi amiga.” Por casualidad, conozco también a esa dama y sé que tiene con respecto al salmón ahumado el mismo comportamiento que mi enferma en relación con el caviar.

Aquí es donde Freud introduce el texto del sueño que supone otra interpretación, que entra en la dialéctica de la identificación. *Se ha identificado con su amiga. Si ella se ha dado en la vida real un deseo no realizado, es como un signo de esta identificación, es decir, en la medida en que se identifica con la otra.*

Creo que ya deben de percibir ustedes en este simple texto cómo se esboza su lineamiento. Hubiera podido abrir cualquier otra página de la *Traumdeutung* y hubiéramos encontrado la misma dialéctica. Este sueño, que ha sido el primero con el que hemos tropezado, nos mostrará la dialéctica del deseo y de la demanda, que es particularmente simple en el histérico.

Continuemos la lectura, para seguir hasta el final lo que este texto tan importante nos articula. En suma, es una de las primeras articulaciones

muy netas, por parte de Freud, de lo que significa la identificación histérica. Precisa su sentido. Salto algunas líneas para no extenderme demasiado. Freud comenta, en lo que se llama la imitación histérica. la simpatía del histérico por el otro, y critica con mucha energía la simple reducción del contagio histérico a la pura y simple imitación. *El proceso de la identificación histérica, dice, es algo más complejo que la imitación histérica tal como se suele representar, y como demostraremos con un ejemplo se debe a deducciones inconscientes. Si un médico ha puesto con otras enfermas en una habitación de hospital a un sujeto que presenta una especie de temblor, no se sorprenderá al saber que este accidente histérico ha sido imitado (...). Pero este contagio se produce más o menos de la forma siguiente. Las enfermas saben por lo general — habría que ver el peso que tiene esta observación, no quiero decir tan solo en la época en que se hizo, sino aun hoy para nosotros — más cosas las unas de las otras de lo que el médico puede saber sobre cada una de ellas, y se interesan también las unas por las otras tras la visita del médico. Observación esencial. En otras palabras, el objeto humano sigue viviendo su pequeña relación particular con el significante, incluso después de que el observador, behaviorista o no, se haya interesado en su fotografía.*

Una de ellas ha tenido hoy su crisis, las otras saben perfectamente que una carta, recordándole sus penas de amor u otras cosas semejantes, ha sido la causa. Su compasión se conmueve, y hacen inconscientemente el siguiente examen: si esta clase de motivos acarrea esta clase de crisis, yo también puedo tener esta clase de crisis — articulación del síntoma elemental con una identificación de discurso, con una situación articulada en el discurso —, porque yo tengo los mismos motivos. Si se tratara de conclusiones conscientes, suscitarían la angustia de que se produzca la misma crisis. Pero las cosas ocurren en otro plano psíquico y conducen a la realización del síntoma temido. La identificación no es, pues, simple imitación sino apropiación debida a una etiología idéntica: expresa un “como si” debido a una comunidad que persiste en el inconsciente. El término apropiación no está del todo bien traducido. Es más bien tomado como propio.

La histérica se identifica preferentemente con personas con quienes ha tenido relaciones sexuales, o que tienen las mismas relaciones sexuales con las mismas personas que ella. La lengua es, por otra parte, responsable de esta concepción. Dos amantes forman uno, dice Freud.

El problema planteado aquí por Freud es la relación de identificación con la amiga celosa. A este respecto quiero atraer su atención sobre lo si-

guiente — el deseo que encontramos desde los primeros pasos del análisis, y a partir del cual se desarrollará la solución del enigma, es el deseo como insatisfecho. En el momento de este sueño, la enferma estaba preocupada por crearse un deseo insatisfecho. ¿Cuál es la función de este deseo insatisfecho?

Leemos, en efecto, en el sueño la satisfacción de un anhelo, el de tener un deseo insatisfecho. Y lo que descubrimos con respecto a esto, es la subyacencia de una situación que es la situación fundamental del hombre entre la demanda y el deseo, a la que trato de introducirles y les introduzco efectivamente a través de la histérica, porque la histérica está pendiente de esta escisión cuya necesidad acabo de mostrarles entre la demanda y el deseo. Aquí, no puede ser más claro.

¿Qué demanda ella antes de su sueño, en la vida? Esta enferma tan enamorada de su marido, ¿qué pide? Amor, y las histéricas, como todo el mundo, demandan amor, salvo que en ellas esto es más aparatoso. ¿Qué desea? Desea caviar. No hay más que leerlo. ¿Y qué quiere? Quiere que no le den caviar.

La cuestión es precisamente saber por qué, para que una histérica mantenga un comercio amoroso que le sea satisfactorio, es necesario, en primer lugar, que desee otra cosa, y el caviar no tiene aquí otro papel más que el de ser otra cosa, y, en segundo lugar, que para que esta otra cosa cumpla bien la función que tiene la misión de cumplir, precisamente no se le dé. Lo que su marido quisiera es darle caviar, pero probablemente entonces se quedaría más tranquilo, piensa ella. Y lo que nos dice claramente Freud, es que ella quiere que su marido no le dé caviar para poder seguir amándose con locura, es decir, darse la lata, hacerse la puñeta sin cesar.

Estos elementos estructurales, aparte de que nos estemos fijando en ellos, no son tan originales, pero aquí empiezan a adquirir sentido. Lo que se expresa es una estructura que, más allá de su aspecto cómico, debe de representar algo necesario.² Y el histórico es precisamente el sujeto al que le resulta difícil establecer con la constitución del Otro como Otro con mayúscula, portador del signo hablado, una relación que le permita conservar su lugar de sujeto. Ésta es la propia definición que se puede dar del histórico. Por decirlo todo, el histórico está tan abierto o abierta a la sugestión de la palabra, que ahí tiene que haber algo.

2. *Une nécessité*. En francés, se dispone de dos significantes muy distintos: *besoin* y *nécessité*, el segundo de los cuales se refiere netamente a lo necesario, no a "las necesidades". [N.º del T.]

Freud se pregunta, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, sobre la forma en que surge la hipnosis, pues su relación con el sueño está lejos de ser transparente, y el carácter electivo que la hace adecuada para determinadas personas cuando otras se oponen, se apartan radicalmente de ella, permanece enigmático. Pero todo parece indicar, sin embargo, que lo que se realiza en la hipnosis resulta posible en el sujeto debido a la pureza de determinadas situaciones, más bien diría actitudes libidinales. ¿De qué se trata? — sino de los lugares, los puestos que estamos esclareciendo. El elemento desconocido del que habla Freud gira en torno a la articulación de la demanda y el deseo. Es lo que vamos a tratar de mostrar más adelante.

Si el sujeto necesita crearse un deseo insatisfecho, es que ésta es la condición para que se constituya para él un Otro real, es decir, que no sea del todo inmanente a la satisfacción recíproca de la demanda, a la completa captura del deseo del sujeto por la palabra del Otro. Que el deseo en cuestión sea por su propia naturaleza el deseo del Otro, a esto precisamente es a lo que nos introduce la dialéctica del sueño, porque este deseo de caviar la enferma no quiere que sea satisfecho en la realidad. Y este sueño tiende indiscutiblemente a satisfacerla en relación con la solución del problema que trata de encontrar.

El deseo de caviar, ¿cómo está representado en el sueño? A través de la persona que está en juego en el sueño, la amiga con quien ella se identifica — los signos de esto último, los indica Freud. La amiga es también histérica o no lo es, no importa, todo es puro histórico-histérica. La enferma es histérica, y por supuesto la otra también lo es, tanto más fácilmente cuanto que el sujeto histórico se constituye casi por entero a partir del deseo del Otro. El deseo del que el sujeto se vale en el sueño es el deseo preferido de la amiga, el deseo de salmón, e incluso cuando no va a poder dar una comida sólo le queda eso, salmón ahumado, que al mismo tiempo indica el deseo del Otro y lo indica como algo que puede ser satisfecho, aunque sólo para el Otro. *Por otra parte, no temas, hay salmón ahumado*. Con todo, el sueño no dice que las cosas lleguen hasta el punto de dárselo a su amiga, pero la intención está presente.

Por el contrario, lo que se queda en la estacada es la demanda de la amiga, elemento genético del sueño. Le ha pedido ir a comer a su casa, donde tan bien se come y donde, además, puede encontrarse con el bello carnicero. Ese amable marido que habla siempre tan bien de la amiga, él también ha de tener su pequeño deseo en la trastienda, y el trasero de la joven mencionado con tanta prontitud a propósito de la gentil proposición del pintor que quisiera hacer un boceto, dibujar su cara tan interesante, tan

expresiva, está ahí sin duda para demostrarlo. Por decirlo todo, cada cual tiene su pequeño deseo más allá, tan solo está más o menos intensificado.

Pero, en el caso específico del histérico, el deseo como más allá de toda demanda, es decir, en tanto que ha de ocupar su función en calidad de deseo rehusado, desempeña un papel de primerísimo orden. Nunca comprenderán ustedes nada de una o un histérico si no parten de este primer elemento estructural. Por otra parte, en la relación del hombre con el significante la histérica es una estructura primordial. Por poco que hayan llevado lo bastante lejos con un sujeto la dialéctica de la demanda, encontrarán siempre en un punto de la estructura la *Spaltung* de la demanda y el deseo, a riesgo de cometer grandes errores, es decir, que el enfermo se vuelva histérico, pues todo lo que analizamos ahí es, por supuesto, inconsciente para el sujeto. Dicho de otra manera, el histérico no sabe que no puede ser satisfecho dentro de la demanda, pero es muy esencial que ustedes lo sepan.

Estas indicaciones les permitirán empezar a concretar ahora lo que quiere decir el pequeño diagrama que les hice la última vez y cuya interpretación era algo prematuro darles entonces.

Ya lo hemos dicho, lo que se manifiesta como una necesidad ha de pasar por la demanda, es decir, dirigirse al Otro. En el lado opuesto se produce un encuentro, o no se produce, que ocupa el lugar del mensaje, o sea lo que es significado del Otro. Se produce finalmente esa secuela de la demanda, consistente en la alteración de lo que se manifiesta en el estado todavía no informado del deseo del sujeto, y que se manifiesta en principio en la forma de la identificación del sujeto. La próxima vez lo retomaré con el texto de Freud en mano y verán ustedes que la primera vez que habla de forma completamente articulada de la identificación — pueden leerlo ya si están de humor —, la identificación primitiva está articulada como aquí se lo señalo y de ninguna otra manera.

Ustedes saben, por otra parte, que a lo largo del camino donde se introduce el cortocircuito narcisista existe ya una posibilidad, una apertura, un esbozo de tercero en la relación del sujeto con el otro.

Lo esencial de lo que les he planteado al describirles la función del falo es que es aquel significante que marca lo que el Otro desea, en cuanto él mismo, como Otro real, Otro humano — forma parte de su economía estar marcado por el significante. Es esta fórmula precisamente la que estamos estudiando. Precisamente en la medida en que el Otro está marcado por el significante, el sujeto puede — y sólo así puede, a través de este Otro — reconocer que él también está marcado por el significante. Es decir, que siempre

queda algo más allá de lo que se puede satisfacer por intermedio del significante, o sea, a través de la demanda. Esta escisión producida en torno a la acción del significante, ese residuo irreductible vinculado con el significante tiene también su propio signo, pero dicho signo se identificará con aquella marca en el significado. Ahí es donde el sujeto tiene que dar con su deseo.

En otros términos, el sujeto reconocerá su deseo tachado, su propio deseo insatisfecho, en la medida en que el deseo del Otro está tachado. En este deseo tachado por intermedio del Otro se produce el encuentro del sujeto con su deseo más auténtico, a saber, el deseo genital. Por esta razón el deseo genital lleva la marca de la castración, dicho de otra manera, de determinada relación con el significante falo. Son dos cosas equivalentes.

Primero encontramos lo que responde a la demanda, es decir, en una primera etapa, la palabra de la madre. Esta misma palabra tiene una relación con la ley que está más allá y que, como les he mostrado, es encarnada por el padre. Esto es lo que constituye la metáfora paterna. Pero con toda la razón tienen derecho a pensar que no todo se reduce a ese escalonamiento de la palabra, y creo que esta especie de falta tuvo que dejarles algo que desear también a ustedes cuando se la expliqué.

En efecto, más allá de la palabra y de la súper-palabra, de la ley del padre comoquiera que se la llame, algo muy distinto resulta exigible. A este título se introduce, y naturalmente en el mismo nivel donde se sitúa la ley, ese significante electivo, el falo. En condiciones normales, se sitúa en un segundo nivel del encuentro con el Otro. Es lo que, en mis pequeñas fórmulas, les he llamado $S(\bar{A})$, el significante de A tachado. Se trata con toda precisión de lo que acabo de definir como la función del significante falo, a saber, la de marcar lo que el Otro desea en cuanto marcado por el significante, es decir, tachado.

¿Dónde está el sujeto? Cuando ya no se trata del sujeto ambiguo, al mismo tiempo perpetuamente sometido en la palabra del Otro y capturado en la relación especular, dual, con el otro con minúscula, sino del sujeto constituido, terminado, de la fórmula en forma de Z, es el sujeto en tanto que se ha introducido la barra, o sea, él mismo está también marcado en alguna parte por la relación del significante. Por eso lo encontramos aquí, en $(\bar{S} \diamond D)$, donde se produce la relación del sujeto con la demanda propiamente dicha.

¿Cómo explicar la etapa necesaria en la que se realiza normalmente la integración del complejo de Edipo y el complejo de castración, a saber, la estructuración a través de ambos del deseo del sujeto? ¿Cómo se produce esto? Lo encontrarán desarrollado en este diagrama. Es por mediación del sig-

nificante falo como se introduce el más allá de la relación con la palabra del Otro. Pero, por supuesto, tan pronto está constituido no permanece en este lugar sino que se integra en la palabra del Otro y va a ocupar su lugar, con todo su séquito, más acá, en el lugar primitivo de la relación de la palabra con la madre. Aquí es donde desempeña su papel y asume su función.

En otros términos, este más allá, que hemos planteado en la medida en que tratamos de delimitar las etapas necesarias para la integración de una palabra que le permita al deseo encontrar su lugar para el sujeto, permanece inconsciente para el sujeto. En adelante es aquí donde se desarrolla para él la dialéctica de la demanda, sin que sepa que esta dialéctica sólo es posible si su deseo, su verdadero deseo, encuentra su lugar en una relación, que para él permanece inconsciente, con el deseo del Otro. En resumen, normalmente estas dos líneas se intercambian.

Por el solo hecho de que deban intercambiarse, se producen en el ínterin toda clase de accidentes. Estos accidentes, los encontraremos bajo formas diversas. Hoy quiero indicarles tan solo los elementos de carencia que se encuentran siempre en el histórico.

3

Tomemos el caso Dora.

En ella, vemos producirse en estado puro el deseo del Otro, y nos resulta tangible por qué falta una parte de la batería de elementos. No se habla en absoluto de la madre. Tal vez han advertido ustedes que está del todo ausente en el caso. A quien ha de hacer frente Dora es a su padre. El amor que quiere es el de su padre.

Hay que decirlo — antes del análisis está muy bien equilibrada, la vida de Dora. Hasta el momento en que estalla el drama, ha encontrado una solución muy feliz para sus problemas. Es a su padre a quien se dirige la demanda, y las cosas van muy bien porque su padre tiene un deseo, tanto mejor cuanto que este deseo es un deseo insatisfecho. Dora, Freud no nos lo disimula, sabe muy bien que su padre es impotente y que su deseo por la Sra. K es un deseo tachado.

Pero lo que también sabemos nosotros — Freud sólo llegó a saberlo un poco demasiado tarde — es que la Sra. K es el objeto del deseo de Dora, porque es el deseo del padre, el deseo tachado del padre.

Una sola cosa es necesaria para el mantenimiento de este equilibrio, que Dora consiga realizar en alguna parte una identificación de sí misma que le proporcione equilibrio y le permita saber dónde está, y ello en función de su demanda que no está satisfecha, su demanda de amor a su padre. Esto se sostiene así mientras hay un deseo, un deseo que no puede satisfacerse, ni para Dora ni para su padre.

Todo ello depende del lugar donde se produce la identificación llamada del Ideal del yo. Como ustedes ven en el esquema, normalmente se produce siempre tras el doble franqueamiento de la línea del Otro, en $I(A)$. En el caso Dora es parecido, salvo que el deseo del padre está representado, por la segunda línea. Después del doble franqueamiento de las dos líneas, se realiza aquí, en $(\mathcal{S} \diamond a)$, la identificación de la histérica. No se trata de una identificación con el padre, como ocurre cuando el padre es pura y simplemente aquel a quien se dirige la demanda. No lo olviden, ahora hay un más allá, y esto le va muy bien a la histérica para su satisfacción y su equilibrio. La identificación se produce con un otro con minúscula que, por su parte, está en posición de satisfacer el deseo. Se trata del Sr. K, el marido de la Sra. K, esa Sra. K tan seductora, tan encantadora, tan resplandeciente, el verdadero objeto del deseo de Dora. La identificación se produce aquí porque Dora es una histérica y, en el caso de un histórico, el proceso no puede ir más lejos.

¿Por qué? Porque el deseo es el elemento encargado, él solo, de ocupar el lugar del más allá jalonado por la posición propia del sujeto con respecto a la demanda. Como es una histérica, no sabe lo que demanda, simplemente tiene necesidad de que en alguna parte haya deseo más allá. Pero para que, este deseo, ella pueda apoyarse en él, consumarse en él, encontrar en él su identificación, su ideal, es preciso al menos que aquí, en el más allá de la demanda, haya un encuentro que le permita descansar, situarse en esta línea, y ahí es donde interviene el Sr. K, en quien, como es evidente en toda la observación, encuentra a su otro en el sentido del a minúscula, aquel en quien se reconoce.

Por esta razón, precisamente, está extremadamente interesada en él, hasta el punto de engañar a su entorno en un primer momento — o sea, Freud cree que ama al Sr. K. No lo ama, pero le es indispensable, y le es mucho más indispensable que él desee a la Sra. K. Como se lo he señalado ya cien veces, esto queda archidemostrado por el hecho de que la circulación queda completamente cortocircuitada, y Dora recae con respecto a a minúscula en la situación de desencadenamiento agresivo que se manifiesta mediante una bofetada formidable. Es el furor contra el otro como seme-

jante que, siendo tu semejante, te arrebatara pura y simplemente tu existencia. La frase fatal que le dice el Sr. K — no sabe nada de lo que dice, el pobre infeliz, no sabe que sostiene la identificación de Dora —, a saber, que su mujer no es nada para él, es precisamente lo que Dora no puede tolerar. No puede tolerarlo, ¿por qué?

Con toda razón se puede decir, aunque es algo incompleto, que Dora está manifiestamente estructurada de forma homosexual, tanto como puede estarlo una histérica. Tras lo que le dice el Sr. K, normalmente debería estar muy contenta. En absoluto, precisamente esto es lo que desencadena su furia, porque en ese momento se hunde su bella construcción histórica de identificación con la máscara, con las insignias del Otro, en concreto con las insignias masculinas rebosantes que le ofrece el Sr. K, y no su padre. Vuelve entonces a la demanda pura y simple, a la reivindicación del amor de su padre, y entra en un estado casi paranoico cuando se concibe como lo que ella es mucho más objetivamente para su padre, o sea como un objeto de intercambio, alguien que entretiene al Sr. K mientras él, su padre, puede ocuparse de la Sra. K. Por muy en vano que sea, con eso le basta, y ustedes ven perfectamente en este caso la propia función del deseo.

Después de la frase del Sr. K, nuestra histérica aterriza otra vez³ y vuelve al nivel completamente primitivo de la demanda. Exige pura y simplemente que su padre sólo se ocupe de ella, que le dé amor, dicho de otra manera, de acuerdo con nuestra definición, todo lo que no tiene.

Lo que hoy acabo de hacerles es un primer pequeño ejercicio con la barra para tratar de mostrarles qué sentido tiene la relación entre el deseo y la demanda. A medida que se habitúen, esto nos permitirá ir mucho más lejos y con mucha más seguridad.

30 DE ABRIL DE 1958

3. *Retombe de haut. Tomber de haut* es una expresión que se utiliza para significar que alguien de pronto se da cuenta de la cruda realidad. En este caso, sin embargo, también parece aludir a los distintos niveles del grafo. [N. del T.]

LOS SUEÑOS DE "AGUA MANSA"

La Sra. Dolto y el falo

La blusa de una histérica

Lo incondicionado de la demanda de amor

La condición absoluta del deseo

El Otro convertido en objeto del deseo

Partiremos de la actualidad tal y como pudieron apreciarla aquellos de ustedes que asistieron ayer por la noche a la comunicación científica de la Sociedad. De eso precisamente tratamos de hablar también nosotros.

En la perspectiva que nos planteaban, la relación heterosexual demostraba ser esencialmente formadora. Era en suma un dato de partida de la tensión evolutiva entre los padres y el niño. Desde otra perspectiva, en la que se encuentra nuestro punto de partida, esto es precisamente lo que está en cuestión — la relación heterosexual entre los seres humanos, ¿es algo tan simple?

En verdad, si nos atenemos a una experiencia inmediata, no lo parece. Si fuese simple, debería constituir en el interior del mundo humano una serie de islotes de armonía, al menos para quienes hubieran conseguido eliminar la maleza. Al parecer, hasta ahora no podemos considerar que una voz común de los analistas — pero, después de todo, ¿acaso hay necesidad de invocar a los analistas para eso? — se ponga de acuerdo en nada salvo en decir que ni siquiera cuando llega a ser completa, la relación heterosexual deja de presentarse para el hombre como algo inestable, pues lo menos que se puede decir es que en ello reside todo su problema. Tomemos los escritos de Balint, por ejemplo, que se centran bastante en esto, pues constituye el título de su recopilación *Genital love* — en ellos se com-

tanto que en este caso el falo como elemento imaginario desempeña un papel prevalente.

Veremos las rectificaciones que puede aportar, tanto teóricas como técnicas. la consideración del falo no ya como imagen y como fantasma sino como significante.

7 DE MAYO DE 1958

XXII

EL DESEO DEL OTRO

Tres artículos de Maurice Bouvet
El grafo del deseo
El tercer sueño de "agua mansa"
Las ideas fijas del futuro obsesivo
Los apoyos del deseo

Forderung: <i>Demanda</i>	Wunsh: <i>Deseo del sueño</i>
Begehren: <i>Deseo</i>	
Bedürfnis: <i>Necesidad</i>	

Nuestro itinerario, en el que el tema del falo desempeña un papel esencial, nos conduce a precisar más lo que se profiere en el análisis sobre la noción de objeto.

Hemos de centrar nuestra atención al mismo tiempo en la función efectiva que tiene la relación de objeto en la práctica analítica reciente. la forma en que se sirven de ella, los servicios que presta. y también en intentar una articulación más elaborada de lo que hemos precisado al hablar del falo.

1

En cuanto a la primera parte de este programa, podemos referirnos a un informe que con el tiempo ha adquirido un valor histórico. publicado en 1953 en la *Revue française de psychanalyse* con la firma de Maurice Bouvet, sobre "El yo en la neurosis obsesiva". En realidad, de lo que se trata es de la relación de objeto en el obsesivo. y sería quizás algo a explorar saber por qué el autor puso este título inadecuado. cuando no dice verdaderamente nada del yo en la neurosis obsesiva salvo que es débil. o que es

fuerte. A fin de cuentas, a este respecto, el autor se mantuvo en una actitud de prudencia que sólo se podría elogiar.

Les indico dos artículos anteriores del mismo autor. Uno, fechado en diciembre de 1948, se publicó en la misma revista con el título “Incidenias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina”. Es la frescura de este primer abordaje de la función del pene en la neurosis obsesiva lo que le da su valor al artículo. Permite apreciar que las cosas más bien se degradaron a continuación, pues esta experiencia todavía nueva aporta un reflejo interesante de la cuestión. El otro se publicó en el número de julio-septiembre de 1948, “Importancia del aspecto homosexual de la transferencia en cuatro casos de neurosis obsesiva masculina”.

Hay tres cosas para leer, porque no hay tantos artículos escritos en francés sobre el tema. Esto indica bastante bien el nivel que han alcanzado aquí las cosas en relación con estos problemas. Por otra parte, leerlos no deja de dar, por fuerza, una impresión de conjunto que proporciona un fondo a lo que podemos llegar a hacer aquí, me parece, al abordar la articulación exacta de lo que está en juego, que permite situar el valor y el alcance de una terapéutica centrada de este modo. Cuando se ve esa relación de objeto articulada en cuadros sinópticos que permiten seguir la progresiva constitución del objeto, advertimos perfectamente que ahí hay, al menos en cierta medida, falsas ventanas. No creo que ni el objeto genital ni el objeto pregenital tengan allí ninguna otra importancia significativa, salvo la de rematar la belleza de los mencionados cuadros sinópticos.

Lo que constituye el valor de esta relación de objeto y es su eje, lo que ha introducido en la dialéctica analítica la noción de objeto, es ante todo lo que se llama el objeto parcial. El término está tomado del vocabulario de Abraham, de una forma que por otra parte no es del todo exacta, pues de lo que él habló fue de amor parcial del objeto, y este deslizamiento ya es en sí mismo significativo. Este objeto parcial, no es preciso mucho esfuerzo para identificarlo pura y simplemente con el falo del que nosotros hablamos, y del que podemos hablar con tanta más comodidad al haberle dado precisamente el peso que le corresponde, lo cual al mismo tiempo nos alivia de cualquier malestar cuando lo usamos como un objeto privilegiado. Sabemos por qué merece este privilegio — lo merece en calidad de significante. Si los autores han llegado a no hablar de él en absoluto, cuando se encuentra casi en todo el análisis, es debido a su extraordinaria incomodidad ante la concesión de tal privilegio a un órgano particular.

Si releen ustedes estos artículos, constatarán como un hecho sorprendente, de primer orden, presente en todas esas páginas, que el falo lo toman — no sólo el psicoanalista en cuestión sino todos aquellos que lo escuchaban — en el registro del fantasma. En la perspectiva del autor, la cura de la neurosis obsesiva gira enteramente alrededor de la incorporación o introyección imaginaria del falo que aparece en el diálogo analítico bajo la forma del falo atribuido al analista, al que se refieren todos los fantasmas.

Aquí habría dos fases. En la primera, los fantasmas de incorporación y de devoración de este falo fantasmático tendrían un carácter netamente agresivo, sádico, y al mismo tiempo dicho falo sería percibido como horrible y peligroso. Estos fantasmas tendrían un valor revelador de la posición del sujeto respecto al objeto constituyente del estadio, en este caso cierta segunda fase del estadio sádico-anal, marcado por tendencias fundamentales a la destrucción del objeto. De ahí se pasaría a una segunda fase, en la cual se empezaría a respetar la autonomía del objeto al menos bajo una forma parcial.

Toda la dialéctica del momento — momento subjetivo, diríamos nosotros aquí — en la que se sitúa el neurótico obsesivo dependería del mantenimiento de una determinada forma del objeto parcial. Alrededor de esta última se podría instituir un mundo que no estuviera enteramente condenado a una profunda destrucción debido al estadio inmediatamente subyacente al equilibrio precario alcanzado por el sujeto. Nos presentan al obsesivo, en efecto, como siempre dispuesto a precipitarse a una destrucción del mundo, porque además, en la perspectiva en la que se expresa el autor, se piensa en términos de relación del sujeto con su entorno. Mediante el mantenimiento del objeto parcial — mantenimiento que requiere todo un tinglado, precisamente lo que constituye la neurosis obsesiva — evitaría precipitarse en una psicosis siempre amenazante. Esto es considerado por el autor, sin la menor duda, como la base misma del problema.

Con todo, por fuerza se ha objetar que, cualesquiera que sean los síntomas parapsicóticos del obsesivo — por ejemplo despersonalización, trastornos del yo, sentimiento de extrañeza, oscurecimiento del mundo, sentimientos todos ellos que afectan al color, tal vez incluso a la estructura del yo —, los casos de transición entre la obsesión y la psicosis, aunque siempre han existido, siempre han sido muy infrecuentes. Los autores se percataron hace mucho tiempo de que, por el contrario, había una especie de incompatibilidad entre ambas afecciones. Cuando se trata de una verdadera neurosis obsesiva, se corre el riesgo en un psicoanálisis de no curar al sujeto, pero verlo precipitarse en la psicosis es un riesgo que parece extraordinariamente fantasmático, porque ciertamente es el más remoto. Que el

obsesivo, durante un análisis, incluso a continuación de una intervención terapéutica lamentable, aun salvaje, se precipite en la psicosis es muy, muy, muy raro. Personalmente, no lo he visto nunca en mi práctica, gracias a Dios. Tampoco he tenido nunca la impresión de que fuera un riesgo que corriera con tales pacientes.

Una apreciación como ésta ha de traicionar algo más que una simple falta de discernimiento en la experiencia clínica. Al parecer la preocupación por asegurar la coherencia de su teoría lleva al autor más lejos de lo que él quiere. Muy probablemente hay también, sin duda, algo que va todavía más lejos y que obedece a determinada posición del propio autor frente al obsesivo. Aquí no se trata de hablar de la contratransferencia de una persona particular sino de la contratransferencia en el sentido más general, en el que puede considerarse constituida por lo que a menudo llamo los prejuicios del analista, dicho de otra manera, el fondo de las cosas dichas o no dichas sobre las que se articula su discurso.

Esta práctica se ve, pues, llevada, en la terapéutica particular de la neurosis obsesiva, a tomar como eje el fantasma de incorporación imaginaria del falo, el falo del analista. No se ve bien en qué momento, ni por qué, se produce el vuelco, salvo por lo que puede suponerse que es cierto efecto de desgaste. A decir verdad, tiene algo de misterioso. Hay un momento, nos dicen, en que, debido a un *working through*, a una insistencia del tratamiento, la incorporación del fantasma fálico se le manifiesta al sujeto con un valor completamente distinto. Lo que parece haber sido en los fantasmas la incorporación de un objeto peligroso y en cierto modo rechazado cambia de pronto de carácter, suscita una aceptación, se convierte en un objeto acogido, un objeto fuente de potencia — *fuerza*, la palabra está ahí, no soy yo quien ha producido esta metáfora.

Esta introyección convertida, dicen, en conservadora, *no tiene rasgos en común con la comunión religiosa, en la que se traga sin masticar*, añaden para comentar el *sentimiento de felicidad* que proporcionaría este fantasma, *y no supondría ninguna destrucción parecida en este punto a las fantasías de succión melancólicas de Abraham*.

Estos elementos no han sido elegidos de forma tendenciosa. Ciertamente, tenemos la sensación de que en un análisis dirigido de esta forma ocurre algo así como una especie de ascesis que opera principalmente sobre los fantasmas — sin duda mediante una dosificación, barreras, un freno, etapas, con todas las precauciones que implica la técnica — y que le permite al sujeto de la neurosis obsesiva entrar en nuevas relaciones con el objeto. No queda tan claro lo que con ello se pretende, que el autor llama

la distancia tomada respecto del objeto. Si he entendido bien, se trata de permitirle al sujeto acercarse más al objeto, pasar por una fase en la que esta distancia queda anulada para, a continuación, sin duda — al menos así hay que esperarlo —, reconquistarla. Un objeto que sucesivamente ha concentrado sobre sí todos los poderes del miedo y del peligro se convierte luego en el símbolo mediante el cual se establece una relación libidinal considerada más normal y calificada de genital.

En nuestra perspectiva, permanecemos quizás un poco más severos que el autor que se congratula de haber alcanzado el objetivo porque obtuvo de una enferma, al cabo de cierto número de meses de tratamiento, la siguiente declaración — *He tenido una experiencia extraordinaria, la de poder gozar de la felicidad de mi marido, me ha conmovido muchísimo constatar su alegría y su placer me ha proporcionado placer*.

Les ruego que ponderen estas palabras. Ciertamente, no carecen de valor. Describen muy bien una experiencia que no implica que se haya suprimido la anterior frigidez de esta paciente. La extraordinaria experiencia de poder gozar de la felicidad del marido es algo que se observa con frecuencia, pero no significa en absoluto que la enferma haya alcanzado el orgasmo. La enferma sigue siendo, nos dicen, semifrígida. Por eso sorprende un poco que el autor añada inmediatamente después — *¿No es ésta la mejor descripción de relaciones genitales adultas?*

La noción de relaciones genitales adultas es evidentemente lo que le da a toda esta perspectiva su carácter de construcción de falsas ventanas. La relación genital adulta — no se ve muy bien qué quiere decir eso cuando se examina detenidamente.

Cuando el autor trata de explicarse al respecto, no parece que encuentre la simplicidad ni la unidad que ello parece implicar — *En cuanto a la afirmación de la coherencia del Yo, no sólo está relacionada con la desaparición de la sintomatología obsesiva y los fenómenos de despersonalización, sino que se traduce en el acceso a un sentimiento de libertad en la unidad que es una experiencia nueva para estos sujetos*. Estos planteamientos optimistas tampoco se corresponden demasiado con nuestra experiencia de lo que representan realmente progreso y curación en la neurosis obsesiva.

Vemos ahí ciertamente a qué especie de montaña, de muralla, de concepción estereotipada nos enfrentamos cuando se trata de apreciar qué es una estructura obsesiva, cómo es vivida y cómo evoluciona. Aquí tratamos de articular las cosas en un registro muy distinto. No creemos ser más complicado que otros, y si llegan ustedes a familiarizarse con las medidas que

aquí ponemos en juego, contándolas verán que, al fin y al cabo, todo esto no supone muchas más cosas, simplemente está articulado de otra forma, menos unilineal.

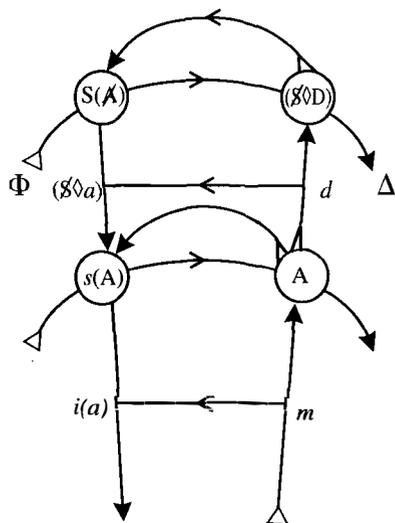
Ya sé que el deseo de tener un cuadro sinóptico que corresponda o que se oponga al de la Sra. Ruth Mack-Brunswick está en lo más hondo del corazón de bastantes de los oyentes. Tal vez lo consigamos un día, pero antes quizá convendría ir paso a paso y empezar criticando la noción del falo como objeto parcial, cuyo empleo actual, que supone claros peligros, hemos de poner en su sitio.

Este sitio es el que trataremos de articular con este pequeño esquema.

2

Podríamos cubrir todo el esquema de signos y de ecuaciones, pero no quiero darles una impresión artificiosa, aunque he tratado de reducir las cosas a su necesidad esencial.

Ya hemos situado aquí la A mayúscula del Otro, donde se encuentra el código y que acoge la demanda. El significado del Otro se produce en el paso desde A hasta el punto donde se encuentra el mensaje. Después, la

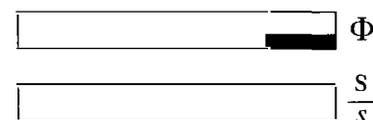


necesidad esbozada aquí se encuentra ahí transformada, y adquiere distintas cualidades en los distintos niveles. Si consideramos esta línea como la de la realización del sujeto, al final se traduce en algo siempre más o menos relacionado con una identificación, es decir, con la remodelación, la transformación también, el paso, a fin de cuentas, de la necesidad del sujeto por los desfiladeros de la demanda.

Ahora bien, sabemos que con esto no basta para constituir un sujeto satisfactorio, un sujeto que se sostenga en la cantidad de puntos de apoyo que necesita, digamos cuatro. Por eso hay un campo más allá de la demanda.

En él se articula primero lo que ya hemos tratado de definir calificándolo de significativo del deseo, en su lugar topológico, y que les he presentado formalmente así — Φ . Hay en efecto una necesidad, vinculada con esta topología, de que sea en el campo del más allá de la demanda donde se sitúe el deseo sexual, quedando sometido al mismo tiempo a la articulación característica de este más allá.

Aquí hay coincidencia entre la línea donde se inscribe la pulsión, la tendencia propiamente dicha, y el lugar asignado a la Φ mayúscula en el más allá de la demanda — debido a la necesidad estructural de que algo se superponga al conjunto de los significantes para hacer de él un significado, es decir, lo que habitualmente ponemos debajo de la barra de nuestra articulación S mayúscula sobre s minúscula. Aquí, en primer lugar, el significado es un *a significar*.



El falo es aquel significante particular que, en el cuerpo de los significantes, está especializado en designar el conjunto de los efectos del significante, en cuanto tales, sobre el significado. Esto es ir lejos, pero no hay forma de ir menos lejos para darle su significación al falo. Ocupa aquí un lugar privilegiado en aquello significante que va a producirse en el más allá del deseo, o sea, todo el campo que se sitúa más allá del campo de la demanda.

En la medida en que este más allá del deseo está simbolizado, existe la posibilidad — es una simple articulación del sentido de lo que decimos —

de que haya aquí una relación del sujeto con la demanda en cuanto tal (§ \diamond D). Es bastante evidente que tal relación supone que el sujeto no se encuentre completamente incluido en ella hasta el momento en que este más allá se constituya, si acaso, por hipótesis, se constituye articulándose gracias al significante falo.

En el más acá, que es el campo de la demanda, el puro y simple Otro dicta toda la ley de la constitución del sujeto, aunque sólo fuese tomándolo, simplemente, en el plano de la existencia de su cuerpo, por el hecho de que su madre es un ser hablante. El hecho de que ésta es un ser hablante es absolutamente esencial, con independencia de lo que piense Spitz. No sólo hay frotectitos, masajes con agua de colonia, para constituir una relación con la madre, es preciso que la madre le hable, todo el mundo lo sabe. No sólo que le hable, sin duda, pero una nodriza muda no dejaría de tener algunas consecuencias bastante visibles en el desarrollo del niño de pecho.

Más allá de este Otro, si del significante se constituye algo llamado el más allá del deseo, tenemos pues la posibilidad de la relación (§ \diamond D). § es el sujeto propiamente dicho, un sujeto menos completo, tachado. Esto quiere decir que un sujeto humano completo nunca es un puro y simple sujeto del conocimiento, como toda la filosofía lo construye, que corresponda perfectamente al *percipiens* de ese *perceptum* que es el mundo. Nosotros sabemos que no hay sujeto humano que sea puro sujeto del conocimiento, salvo que lo reduzcamos a una célula fotoeléctrica o a un ojo, o bien a lo que llaman en filosofía una conciencia. Pero como nosotros somos analistas, sabemos que siempre hay una *Spaltung*, es decir, siempre hay dos líneas en las que el sujeto se constituye. De ahí nacen, por otra parte, todos los problemas de estructura que nos son propios.

Aquí, arriba a la izquierda, ¿qué es lo que ha de constituirse? Es precisamente lo que he llamado, no ya el significado de A, $s(A)$, sino el significante de A, $S(A)$, en tanto que, esta *Spaltung*, la conoce, está él mismo estructurado por ella, ya ha experimentado sus efectos. Esto significa que ya está marcado por aquel efecto de significante que es significado por el significante falo. Es, pues, A en la medida en que, en él, el falo está tachado, elevado al estado de significante. Este Otro en cuanto castrado se presenta aquí en el lugar del mensaje. Los términos están invertidos con respecto al mensaje del piso inferior. El mensaje de deseo es esto.

Ello no significa, sin embargo, que este mensaje sea fácil de recibir, debido precisamente a la dificultad de articulación del deseo por la cual hay

un inconsciente. Dicho de otra manera, de hecho, lo que aquí se presenta en el nivel superior del esquema nos lo hemos de imaginar ordinariamente en el nivel inferior, no articulado en la conciencia del sujeto aunque perfectamente articulado en su inconsciente. Si es, incluso, es porque está articulado en su inconsciente. Ésta es la pregunta que planteamos aquí — es articulable en la conciencia del sujeto, pero hasta cierto punto, y se trata de saber cuál.

¿Qué nos muestra la histórica de la que hablamos la última vez? La histórica, desde luego, no está psicoanalizada, de lo contrario, por hipótesis, ya no sería histórica. La histórica, dijimos, sitúa este más allá bajo la forma de un deseo en cuanto deseo del Otro. Luego les justificaré esto un poco más, pero ya les digo — porque es preciso, si se trata de articular algo, empezar comentándolo — que las cosas son así.

En el primer bucle, el sujeto, mediante la manifestación de la necesidad, de su tensión, franquea la primera línea significativa de la demanda, y podemos poner aquí, para topologizar las cosas, la relación del yo (*moi*) con la imagen del otro, el otro imaginario. Igualmente, en el segundo bucle, la *d* minúscula del deseo — que, en el Otro en cuanto Otro con mayúscula, le permite al sujeto abordar ese más allá a significar que es el campo que estamos explorando, el de su deseo — ocupa el lugar correspondiente al de *m* minúscula, lo cual expresa simplemente esto, que allí donde el sujeto ha tratado de articular su deseo es donde se encontrará con el deseo del Otro.

Desde hace tiempo se lo he articulado a ustedes en otros términos, pero también con esta fórmula — el deseo en cuestión, en particular el deseo en su función inconsciente, es el deseo del Otro. Fórmula basada en la experiencia y verificada cuando hablamos la última vez de la histórica a propósito de los sueños.

Retomemos ese hilo.

3

No son sueños escogidos, de la misma forma que no les doy textos de Freud escogidos.

Si se ponen ustedes a leer a Freud, como parece que empieza a ocurrir, por mucho que insistiera en que lo leyeran del todo no insistiría demasia-

do, de lo contrario corren el riesgo de tropezar con pasajes que aunque tal vez no estén escogidos no dejarán de ser fuente de toda clase de errores, incluso de falsos reconocimientos. Han de ver ustedes en qué lugar se sitúa determinado texto en, yo no diría el desarrollo de un pensamiento — aunque esto sea lo que conviene decir, pero desde que se habla de pensamiento, el término está tan trillado que nunca se sabe muy bien de qué se habla —, el desarrollo de una investigación, el esfuerzo de alguien que tiene, él sí, alguna idea de su campo magnético, por decirlo así, y sólo puede alcanzarlo a través de cierto rodeo. Es por el conjunto del camino recorrido como hay que juzgar cada unos de sus rodeos.

Así, no he elegido de cualquier manera los dos sueños de la última vez, de la histérica. Ya les expliqué cómo los había tomado. Tomé el primer sueño porque lo encontré después de otros sueños que no había tomado de entrada por razones que les expliqué. Ya hablaré de ellos. El sueño de la monografía botánica puede ayudarnos a entender lo que se trata de demostrar, pero como es un sueño de Freud convendrá explicarlo más adelante.

Primero prosigo con la articulación del sueño de la histérica.

La histérica nos ha mostrado que encuentra en el deseo del Otro lo que se puede llamar su punto de apoyo — no es un término cuyo uso me esté reservado, y si leen a Glover sobre la neurosis obsesiva verán que emplea exactamente el mismo término para decir que cuando se les quitan sus obsesiones a los neuróticos obsesivos, les falta un punto de apoyo. Como ven ustedes, el uso que hago aquí de los términos lo comparto con el resto de autores — todos tratamos de metaforizar nuestra experiencia, nuestras impresiones. La histérica toma, pues, su punto de apoyo, hemos dicho, en un deseo que es el deseo del Otro. Esta creación de un deseo más allá de la demanda es esencial, y ya lo hemos articulado, creo, suficientemente.

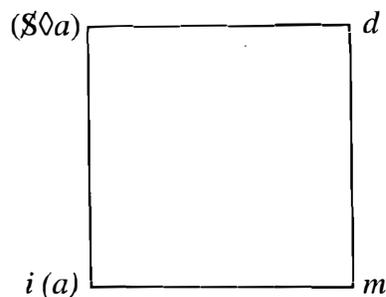
Puede mencionarse aquí un tercer sueño que no tuve tiempo de abordar la última vez, pero que puedo leerles perfectamente ahora — *Ella pone una vela en el candelero; la vela está rota, de modo que no se sostiene. Las niñas de la escuela dicen que es torpe; pero la maestra responde que no es culpa suya.*

He aquí cómo comenta Freud el sueño — *La ocasión era real; efectivamente, ayer había puesto una vela en el candelero; pero no estaba rota. Esto es simbólico, en verdad se sabe qué significa la vela — si no se sostiene bien, indica la impotencia del hombre. Y Freud destaca el No es culpa suya, Es sie nicht ihre Schuld.*

Pero ¿cómo puede esta joven, cuidadosamente educada, alejada de todas las cosas feas, conocer este empleo de la vela? Entonces nos enteramos de que con ocasión de un paseo en canoa ha escuchado una canción de estudiantes muy inconveniente, sobre el uso que hacía la reina de Suecia, con los postigos cerrados, de las velas de Apolo. Ella no había entendido la última palabra. Su marido se lo explicó, por supuesto, los postigos cerrados, Apolo, y entonces todo se entiende y se divierten como corresponde.

Vemos aparecer aquí en estado de desnudez, por así decirlo, y aislado, en estado de objeto parcial, si no volante, el significante falo. Aunque no sepamos de qué momento del análisis de la enferma — porque sin duda está en análisis — se ha extraído este sueño, el punto importante está evidentemente en el *No es culpa suya*. Se trata de que se sitúa en el nivel de los otros, ocurre delante de todos los otros, y si todas las compañeras de colegio dejan de burlarse es en función de la maestra. Aquí se evoca el símbolo del Otro, lo cual coincide con y confirma — a eso voy — lo que ya estaba presente en el sueño llamado de la bella carnicera, o sea, que en la histeria, en suma una forma de constitución del sujeto que concierne precisamente a su deseo sexual, se debe destacar no sólo la dimensión del deseo en cuanto opuesta a la de la demanda, sino sobre todo el deseo del Otro, la posición, el lugar del deseo del Otro.

Les recordé cómo vive Dora hasta el momento en que se descompensa su posición histérica. Está muy a gusto, con la excepción de algunos pequeños síntomas, pero que son precisamente los que la constituyen como histérica y se leen en la *Spaltung* de estas dos líneas. Volveremos a hablar de la sobredeterminación del síntoma, vinculada con la existencia de estas dos líneas significantes. Lo que mostramos el otro día es que Dora subsiste como sujeto en la medida en que demanda amor, como toda buena histérica, pero también en la medida en que sostiene el deseo del Otro en cuanto tal — ella es quien lo sostiene, ella es su apoyo. Todo va muy bien, se desarrolla de la mejor manera del mundo, y sin que nadie se meta. Decir que sostiene el deseo del Otro es la expresión más adecuada para el estilo de su posición y de su acción en relación con su padre y la Sra. K. Como se lo indiqué, si toda la pequeña construcción es posible es porque resulta que ella se identifica con el Sr. K. Frente al deseo, sostiene en este lugar cierta relación con el otro, en este caso imaginario, indicada por (♠ ◊ ♠).



Aquí se dibuja un pequeño cuadrado cuyos cuatro vértices representan el yo, la imagen del otro, la relación del sujeto, en este caso constituido, con el otro imaginario, y el deseo. Son los cuatro pies en los que normalmente se puede sostener un sujeto humano, constituido en cuanto tal, es decir que no está ni más ni menos enterado del uso de sus vísceras que del mecanismo que tira de las cuerdas de la marioneta del otro en la que se ve, es decir, con la que es capaz, o casi, de situarse.

El sujeto histérico está aquí, frente al deseo del Otro, y, como lo mostré la última vez, las cosas no van más allá, porque a fin de cuentas se puede decir que, en el histérico, la línea de retorno de $(§∅a)$ hacia $i(a)$ está más desdibujada. Por esta razón, por otra parte, la histérica tiene ciertamente toda clase de dificultades con su imaginario, representado aquí por la imagen del otro, donde puede ver que se producen efectos de despedazamiento, diversas desintegraciones que son lo que le sirve en su síntoma.

Así es en el histérico. ¿Cómo articular ahora lo que ocurre en una estructura obsesiva?

Por el contrario, la neurosis obsesiva es más complicada que la neurosis histérica, pero no mucho más. Si se consigue centrar las cosas en lo esencial, es posible articularla, pero si no se hace, como ocurre seguramente en el autor del que acabo de hablarles, Bouvet, se pierde uno y nada literalmente entre lo sádico, lo anal, el objeto parcial, la incorporación, la distancia respecto al objeto. Ya no sabe uno literalmente a qué santo encomendarse. Es demasiado diverso clínicamente, como lo muestra el autor en sus observaciones — que apenas parece posible reunir en una misma rúbrica clínica — bajo los nombres de Pedro y de Pablo, aparte de los de Mónica y Juana. En el material clínico del informe sobre *el Yo*, sólo están Pedro y Pablo. Ahora bien, manifiestamente, Pedro y Pablo son sujetos completamente distintos desde el punto de vista de la textura del objeto. Apenas se los puede poner en la misma rúbrica — lo cual en sí no es una

objección, porque por ahora tampoco estamos en condiciones de articular otras rúbricas nosológicas como ésas.

Es muy chocante ver que, con el tiempo que hace que practicamos la neurosis obsesiva, somos incapaces de enumerarla como manifiestamente nos lo impondría la clínica, en vista de la diversidad de los aspectos que nos presenta. En Platón, recuerda uno el trayecto adecuado del cuchillo del buen cocinero, el que sabe cortar entre las articulaciones. En el estado actual de las cosas, nadie, y particularmente de entre quienes se han ocupado de la neurosis obsesiva, es capaz de articularlo de forma conveniente. Sin duda esto es índice de alguna carencia teórica.

Seguiremos desde el punto donde nos encontramos.

¿Qué hace el obsesivo para consistir en cuanto sujeto? Es como el histérico, nos lo podemos figurar. Con anterioridad a toda elaboración seria, o sea, antes de Freud, un Janet pudo hacer un trabajo muy curioso de superposición geométrica, de correspondencia punto por punto de imágenes, como se dice en geometría, de transformación de figuras, en el que el obsesivo es concebido, por así decirlo, como un histérico transformado. El obsesivo también está orientado hacia el deseo. Si no se tratara, en todo y ante todo, del deseo, no habría homogeneidad en las neurosis.

Pero, en fin, en su última articulación, ¿qué nos dice Freud? ¿Cuál es su última palabra sobre la neurosis obsesiva que nos transmite la teoría clásica?

Freud dijo muchas cosas a lo largo de su carrera. En primer lugar advirtió que lo que podemos llamar el trauma primitivo del obsesivo se opone al trauma primitivo del histérico. En el histérico es una seducción súbita, una intrusión, una irrupción de lo sexual en la vida del sujeto. En el obsesivo, hasta donde el trauma psíquico soporta la crítica de la reconstrucción, el sujeto ha tenido por el contrario un papel activo con el que ha obtenido placer.

Éste era el primer enfoque. Luego está todo el desarrollo del *Hombre de las Ratas*, a saber, la aparición de la extremada complejidad de sus relaciones afectivas, y especialmente el énfasis que se pone en la ambivalencia afectiva, la oposición activo-pasivo, masculino-femenino, y, lo más importante de todo, el antagonismo odio-amor. Por otra parte, hay que releer el *Hombre de las Ratas* como la Biblia. El caso está repleto de todo lo que todavía queda por decir sobre la neurosis obsesiva, es un tema de trabajo.

¿A qué llegó Freud finalmente, como última fórmula metapsicológica? Las experiencias clínicas y la elaboración metapsicológica sacaron a la luz

las tendencias agresivas, y éstas le llevaron a establecer aquella distinción entre instintos de vida e instintos de muerte que no ha dejado de atormentar a los analistas. Según Freud, en el obsesivo ha habido defusión de las intrincaciones precoces de los instintos de vida y los instintos de muerte. La separación de las tendencias a la destrucción se ha producido en él en un estadio demasiado precoz como para no haber marcado toda la continuación de su desarrollo, su instalación en su subjetividad particular.

¿Cómo va a insertarse esto en la dialéctica que yo les expongo? De una forma mucho más inmediata, concreta, sensible. Estos términos de demanda y de deseo, si empiezan ustedes a encontrar su lógica en su cerebro, les descubrirán un uso cotidiano, al menos en su práctica analítica. Podrán convertirlo en algo usual, antes de que se gaste, pero siempre se encontrarán preguntándose si se trata del deseo y de la demanda, o del deseo o de la demanda.

¿Qué quiere decir lo que acabamos de recordar sobre los instintos de destrucción? Estos se manifiestan en la experiencia, que de entrada hay que tomar en el plano vulgar, común, de lo que conocemos de los obsesivos — ni siquiera de los que analizamos sino de aquellos a quienes, simplemente a modo de psicólogos avisados, vemos vivir y somos capaces de medir las incidencias de la neurosis en su comportamiento. No hay duda de que el obsesivo tiende a destruir su objeto. Se trata simplemente de no conformarse con lo que es casi una verdad de experiencia, y ver más detenidamente qué es la actividad destructiva del obsesivo.

Esto es lo que les propongo.

Como la experiencia lo pone perfectamente de manifiesto, la histérica vive enteramente en el nivel del Otro. El énfasis, en su caso, es estar en el plano del Otro, y por eso necesita un deseo del Otro, pues de lo contrario el Otro, ¿qué sería sino la ley? El centro de gravedad del movimiento constitutivo de la histérica está en primer lugar en el Otro. De la misma forma, por razones que no son imposibles de articular, que son, en suma, idénticas a lo que dice Freud cuando habla de la precoz defusión de los instintos, lo constitutivo del obsesivo es que apunta al deseo en cuanto tal, al más allá de la demanda. Pero con una diferencia patente con respecto a la histérica.

Quisiera que tuvieran ustedes alguna experiencia de lo que es un niño que va a convertirse en un obsesivo. Creo que no hay jóvenes sujetos en quienes sea más sensible lo que traté de articularles la última vez cuando les representaba que, en este margen de la necesidad, de alcance por fuerza limitado — como se habla de una sociedad de responsabilidad limitada,

porque la necesidad siempre tiene un alcance limitado —, en este margen, pues, entre la necesidad y el carácter incondicionado de la demanda de amor, se sitúa lo que llamé el deseo. ¿Cómo lo definí, este deseo, en cuanto tal? Como algo que, precisamente porque ha de situarse en este más allá, niega el elemento de alteridad incluido en la demanda de amor.

Pero para conservar el carácter incondicionado de esta demanda transformándolo en condición absoluta del deseo, en el deseo en estado puro, el Otro es negado. Por el hecho de que el sujeto ha tenido que conocer, franquear lo incondicionado de la demanda de amor, que tiene un carácter límite, resulta que este carácter permanece y es transferido a la necesidad.

El niño que se convertirá en un obsesivo es aquel niño de quien los padres dicen — convergencia de la lengua usual con la lengua de los psicólogos — *que tiene ideas fijas*. No tiene ideas más extraordinarias que cualquier otro niño si nos fijamos en el material de su demanda. Pedirá una cajita. En verdad, una cajita no es gran cosa, y en muchos niños nadie se fijará en absoluto en esta demanda de la cajita, salvo los psicoanalistas, por supuesto, que verán en ello toda clase de sutiles alusiones. Ciertamente, no se equivocan, pero considero más importante ver que hay algunos niños, de entre todos los niños, que piden cajitas y cuyos padres encuentran que esta exigencia de la cajita es propiamente intolerable — y es intolerable.

Sería una equivocación creer que bastaría con mandar a esos padres a la escuela de padres para que se pongan al día, porque, contra lo que se suele decir, los padres tienen algo que ver en ello. Si se es obsesivo, no es sin motivo. Se necesita un modelo en alguna parte. De acuerdo, pero tal como se recibe, el aspecto de *idea fija* que acusan los padres es completamente discernible y siempre es inmediatamente discernido, incluso por personas que no forman parte de la pareja parental.

En esta exigencia tan particular que se manifiesta en cómo pide el niño una cajita, lo que es intolerable para el Otro y la gente llama de forma aproximada la idea fija, es que no es una demanda como las otras sino que presenta un carácter de condición absoluta, el mismo que les he designado como propio del deseo. Por razones que, como ven, se corresponden con lo que llaman en este caso pulsiones fuertes, el énfasis recae, en el sujeto, en lo que será el elemento de la primera fundación de este trípode — luego, para sostenerse, deberá tener cuatro patas —, a saber, en el deseo. Y no sólo en el deseo sino en el deseo en cuanto tal, es decir, en tanto que en su constitución supone la destrucción del Otro. El deseo es forma absoluta de

la necesidad, de la necesidad elevada al estado de condición absoluta, en la medida en que está más allá de la exigencia incondicionada del amor, y a veces puede ponerla a prueba.

De por sí, el deseo niega al Otro en cuanto tal, y esto es ciertamente lo que lo hace tan intolerable, como el deseo de la cajita en el niño.

Presten mucha atención, porque no estoy diciendo lo mismo cuando digo que el deseo es la destrucción del Otro y cuando digo que la histérica va a buscar su deseo en el deseo del Otro. Cuando digo que la histérica va a buscar su deseo en el deseo del Otro, se trata del deseo que ella atribuye al Otro. Cuando digo que el obsesivo hace pasar su deseo por delante de todo, quiere decir que va a buscarlo más allá, poniendo la mira en él, propiamente, en su constitución de deseo, es decir, en la medida en que, en cuanto tal, destruye al Otro. Aquí está el secreto de la contradicción profunda que hay entre el obsesivo y su deseo. Enfocado de esta forma, el deseo lleva en sí mismo esta contradicción interna que constituye el callejón sin salida del deseo del obsesivo y que los autores tratan de traducir hablando de esos perpetuos vaivenes instantáneos entre introyección y proyección.

Debo decir que es algo extremadamente difícil de representarse, sobre todo cuando se nos ha indicado suficientemente, como hace el autor mencionado en determinados lugares, hasta qué punto el mecanismo de introyección y el de proyección carecen de relación. Yo se lo he articulado a ustedes con mucha más fuerza que este autor, pero de todas formas han de partir de esto, a saber, que el mecanismo de proyección es imaginario y el mecanismo de introyección es simbólico. No tienen absolutamente ninguna relación.

Por el contrario, pueden ustedes concebir, y comprobarlo en la experiencia a condición de estar atentos, que el obsesivo está habitado por deseos que, si meten ustedes la mano, verán proliferar como una extraordinaria plaga. Si dirigen ustedes el cultivo de la neurosis obsesiva en la dirección del fantasma — basta con muy poco, basta con tener los elementos de su transferencia, la de ustedes, esos de los que he hablado antes —, verán proliferar esa plaga casi en cualquier sitio. Por eso no dura mucho, el cultivo de la neurosis obsesiva.

Pero en fin, para ver lo esencial, ¿qué ocurre cuando el obsesivo, de vez en cuando, reuniendo todo su coraje, se pone a tratar de franquear la barrera de la demanda, es decir, parte en busca del objeto de su deseo? En primer lugar, no lo encuentra fácilmente. Con todo, hay bastantes cosas que ya conoce y que pueden servirle de apoyo, aunque sea la cajita. Está claro

que en este camino es donde le acontecen los accidentes más extraordinarios, que tratará de justificar de distintas formas con la intervención del superyó y de mil otras funciones que, por supuesto, existen. Pero mucho más radicalmente que todo esto, el obsesivo, en tanto que su movimiento fundamental se dirige hacia el deseo en cuanto tal y, ante todo, en su constitución de deseo, se ve llevado a apuntar a lo que nosotros llamamos la destrucción del Otro.

Ahora bien, es propio del deseo necesitar el apoyo del Otro. El deseo del Otro no es una vía de acceso al deseo del sujeto, es el lugar del deseo, sin más, y en el obsesivo todo movimiento hacia su deseo tropieza con una barrera absolutamente tangible, por así decirlo, en el movimiento de su libido. En la psicología de un obsesivo, cuanto más desempeña algo el papel del objeto, aunque sea momentáneo, del deseo, más se manifiesta la ley de aproximación del sujeto con respecto a este objeto, literalmente en una bajada de tensión libidinal. Hasta tal punto que cuando lo tiene, este objeto de su deseo, para él ya no existe nada más. Es absolutamente observable y trataré de demostrárselo mediante ejemplos.

Así, para el obsesivo todo el problema es encontrarle un soporte a este deseo — que para él condiciona la destrucción del Otro, con la cual el propio deseo desaparece. Aquí no hay Otro con mayúscula. No digo que el Otro con mayúscula no exista para el obsesivo, digo que cuando se trata de su deseo no lo hay, y por esta razón busca lo único que, en ausencia de este punto de referencia, puede mantener en su sitio dicho deseo. Todo el problema del obsesivo es encontrarle a su deseo lo único que puede darle una apariencia de punto de apoyo, lo correspondiente a aquel punto que la histérica, por su parte, gracias a sus identificaciones, ocupa con tanta facilidad, a saber, lo que está frente a *d*, la fórmula *Œ* con respecto a *a* minúscula.

La histérica encuentra el punto de apoyo de su deseo en la identificación con el otro imaginario. Lo que ocupa este lugar y su función en el obsesivo es un objeto que siempre — bajo una forma sin duda velada pero identificable — se puede reducir al significante falo.

Con esto terminaré hoy. A continuación verán las consecuencias que ello tiene en lo referente al comportamiento del obsesivo respecto a este objeto y también respecto al otro con minúscula. La próxima vez les mostraré cómo de esto se deduce cierto número de verdades mucho más corrientes, por ejemplo que el sujeto sólo puede centrar verdaderamente su deseo oponiéndose a lo que llamaremos una virilidad absoluta. Y, por otro lado, en la

medida en que ha de mostrar su deseo, pues para él ésta es la exigencia esencial, sólo puede mostrarlo en otra parte, allí donde tiene que superar la proeza.

El aspecto de hazaña de toda la actividad del obsesivo encuentra aquí sus razones y sus motivos.

14 DE MAYO DE 1958

XXIII

EL OBSESIVO Y SU DESEO

Duplicidad del deseo

Significancia del fantasma

Guiones sádicos

Permiso, prohibición, hazaña

Significancia del acting out

A través de la exploración que proseguimos de las estructuras neuróticas en cuanto condicionadas por lo que llamamos las formaciones del inconsciente, la última vez llegamos a hablar del obsesivo y terminamos nuestro discurso diciendo que ha de constituirse frente a su deseo evanescente.

Empezamos a indicar, a partir de la fórmula *el deseo es el deseo del Otro*, por qué su deseo es evanescente. La razón se ha de buscar en una dificultad fundamental en su relación con el Otro, en tanto que éste es el lugar donde el significante ordena el deseo.

Esta dimensión es la que tratamos de articular aquí, porque creemos que a falta de distinguirla se introducen las dificultades en la teoría y las desviaciones en la práctica.

De paso, queremos que se den cuenta de cuál es el descubrimiento de Freud, cuál es el sentido de su obra si la consideran tras un recorrido suficiente y en su conjunto. Consiste en que el deseo se ordena por el significante — pero, por supuesto, dentro de este fenómeno, el sujeto trata de expresar, de manifestar en un efecto de significante en cuanto tal lo que ocurre en su propio abordaje del significado.

La misma obra de Freud se inserta, hasta cierto punto, en este esfuerzo. Se ha hablado mucho a propósito de él de un naturalismo, de un esfuerzo de reducción de la realidad humana a la naturaleza. Nada de eso. La obra de Freud es una tentativa de pacto entre el ser del hombre y la naturaleza. Este pacto se busca, sin duda, en algo distinto que en una relación de innatismo, porque en la obra de Freud el hombre siempre se experimenta en base al hecho de que se constituye como sujeto de la palabra, como Yo (*Je*) del acto de la palabra. ¿Cómo negarlo, si así es como se experimenta

en el análisis y de ninguna otra forma? El hombre se encuentra, pues, frente a la naturaleza en una postura distinta de la de un portador inmanente de la vida. Donde la relación del sujeto con la naturaleza encuentra con qué formularse es en el interior de su experiencia de la palabra.

Su relación con la vida resulta estar simbolizada mediante aquel señuelo que arranca de las formas de la vida, el significante del falo, y ahí está el punto central, la más sensible y la más significativa de todas las encrucijadas significantes que exploramos a lo largo del análisis del sujeto. El falo es el vértice, el punto de equilibrio. Es el significante por excelencia de la relación del hombre con el significado, y por esta razón se encuentra en una posición privilegiada.

La inserción del hombre en el deseo sexual está condenada a una problemática especial, cuyo primer rasgo es que ha de encontrar un lugar en algo que la precede, la dialéctica de la demanda, en la medida en que ésta siempre pide algo que es más que la satisfacción a la que apela, y va más allá. De ahí el carácter problemático y ambiguo del lugar donde se sitúa el deseo. Este lugar siempre está más allá de la demanda en tanto que la demanda apunta a la satisfacción de la necesidad, y está más acá de la demanda en tanto que la demanda, por estar articulada en términos simbólicos, va más allá de todas las satisfacciones a las que apela, es demanda de amor que apunta al ser del Otro, a obtener del Otro esta presentificación esencial — que el Otro dé lo que está más allá de toda satisfacción posible, su propio ser. A eso se apunta, precisamente, en el amor.

En el espacio virtual entre el requerimiento de la satisfacción y la demanda de amor es donde el deseo ha de ocupar su lugar y ha de organizarse. Por eso sólo podemos situarlo en una posición siempre doble con respecto a la demanda, a la vez más allá y más acá, según el aspecto que consideremos de la demanda — demanda con respecto a una necesidad o demanda estructurada en términos de significante.

El deseo desborda toda clase de respuesta en el plano de la satisfacción, reclama en sí mismo una respuesta absoluta, y entonces proyecta su carácter esencial de condición absoluta en todo lo que se organiza en el intervalo interior entre los dos planos de la demanda, el plano significado y el plano significante. En este intervalo es donde el deseo ha de ocupar su lugar y ha de articularse.

Por esta razón precisamente, el Otro se convierte en el relevo¹ del acceso del sujeto a su deseo. El Otro en cuanto lugar de la palabra, en tanto que es a

1. *Relais*. Se puede entender también como “intermediario”. [N. del T.]

él a quien se dirige la demanda, será también el lugar donde se ha de descubrir el deseo, donde se ha de descubrir su formulación posible. Ahí se ejerce en todo momento la contradicción, pues este Otro está poseído por un deseo — un deseo que, inauguralmente y fundamentalmente, es ajeno al sujeto. De ahí las dificultades de la formulación del deseo en las que tropezará el sujeto, y tanto más significativamente cuando le veamos desarrollar las estructuras neuróticas que el descubrimiento analítico ha permitido delinear.

Estas estructuras son distintas según se haga hincapié en la insatisfacción del deseo, y así es como la histérica aborda su campo y su necesidad, o en la dependencia respecto del Otro en el acceso al deseo, y así es como este abordaje se le propone al obsesivo. Por esta razón, lo dijimos al acabar la última vez, en el obsesivo ocurre aquí, en (§ $\diamond a$), algo que es distinto de la identificación histérica.

El deseo es para el histérico un punto enigmático, y nosotros seguimos dándole todavía, por decirlo así, esa especie de interpretación forzada característica de todos los primeros planteamientos del análisis de la histeria por parte de Freud.

En efecto, Freud no vio que el deseo está situado para el histérico en tal posición, que decirle *Desea usted a éste o a ésta* es siempre una interpretación forzada, inexacta, errada. Tanto en las primeras observaciones de Freud como más tarde en el caso de Dora, o incluso, si extendemos el sentido de la palabra histeria a aquel caso de la joven homosexual que comentamos extensamente aquí el año pasado, no hay ningún ejemplo en el que Freud no haya cometido un error y no haya obtenido al menos, sin ninguna clase de excepción, la negativa de la paciente a acceder al sentido del deseo de sus síntomas y de sus actos, cada vez que así ha procedido. En efecto, el deseo de la histérica no es deseo de un objeto sino deseo de un deseo, esfuerzo por mantenerse frente a ese punto donde ella convoca² a su deseo, el punto donde se encuentra el deseo del Otro.

2. *Appelle*. La polisemia de *appeller* cubre desde la llamada hasta la reclamación, la exigencia, el anhelo, la convocación. [N. del T.]

Por su parte, ella se identifica por el contrario con un objeto. Dora se identifica con el Sr. K, Elizabeth von R. se identifica con diversos personajes de su familia o de su entorno. Para calificar el punto donde se identifica con alguien, los términos de yo o de Ideal del yo son igualmente impropios — de hecho, ese alguien se convierte para ella en su otro yo. Se trata de un objeto cuya elección siempre fue expresamente articulada por Freud de una manera conforme con lo que estoy diciéndoles, a saber, que en la medida en que ella o él reconoce en otro, o en otra, los índices de su deseo, o sea, que ella o él se encuentra frente al mismo problema de deseo que ella o él, se produce la identificación — con todas las formas de contagio, de crisis, de epidemia, de manifestaciones sintomáticas, tan característicos de la histeria.

El obsesivo tiene otras relaciones, porque el problema del deseo del Otro se le presenta de una forma del todo distinta. Para articularlo, vamos a tratar de introducirnos a través de las etapas que nos ofrece la experiencia.

En cierto modo, poco importa por dónde abordemos la vivencia del obsesivo. De lo que se trata es de no olvidar su diversidad. Las vías trazadas por el análisis, esas por las que nuestra experiencia, titubeante, hay que decirlo, nos ha incitado a encontrar la solución del problema del obsesivo, son parciales o partidarias. Por supuesto, proporcionan un material. Este material y la forma en que es utilizado, lo podemos explicar de distintas formas en relación con los resultados obtenidos.

En primer lugar, podemos criticar dichas vías en sí mismas. Esta crítica ha de ser convergente. Si se deletrea la experiencia tal como se ha orientado efectivamente, se pone de manifiesto de forma indiscutible que tanto la teoría como la práctica han tendido a centrarse en la utilización de los fantasmas del sujeto. Ahora bien, el papel de los fantasmas en el caso de la neurosis obsesiva tiene algo de enigmático, pues el término de fantasma nunca se define. Hemos hablado aquí extensamente de las relaciones imaginarias, de la función de la imagen como guía, por decirlo así, del instinto, como canal, como indicación en el camino de las realizaciones instintivas. Sabemos por otra parte hasta qué punto en el hombre es reducido, magro, pobre, el uso — hasta donde se puede detectar con certeza — de la función de la imagen, pues parece reducirse a la imagen narcisista, especular. Es, sin embargo, una función extremadamente polivalente y no neutralizada, ya que funciona por igual en el plano de la relación agresiva y en el de la relación erótica.

¿Cómo podemos articular las funciones imaginarias esenciales, predominantes, de las que todo el mundo habla, que están en el corazón de la experiencia analítica, las del fantasma, en el punto donde nos encontramos?

Creo que ahí, en (§ $\diamond a$), el esquema que aquí presentamos nos abre la posibilidad de situar y articular la función del fantasma. Les pido que se lo representen en primer lugar de una forma intuitiva, teniendo en cuenta el hecho de que no se trata de un espacio real, por supuesto, sino de una topología donde pueden trazarse homologías.

La relación con la imagen del otro, $i(a)$, se sitúa en una experiencia integrada en el circuito primitivo de la demanda, en el cual el sujeto se dirige en primer lugar al Otro para la satisfacción de sus necesidades. Es, pues, en algún lugar de este circuito donde se produce la acomodación transactivista, el efecto de prestancia que pone al sujeto en una determinada relación con su semejante en cuanto tal. La relación de la imagen se encuentra así en el nivel de las experiencias e incluso del tiempo en que el sujeto entra en el juego de la palabra, en el límite del paso del estado *infans* al estado hablante. Una vez establecido esto, diremos que en el otro campo, allí donde buscamos las vías de la realización del deseo del sujeto mediante el acceso al deseo del Otro, la función del fantasma se sitúa en un punto homólogo, es decir en (§ $\diamond a$).

El fantasma lo definiremos, si les parece, como lo imaginario capturado en cierto uso de significante. Además esto se manifiesta y se observa de forma característica, aunque sólo sea cuando hablamos de los fantasmas sádicos, por ejemplo, que desempeñan un papel tan importante en la economía del obsesivo.

Nótese que si lo planteamos en estos términos, si calificamos de sádica la tendencia que estas manifestaciones representan para nosotros, es en relación con una determinada obra. Esta obra, por su parte, no se presenta como una investigación de los instintos sino como un juego que no bastaría con el término de imaginario para calificarlo, ni muchos menos, porque es una obra literaria. Nos referimos a escenas, a guiones, en suma — por lo tanto, es algo profundamente articulado en el significante. Pues bien, cada vez que hablamos de fantasma, no hay que obviar su aspecto de guión o de historia que constituye una dimensión esencial suya. No es una imagen ciega del instinto de destrucción, no se trata de que el sujeto — aunque yo mismo produzca una imagen para explicar lo que quiero decir — vea de pronto ahí delante a su presa, de color rojo, es algo que el sujeto articula en una escenificación en la que, además, se pone en juego él mismo. La fórmula S con su barrita, es decir, el sujeto en el punto más articulado de su presentificación con respecto a a minúscula, es muy válida aquí en cualquier clase de desarrollo propiamente fantasmático de lo que nosotros llamaremos la tendencia sádica, en tanto que puede estar implicada en la economía del obsesivo.

Advertirán ustedes que siempre hay una escena en la que el sujeto se presenta en el guión bajo formas diversamente enmascaradas, está implicado en imágenes diversificadas donde se presentifica un otro en cuanto semejante, también como reflejo del sujeto. Diré más — no se insiste lo suficiente en la presencia de cierto tipo de instrumento.

Ya me he referido a la importancia del fantasma de flagelación. Freud lo articuló especialmente como algo que parecería desempeñar un papel muy particular en el psiquismo femenino. Éste es uno de los aspectos de la comunicación precisa que hizo sobre el tema. Lo abordó desde cierto punto de vista debido a su experiencia, pero este fantasma está lejos de limitarse al campo de los casos de los que habló Freud en aquella ocasión. Si se examina detenidamente, tal limitación era perfectamente legítima, pues dicho fantasma desempeña un papel particular en cierto hito del desarrollo de la sexualidad femenina, y en un punto particular, precisamente en tanto que en él interviene la función del significante faló. Pero esta función no desempeña un papel menor en la neurosis obsesiva y en todos los casos en los que vemos surgir los fantasmas llamados sádicos.

¿Cuál es el elemento que le da su predominio enigmático a este instrumento? No se puede decir que su función biológica lo explique bien en forma alguna. Sería posible imaginarlo buscando por el lado de no sé qué relación con las excitaciones superficiales, las estimulaciones de la piel, pero ustedes pueden apreciar hasta qué punto tales explicaciones tendrían un carácter incompleto y casi artificial. La función de este elemento, que tan a menudo aparece en fantasmas, va unida a una plurivalencia significativa que hace decantarse la balanza hacia el significado, y no hacia algo que se pudiera relacionar con una deducción de orden biológico de las necesidades, o cualquier otra cosa.

Esta noción del fantasma como algo que sin lugar a dudas participa del orden imaginario pero, cualquiera que sea el punto donde se articule, sólo adquiere su función en la economía por su función significativa, nos parece esencial y hasta ahora no ha sido formulada de esta forma. Aún diría más — no creo que haya ninguna otra forma de concebir los llamados fantasmas inconscientes.

¿Qué es un fantasma inconsciente? — sino la latencia de algo que, como sabemos por lo que hemos aprendido sobre la organización de la estructura del inconsciente, es totalmente concebible como cadena significativa. Lo fundamental de la experiencia analítica es que hay en el inconsciente cadenas significantes que subsisten en cuanto tales, que desde ahí estructuran, actúan sobre el organismo, influyen en lo que surge en el exterior como

síntoma. Es mucho más difícil concebir la incidencia inconsciente de algo imaginario que poner el propio fantasma en el nivel de lo que, en su común medida, se presenta de entrada para nosotros en el nivel del inconsciente, a saber, el significante. El fantasma es esencialmente un imaginario capturado en una determinada función significativa.

De momento no puedo articular más este planteamiento, y les propongo simplemente que sitúen, en el punto S tachada con respecto a *a* minúscula, el efecto fantasmático. Su característica es la de ser una relación articulada y siempre compleja, un guión, que puede permanecer latente durante mucho tiempo en un punto determinado del inconsciente, pero sin embargo está organizada — así como un sueño, por ejemplo, sólo se concibe si la función del significante le proporciona su estructura, su consistencia y, al mismo tiempo, su insistencia.

Es un dato de la experiencia común, y ocupa el primer plano en la investigación analítica de los obsesivos, la confirmación del lugar que tienen en el obsesivo los fantasmas sádicos. Ocupan este lugar, pero no lo ocupan por fuerza de forma patente y manifiesta. Por el contrario, en el metabolismo obsesivo, las diversas tentativas del sujeto para reequilibrarse ponen de manifiesto cuál es el objeto de su tentativa de equilibrio, o sea, conseguir reconocerse con respecto a su deseo.

Cuando vemos a un obsesivo en bruto o en estado de naturaleza, tal como nos llega o se supone que nos llega a través de las observaciones publicadas, vemos a alguien que nos habla ante todo de toda clase de impedimentos, de inhibiciones, de obstáculos, de temores, de dudas, de prohibiciones. También sabemos de entrada que no será en ese momento cuando nos hable de su vida fantasmática, sino gracias a nuestras intervenciones terapéuticas o sus tentativas autónomas de solución, de salida, de elaboración de su dificultad propiamente obsesiva. Entonces nos confiará la invasión, más o menos predominante, de su vida psíquica por fantasmas. Ustedes saben hasta qué punto esos fantasmas pueden adquirir en algunos sujetos una forma verdaderamente invasiva, absorbente, cautivante, que puede engullir partes enteras de su vida psíquica, de sus vivencias, de sus ocupaciones mentales.

Calificamos estos fantasmas de sádicos — en este caso es una simple etiqueta. De hecho, nos plantean un enigma, porque no podemos conformarnos con articularlos como las manifestaciones de una tendencia, sino que hemos de ver en ellos una organización, ella misma significativa, de las relaciones del sujeto con el Otro. Para nosotros, de lo que se trata de dar una fórmula es del papel económico de esos fantasmas.

Dichos fantasmas tienen la característica en el sujeto obsesivo de permanecer es el estado de fantasmas. Sólo son realizados de forma completamente excepcional y sus realizaciones son para el sujeto, por otra parte, siempre decepcionantes. En efecto, en este caso observamos la mecánica de la relación del sujeto obsesivo con el deseo — a medida que intenta, por las vías que se le proponen, acercarse al objeto, su deseo se amortigua, hasta llegar a extinguirse, a desaparecer. El obsesivo es un Tántalo, diría yo, si la iconografía, bastante rica, no nos presentara a Tántalo como una imagen sobre todo oral. Sin embargo, no en vano se lo presento a ustedes así, porque tendremos ocasión de ver la subyacencia oral de lo que constituye el punto de equilibrio del fantasma obsesivo.

De todas formas, esta dimensión oral por fuerza ha de existir, porque a fin de cuentas a este plano fantasmático va a parar el analista que he mencionado a propósito de la línea terapéutica trazada en la serie de los tres artículos citados. Muchos analistas se han lanzado a una práctica de absorción fantasmática con el fin de encontrar un medio de darle al obsesivo, en la vía de la realización de su deseo, una nueva forma de equilibrio, una cierta atemperación.

Algunos resultados son indiscutibles, aunque están pendientes de crítica.

2

Observemos ya que, si tomamos las cosas por este lado, sólo vemos una cara del problema. En cuanto a la otra cara, hay que desplegar su abanico sucesivamente, sin obviar lo que se presenta de la forma más aparente en los síntomas del obsesivo y que se suele llamar las exigencias del superyó.

¿De qué forma hemos de concebir estas exigencias? ¿Cuál es su raíz en el obsesivo? De esto se tratará a continuación.

Podríamos decir que el obsesivo siempre está pidiendo permiso. Encontrarán esto en lo concreto de lo que les dice el obsesivo en sus síntomas — está inscrito y muy a menudo articulado. Si nos fiamos de este esquema, ocurre en este nivel, (§ \diamond D). Pedir permiso es, precisamente, tener como sujeto una determinada relación con la propia demanda de uno. Pedir permiso es, en la misma medida en que la dialéctica con el Otro — el Otro en tanto que habla — es puesta en cuestión, incluso en peligro, emplearse a fin de cuentas en restituir a ese Otro, ponerse en la más extrema

dependencia con respecto a él. Esto nos indica ya hasta qué punto al obsesivo le resulta esencial mantener este lugar. Aquí es donde vemos la pertinencia de lo que Freud siempre llama *Versagung*, la negativa. Negativa y permiso se implican. El pacto es negado sobre un trasfondo de promesa, esto es mejor que hablar de frustración.

No es en el plano de la demanda pura y simple donde se plantea el problema de las relaciones con el Otro, al menos cuando se trata de un sujeto al completo. El problema sólo se plantea en estos términos cuando tratamos de recurrir al desarrollo e imaginar a un niño impotente frente a su madre, como un objeto a merced de alguien. Pero como el sujeto está en una relación con el Otro que hemos definido por la palabra, hay, más allá de toda respuesta del Otro, y precisamente porque la palabra crea este más allá de su respuesta, un punto virtual en alguna parte. No sólo es virtual sino que, en verdad, si no fuera por el análisis no podríamos asegurar que nadie accediera a él — salvo mediante ese análisis esencial y espontáneo que suponemos siempre posible en alguien que realizara a la perfección el *Conócete a ti mismo*. Pero tenemos todas las razones para suponer que hasta ahora este punto sólo se ha precisado de forma estricta en el análisis.

Lo que precisa la noción de *Versagung* es, hablando con propiedad, una situación del sujeto con respecto a la demanda. Les pido que den aquí el mismo pequeño paso adelante que les pedí que dieran a propósito del fantasma. Cuando hablamos de estadios o de relaciones fundamentales con el objeto y los calificamos de oral, de anal, incluso de genital, ¿de qué estamos hablando? De cierto tipo de relación que estructura la *Umwelt* del sujeto alrededor de una función central y define su relación con el mundo a lo largo del desarrollo. Todo lo que le viene de su entorno tendría así una significación especial, debida a la refracción producida a través del objeto típico, oral, anal o genital. Aquí hay un espejismo — y esta noción únicamente se reconstruye a posteriori y se vuelve a proyectar en el desarrollo.

La concepción que critico ni siquiera está articulada habitualmente de una forma tan elaborada, y a menudo se elude. Se habla de objeto y luego, al lado, se habla de entorno, sin pensar un instante siquiera en la diferencia que hay entre el objeto típico de una relación definida por un estadio — de rechazo, por ejemplo — y el entorno concreto, con las incidencias múltiples de la pluralidad de los objetos a los cuales el sujeto, cualquiera que sea, se encuentra sometido, diga lo que diga, desde su más tierna infancia.

Hasta nueva orden, hemos de poner muy en duda la supuesta ausencia de objetos en el niño de pecho, su supuesto autismo. Si quieren ustedes creerme, tendrán esta noción por puramente ilusoria. Basta con recurrir a

la observación directa de los niños más pequeños para saber que no hay nada de eso, y los objetos del mundo son para él tan múltiples como interesantes y estimulantes.

¿De qué se trata pues? ¿Qué hemos descubierto? Podemos definirlo y articularlo como algo que es, en efecto, cierto estilo de la demanda del sujeto. ¿Dónde las hemos descubierto, estas manifestaciones que nos han hecho hablar de relaciones con el mundo sucesivamente orales, anales, genitales? Las hemos descubierto en los análisis de personas que habían superado mucho tiempo atrás los estadios en cuestión, relacionados con el desarrollo infantil. Decimos que el sujeto regresa a esos estadios — ¿qué queremos decir con esto?

Responder diciendo que hay retorno a una de las etapas imaginarias de la infancia — si son concebibles, pero supongámoslas aceptables — es una engañifa que no nos da la verdadera naturaleza del fenómeno. ¿Hay algo que se parezca a un retorno semejante? Cuando hablamos de fijación en determinado estadio en el sujeto neurótico, ¿qué podríamos tratar de articular que sea más satisfactorio que lo que suelen darnos?

Lo que vemos efectivamente en el análisis es que durante la regresión — luego veremos mejor qué quiere decir este término — el sujeto articula su demanda actual en el análisis en términos que nos permiten reconocer una determinada relación respectivamente oral, anal, genital, con cierto objeto. Esto significa que, si estas relaciones del sujeto han podido ejercer a largo de toda la secuencia de su desarrollo una influencia decisiva, es porque, en una determinada etapa, han accedido a la función de significante.

Cuando en el inconsciente el sujeto articula su demanda en términos orales, articula su deseo en términos de absorción, se encuentra en una determinada relación (§ \diamond D), es decir, en una articulación significante virtual que es la del inconsciente. Esto nos permitirá calificar de fijación en determinado estadio algo que se presentará en un momento de la exploración analítica con un valor particular, y podremos considerar interesante hacer regresar al sujeto a ese estadio para que pueda elucidarse algo esencial sobre el modo en que se presenta su organización subjetiva.

Pero lo que nos interesa no es darle gravitación, ni compensación, ni siquiera reintegro simbólico a lo que fue, con mayor o menor razón, en un momento dado del desarrollo, la insatisfacción del sujeto en el plano de una demanda oral, anal u otra, insatisfacción en la que estaría detenido. Si esto nos interesa es únicamente por lo siguiente, porque en ese momento de su demanda fue cuando para él se plantearon los problemas de sus relaciones

con el Otro, que luego resultaron determinantes para el establecimiento³ de su deseo.

En otros términos, todo lo que obedece a la demanda en lo que ha vivido el sujeto es cosa pasada, de una vez para siempre. Las satisfacciones, las compensaciones que podamos darle nunca serán más que simbólicas, y dárselas puede considerarse incluso un error, si no es imposible.

No es del todo imposible, precisamente gracias a la intervención de los fantasmas, de eso más o menos sustancial sostenido por el fantasma. Pero creo que es un error de orientación del análisis, porque deja sin verificar las cuentas,⁴ al final del análisis, de las relaciones con el Otro.

3

El obsesivo, decimos nosotros, igual que la histérica, tiene necesidad de un deseo insatisfecho, es decir de un deseo más allá de una demanda. El obsesivo resuelve la cuestión de la evanescencia de su deseo produciendo un deseo prohibido. Se lo hace sostener al Otro, precisamente mediante la prohibición del Otro.

Sin embargo, esta forma de hacerle sostener el propio deseo al Otro es ambigua, porque un deseo prohibido no quiere decir un deseo extinguido. La prohibición está ahí para sostener el deseo, pero para que se sostenga ha de presentarse. Por otra parte, eso es lo que hace el obsesivo, y se trata de saber cómo.

La forma en que lo hace es, como ustedes saben, muy compleja. A la vez lo muestra y no lo muestra. Por decirlo todo, lo camufla, y es fácil comprender por qué. Sus intenciones, por decirlo así, no son puras.

Esto ya se había visto, es lo que se ha designado precisamente como la agresividad del obsesivo. Toda emergencia de su deseo sería para él ocasión de aquella proyección, o de aquel temor de venganza, que inhibiría todas sus manifestaciones. Creo que éste es un primer planteamiento de la cuestión, pero eso no es todo. Es desconocer qué está en juego en el fondo decir, simplemente, que el obsesivo se balancea en un columpio y que su deseo, si su

3. *Mise en place*. [N. del T.]

4. *Laisse non apurée*. La expresión proviene del ámbito de la contabilidad y se refiere a la verificación final de una cuenta, su comprobación o su intervención. [N. del T.]

manifestación se vuelve agresiva porque ha ido demasiado lejos, vuelve a bajar u oscila de nuevo hacia una desaparición debido al temor a la represalia efectiva del otro por su agresividad, o sea, debido al temor a sufrir por parte del otro una destrucción equivalente a la del deseo que él manifiesta.

Creo que es conveniente una aprehensión global de lo que está en juego en este caso, y para conseguirlo no hay quizá mejor procedimiento que pasar por las ilusiones que suscita la relación con el otro en nosotros mismos, en nosotros, analistas, y en el interior de la teoría analítica.

La noción de la relación con el otro siempre se ve arrastrada hacia un deslizamiento que tiende a reducir el deseo a la demanda. Si el deseo es efectivamente lo que he articulado aquí, es decir, lo que se produce en la hiancia que la palabra abre en la demanda, y por lo tanto está más allá de toda demanda concreta, queda claro que toda tentativa de reducir el deseo a algo cuya satisfacción se demanda tropieza con una contradicción interna. Casi todos los analistas, su comunidad, consideran actualmente el acceso a la oblatividad como la cima y el *súmmum* de aquella feliz realización del sujeto que llaman la madurez genital — a saber, al reconocimiento del deseo del otro en cuanto tal. Les di un ejemplo de esto en un pasaje del autor que he puesto en tela de juicio, sobre la profunda satisfacción que aporta la satisfacción dada a la demanda del otro, lo que comúnmente se llama el altruismo. Esto, precisamente, es dejar escapar lo que se ha de resolver de forma efectiva en el problema del deseo.

Por decirlo todo, creo que el término de oblatividad, tal como nos lo presentan en esta perspectiva moralizante, es, podemos decirlo sin forzar los términos, un fantasma obsesivo. Es indudable que en el análisis, tal como se presentan las cosas, los temperamentos — por razones muy fáciles de entender, me refiero a los que la práctica teoriza —, los temperamentos histéricos son mucho más escasos que las naturalezas obsesivas. Una parte del adoctrinamiento del análisis se hace en la línea de y de acuerdo con los procedimientos de las aspiraciones obsesivas. Ahora bien, la ilusión, el propio fantasma que está al alcance del obsesivo, es que a fin de cuentas el Otro consienta a su deseo.

Esto acarrea de por sí dificultades extremas, pues si es preciso que consienta, ha de ser de una forma completamente distinta de una respuesta a alguna satisfacción cualquiera, de una respuesta a la demanda. Pero, después de todo, es más deseable que eludir el problema y darle una solución en cortocircuito pensando que, a fin de cuentas, basta con ponerse de acuerdo — que, para encontrar la felicidad de la vida, basta con no infligir a los demás las frustraciones de las que uno mismo ha sido objeto.

Algunos de los resultados infelices y perfectamente confusionales del análisis tienen su principio en cierto número de suposiciones sobre lo que constituye la feliz conclusión del tratamiento analítico, cuyo efecto es exaltar al sujeto obsesivo ante la perspectiva de sus buenas intenciones, que en este caso surgen rápidamente y lo incitan a entregarse a una de sus tendencias más comunes, expresada más o menos así — *No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti*. Este imperativo categórico, estructurante en la moral, no siempre tiene un empleo práctico en la existencia, y está del todo fuera de lugar cuando se trata de una realización como la conjunción sexual.

La clase de relación con el otro consistente en ponerse en su lugar es un deslizamiento tentador, y tanto más si el analista, estando precisamente frente a su otro con minúscula, su semejante, en una relación agresiva, se siente naturalmente tentado de pasar a la posición de salvarlo, por así decirlo. Salvar al otro es, ciertamente, lo que está en el fondo de toda una serie de ceremoniales, de precauciones, de rodeos, en suma, de todos los tejemanejes del obsesivo. Si es para llegar a generalizar lo que se manifestaba en sus síntomas — sin duda, no sin razón y de una forma mucho más complicada —, si es para hacer una extrapolación moralizante y proponerle como fin y solución de sus problemas lo que se llama la salida oblativa, es decir, la sumisión a las demandas del Otro — pues bien, en verdad no vale la pena dar este rodeo. En realidad, como lo demuestra la experiencia, sólo es sustituir un síntoma por otro, y por un síntoma muy grave, porque nunca deja de engendrar el resurgimiento — bajo otras formas más o menos problemáticas — de la pregunta del deseo, que nunca ha sido ni podría ser resuelta en absoluto por este procedimiento.

En esta perspectiva, se puede decir que los procedimientos que encuentra por sí mismo el obsesivo, en los que busca la solución del problema de su deseo, son más adecuados — si no son adaptados — porque al menos este problema se lee en ellos de una forma clara. Entre las formas de solución, las hay por ejemplo que se sitúan en el plano de una relación efectiva con el otro. La forma en que el obsesivo se comporta con su semejante cuando todavía es capaz de hacerlo, cuando no está sumergido por sus síntomas — y es raro que lo esté por completo —, es en sí misma suficientemente indicativa. Esto va a parar, sin duda, a un callejón sin salida, pero con todo da una indicación que no es tan mala en cuanto a la dirección.

Por ejemplo, les he hablado de las hazañas de los obsesivos. ¿Qué es esta hazaña? Para que haya hazaña, hace falta ser al menos tres, porque uno no lleva a cabo su hazaña solo. Hace falta ser al menos dos, o algo pareci-

do, para ganar un desafío, para que haya un *sprint*. Luego, hace falta también que haya alguien que registre y sea el testimonio. Lo que trata de obtener en la hazaña el obsesivo es precisamente esto, que llamábamos hace un momento el permiso del Otro, y ello en nombre de algo que es muy polivalente. Se puede decir — en nombre de tal cosa, se lo merece. Pero la satisfacción que trata de obtener no se clasifica en absoluto en el terreno donde se lo merece.

Observen la estructura de nuestros obsesivos. Lo que llaman efecto del superyó, ¿qué quiere decir? Quiere decir que se infligen toda clase de tareas particularmente duras, agotadoras, y por otra parte lo consiguen, lo consiguen tanto más fácilmente cuanto que es lo que desean hacer — pero lo consiguen muy, muy brillantemente, y por eso tendrían todo el derecho a unas pequeñas vacaciones en las que uno haría lo que quisiera, de ahí la dialéctica bien conocida del trabajo y las vacaciones. En el obsesivo, el trabajo es algo muy eficaz, está hecho para liberar el tiempo de partir a toda vela, el tiempo de las vacaciones — y habitualmente la travesía de las vacaciones resultará más o menos desperdiciada. ¿Por qué? Porque de lo que se trataba era de obtener el permiso del Otro. Ahora bien, el otro — ahora me refiero al otro de hecho, al otro que existe — no tiene nada que ver en absoluto con toda esta dialéctica, por la simple razón de que el otro real está, desde luego, demasiado ocupado con su propio Otro, y no tiene ninguna razón para cumplir la misión de concederle a la hazaña del obsesivo su pequeña corona, o sea, lo que sería precisamente la realización de su deseo, en tanto que este deseo no tiene nada que ver con el terreno donde el sujeto ha demostrado todas sus capacidades.

Todo esto es una fase muy sensible, y vale la pena exponerla bajo su aspecto humorístico. Pero no se limita a esto. El interés de conceptos como el del Otro con mayúscula y el otro con minúscula es que estructuran relaciones vividas en mucho más que en una sola dirección. Se puede decir también, desde cierto punto de vista, que en la hazaña el sujeto domina, doma, incluso domestica una angustia fundamental — esto ya lo han dicho otros. Pero también en este caso se desconoce una dimensión del fenómeno, a saber, que lo esencial no está en la pericia, en el riesgo que se corre y que el obsesivo siempre corre dentro de límites muy estrictos — una sabia economía distingue estrictamente todo lo que el obsesivo arriesga en su hazaña de cualquier cosa parecida al peligro de muerte en la dialéctica hegeliana.

Hay en la hazaña del obsesivo algo que permanece siempre irremediabilmente ficticio, porque la muerte, quiero decir aquello en lo que se encuentra el verdadero peligro, no reside en el adversario a quien él parece

desafiar sino ciertamente en otra parte. Está precisamente en aquel testigo invisible, aquel Otro que está ahí como espectador, el que cuenta los tantos y dirá del sujeto — ¡*Decididamente*, como se dice en algún lugar del delirio de Schreber, *es duro el muchacho!* Siempre encontramos esta exclamación, esta forma de acusar el golpe, como algo implícito, latente, deseado en toda la dialéctica de la hazaña. El obsesivo se encuentra aquí en una determinada relación con la existencia del otro como alguien que es su semejante, como alguien en cuyo lugar se puede poner, y precisamente porque puede ponerse en su lugar no hay en realidad ninguna clase de riesgo esencial en lo que demuestra, en sus efectos de prestancia, de juego deportivo, de riesgo que más o menos asume. El otro con quien juega es siempre, a fin de cuentas, un otro que es él mismo y que, de entrada, le cede de todas formas la palma, como quiera que lo haga.

Pero el que es importante es el Otro ante quien todo esto ocurre. Éste es el que hay que preservar a toda costa, el lugar donde se registra la hazaña, donde se inscribe su historia. Esto hay que mantenerlo a toda costa. Es lo que hace que el obsesivo se mantenga tan pegado a todo lo que es del registro verbal, de la categoría del cómputo, de la recapitulación, de la inscripción, también de la falsificación. Lo que el obsesivo quiere mantener ante todo, aunque no lo parezca, aparentando pretender otra cosa, es este Otro en el que las cosas se articulan en términos de significante.

He aquí, pues, un primer planteamiento de la cuestión. Más allá de toda demanda, de todo lo que desea este sujeto, se trata de ver a qué va dirigido en su conjunto el comportamiento del obsesivo. Su objetivo esencial, no hay duda, es el mantenimiento del Otro. Éste es el objetivo primero, preliminar, en el interior del cual, únicamente, puede cumplirse la validación tan difícil de su deseo. ¿Qué puede ser, qué será esta validación? Es lo que tendremos que articular a continuación. Pero primero era preciso fijar los cuatro confines de su comportamiento de tal forma que los árboles no nos oculten el bosque.

La satisfacción de sorprender uno u otro de los pequeños mecanismos de su comportamiento, con su estilo propio, no debe fascinarnos ni detenernos. Evidentemente, fijarse en un detalle cualquiera de un organismo proporciona siempre una satisfacción que no es del todo ilegítima, porque efectivamente, al menos en el dominio de los fenómenos naturales, un detalle refleja siempre algo de la totalidad. Pero en una materia cuya organización es tan poco natural como la de las relaciones del sujeto con el significante, no podemos fiarnos del todo de la reconstrucción de toda la organización obsesiva a partir de determinado mecanismo de defensa — si es que pueden inscribir todo esto en el catálogo de los mecanismos de defensa.

Yo trato de hacer algo distinto. Trato de hacerles encontrar los cuatro puntos cardinales con los que se orienta y se polariza cada una de las defensas del sujeto. Hoy ya tenemos dos. Primero hemos abordado el papel del fantasma. Ahora veremos, a propósito de la hazaña, que la presencia del Otro en cuanto tal es fundamental. Hay otro punto al que por lo menos quisiera introducirles.

Al oír hablar de hazaña, han pensado ustedes sin duda en toda clase de comportamientos de sus obsesivos. Hay una hazaña que quizás no merece del todo ser etiquetada bajo el mismo título, es lo que se llama en el análisis el *acting out*.

En cuanto a esto, me he dedicado — ustedes se dedicarán a ello también, así lo espero, siguiendo mi ejemplo, aunque sólo sea para confirmar lo que planteo — a algunas investigaciones en la literatura. Es muy sorprendente, tanto, que no se encuentran salidas. El mejor artículo sobre el tema es el de Phyllis Greenacre, titulado “General Problems of Acting out”, publicado en el *Psychoanalytic Quarterly*, en 1950 — un artículo muy notable porque muestra que hasta ahora no se ha articulado nada válido al respecto.

Creo que es preciso delimitar el problema del *acting out*, y que es imposible hacerlo si nos atenemos a la noción general de que es un síntoma, de que es un compromiso, de que tiene un doble sentido, de que es un acto de repetición, porque esto es diluirlo entre las compulsiones de repetición en sus formas más generales. Si este término tiene algún sentido, es en la medida en que designa una clase de acto que sobreviene en el curso de una tentativa de solución del problema de la demanda y del deseo. Por eso se produce de una forma electiva en el curso del análisis, porque, aunque en efecto puede ocurrir fuera del análisis, se trata ciertamente de una tentativa de solución del problema de la relación entre el deseo y la demanda.

El *acting out* se produce sin lugar a dudas a lo largo del camino de la realización analítica del deseo inconsciente. Es extremadamente instructivo, porque si examinamos lo que caracteriza al efecto de *acting out*, encontramos en él toda clase de componentes absolutamente necesarios, por ejemplo lo que lo distingue por completo de lo que se llama un acto fallido, o sea lo que yo llamo con más propiedad aquí un acto logrado, quiero decir un síntoma, pues deja ver claramente una tendencia. El *acting out* contiene siempre un elemento altamente significativo, precisamente porque es enigmático. No llamaremos nunca *acting out* sino a un acto que se presente con un carácter muy especialmente inmotivado. Esto no significa que

no tenga causa, sino que es muy injustificable psicológicamente, porque es un acto siempre significado.

Por otra parte, en el *acting out* siempre desempeña un papel un objeto — un objeto en el sentido material del término, algo que me verá llevado a tratar la próxima vez, para mostrarles precisamente la función limitada que conviene conceder en toda esta dialéctica al papel del objeto. Hay casi una equivalencia entre el fantasma y el *acting out*. El *acting out* está en general estructurado de una forma que se parece mucho a la de un guión. A su manera, es del mismo nivel que el fantasma.

Una cosa lo distingue del fantasma y también de la hazaña. Si la hazaña es un ejercicio, una proeza, un juego de manos destinado a complacer al Otro, a quien, ya se lo he dicho, le importa un bledo, el *acting out* es distinto. Es siempre un mensaje, y por eso nos interesa cuando se produce en un análisis. Siempre va dirigido al analista, en la medida en que éste no está en suma demasiado mal situado, pero tampoco está del todo en su lugar. En general, es un *hint* que nos lanza el sujeto, y a veces llega muy lejos, a veces es muy grave. Si el *acting out* se produce fuera de los límites del tratamiento, quiero decir después, es evidente que el analista no podrá sacar demasiado provecho de él.

Cada vez que nos vemos llevados a designar de forma precisa este acto paradójico que tratamos de aprehender bajo el nombre de *acting out*, vemos que se trata de alcanzar, en esta línea, una clarificación de las relaciones del sujeto con la demanda que revele que cualquier relación con dicha demanda es fundamentalmente inadecuada para permitirle al sujeto acceder a la realidad efectiva del efecto del significante sobre él, es decir, situarse en el nivel del complejo de castración.

Esto puede malograrse — trataré de mostrárselo la próxima vez — en la medida en que, en este espacio intercalar, intermedio, donde se producen todos esos turbios ejercicios que van desde la hazaña al fantasma y desde el fantasma a un amor apasionado y parcial, hay que decirlo, por el objeto — Abraham no habló nunca de objeto parcial, habló de amor parcial del objeto —, el sujeto ha obtenido soluciones ilusorias, y en particular aquella solución que se manifiesta en lo que llaman la transferencia homosexual en la neurosis obsesiva.

Esto es lo que llamo la solución ilusoria. La próxima vez espero mostrarles en detalle por qué es una solución ilusoria.

21 DE MAYO DE 1958